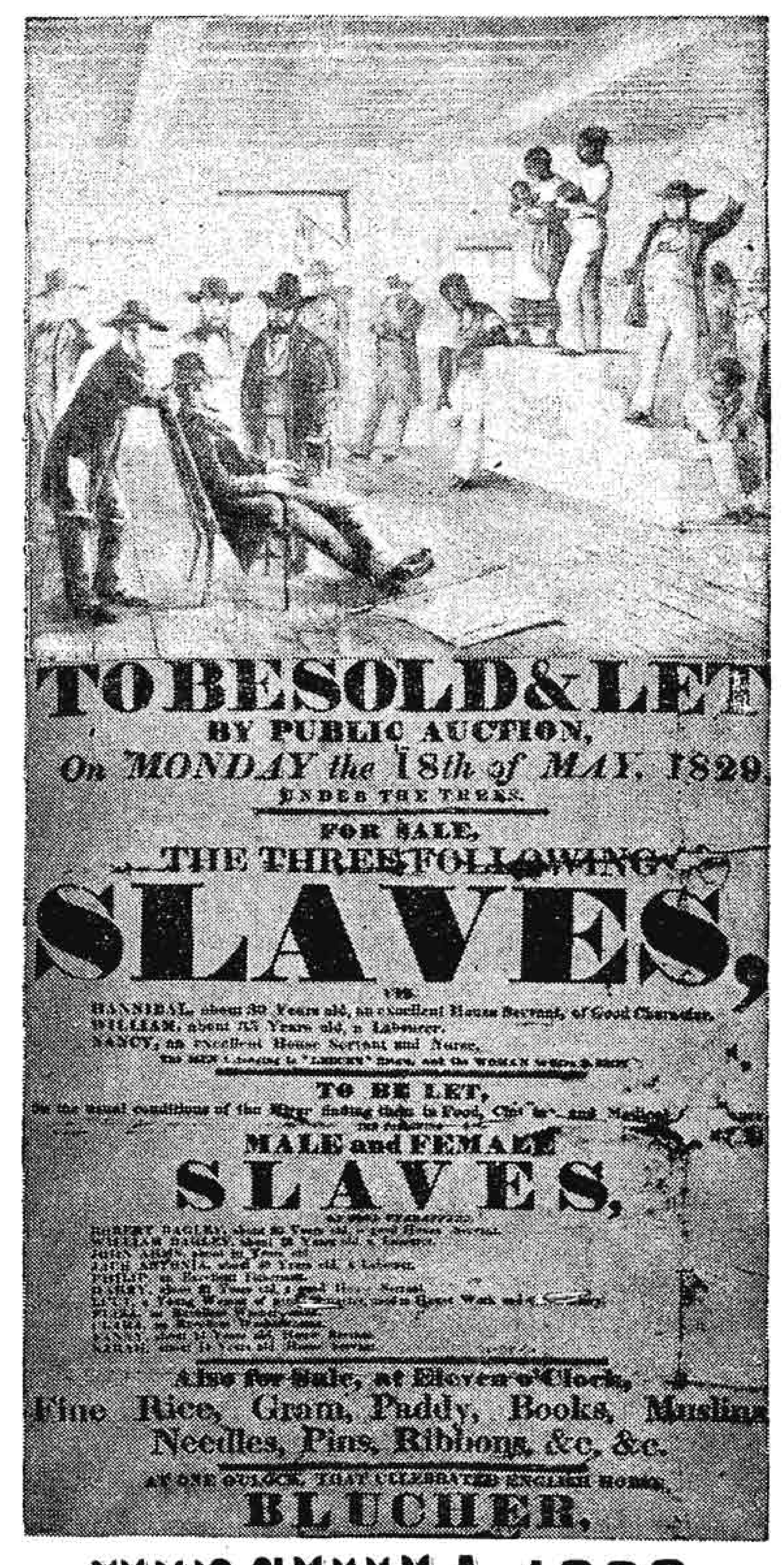
LOS NEGROS EN U.S.A.



VIRGINIA 1829





ARKANSAS 1957



LUNES DE REVOLUCION

nadie sabe los males que yo he visto...



El alma no es negra ni blanca





Nos trajeron como carne barata...

...y nos pusieron a vivir como las bestias

Todo eso lo sabe bien la abuela

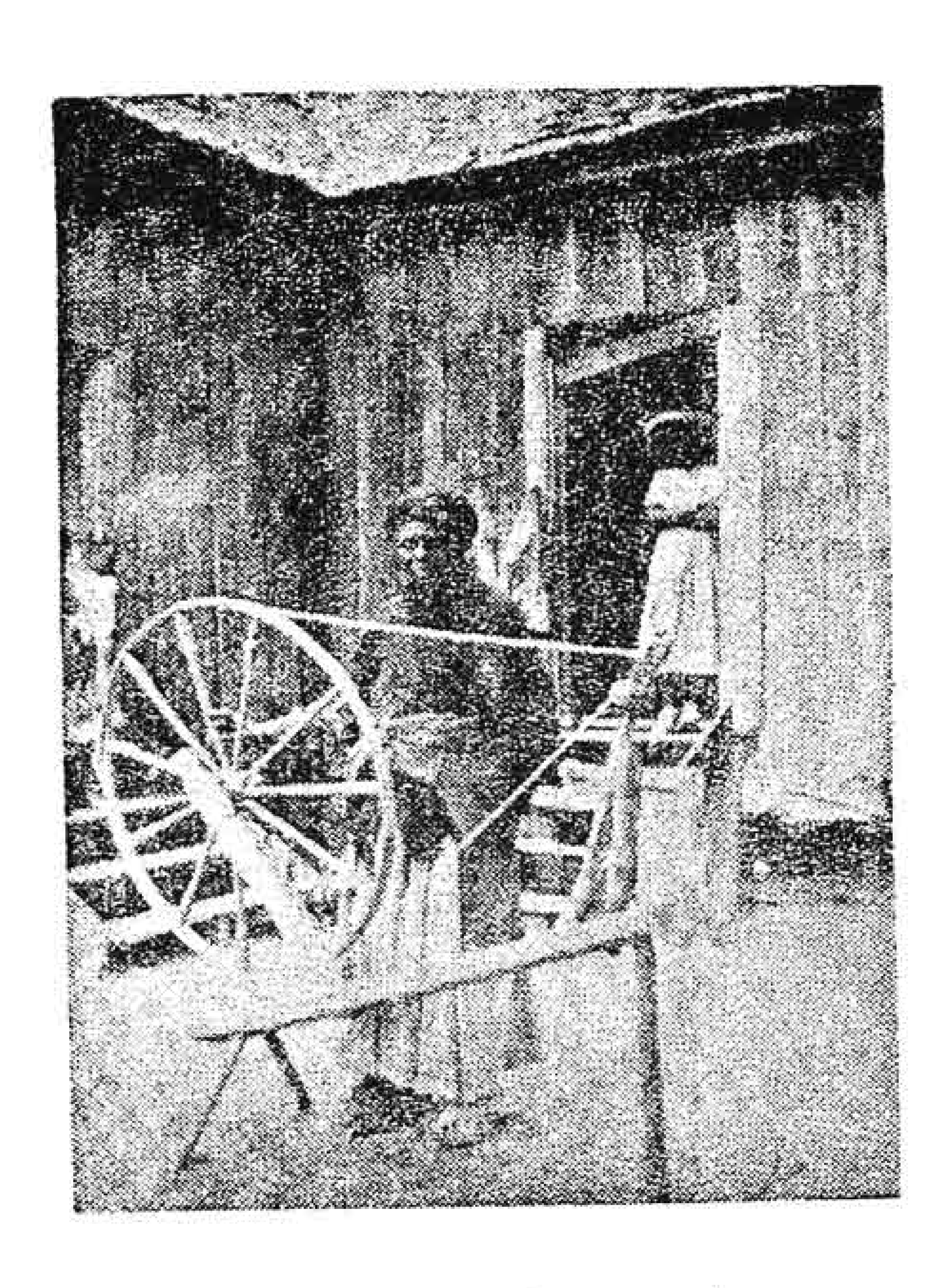




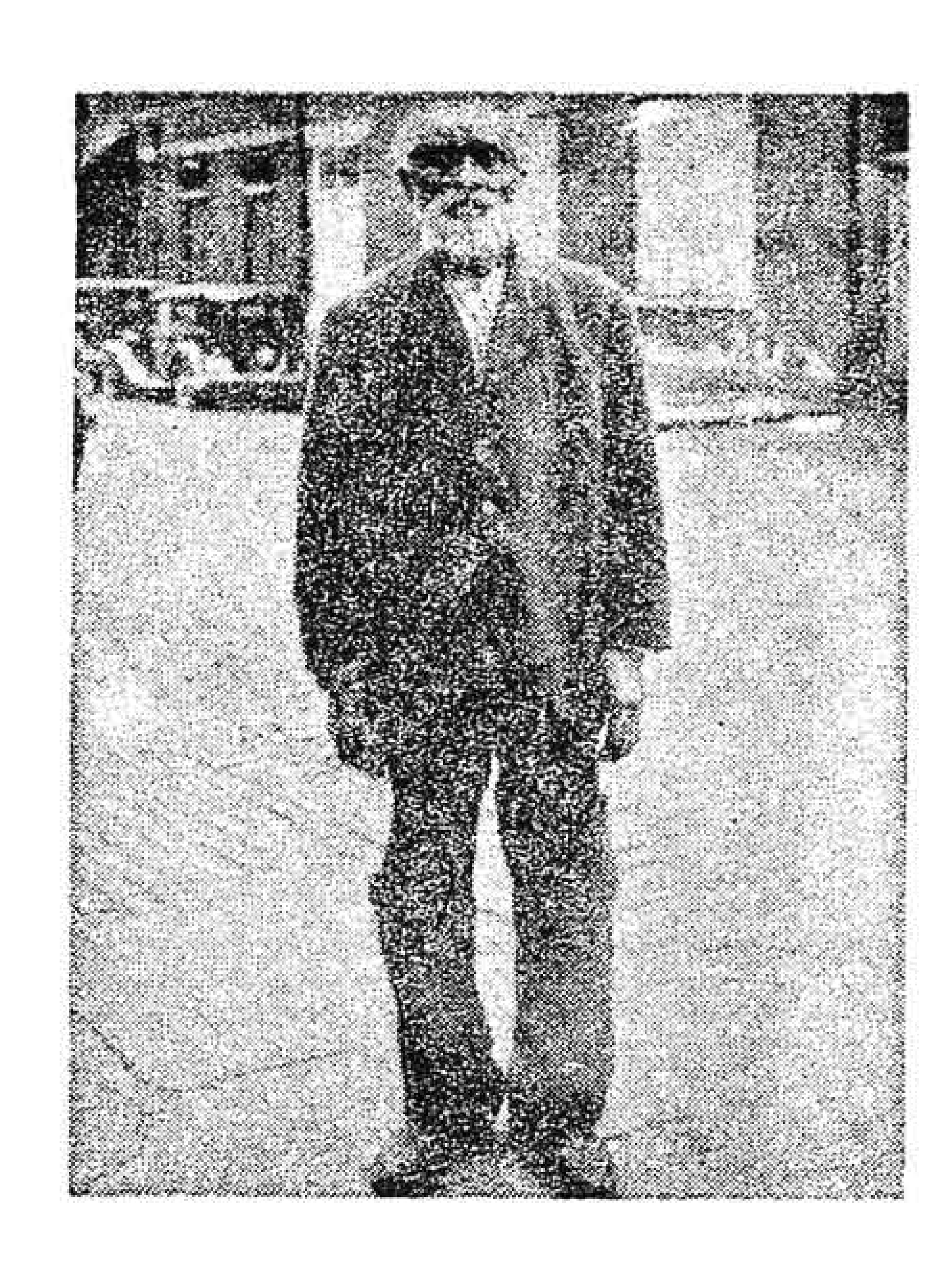
¿Cuántos hijos dejó Jappo en Nueva Orleans?



Faena de esclavos de sol a sol



Esta es la rueca de mi madre



Soy feliz, espero vivir un millón de años



director
guillermo cabrera infante
subdirector
pablo armando fernández
diseño y emplanaje
tony évora
las traducciones son de calvert casey, rosa hilda zell, margot motito, oscar hurtado, humberto arenal, luis lastre, pablo armando fernández y rené jordán.
las fotos son de mayito, jesse fernández, roy de carava y de archivo
número 66, 4 de julio de 1960

Cuando no hace mucho "LUNES DE REVOLUCION" dedicó un número a revisar la actitud contraria al Imperialismo de casi todos los escritores americanos, se hizo omisión de los escritores negros. No había sido un olvido involuntario. Ni tampoco había, por supuesto, seguido los pasos de las antologías literarias, de las colecciones de cuentos varios, de las selecciones poéticas, que invariablemente se detienen frente a las letras negras, extendiendo la línea del color hasta la literatura. Sabíamos, por el contrario, que la sola existencia de un cuento, de una novela, de un poema hechos por un negro era un acto de negación del "american way of life", de la concepción —concepción no simplemente blanca, sino racista y por tanto criminal— del mundo americana, que era también un acto de reafirmación de la conciencia de una raza de oprimidos. Para un negro americano estudiar, leer, escribir, llegar a tener un nombre, es siempre, todos los días, un acto de liberación mayor que la del esclavo que huye perseguido por el aullido de los perros —para entender esto basta con leer "Santa Claus es blanco", de John Henrik Clark.

Una vez un ciudadano negro fue a votar en Alabama. En Alabama hay una ley que prohibe votar a los iletrados. El encargado de autorizar a los votantes hizo que el votante negro leyera un diario local. Luego lo hizo leer un diario francés. Después un diario en español. El votante leyó en ambos. Finalmente le trajeron un diario chino y le preguntaron: "¿Qué dice aquí?" El votante negro, con toda calma, respondió: "Que los negros no pueden votar en Alabama". Esta es una anécdota. No importa si ocurrió o no, porque lo que importa es que pudo haber pasado. En Alabama, en Mississippi, en Georgia, en Virginia, en las dos Carolinas los negros viven una existencia absurda, cruel, sometidos a una discriminación que rebasa los límites de su origen económico (ligado siempre a la religión, productora de conformismos o atizadora del odio blanco, como demuestra el valeroso Robert Williams en "El cielo guarda silencio") para llegar a ser síntoma de una ideología casi salvaje, de formas atenuadas o virulentas de fascismo: los campos de exterminio, las cámaras de gases y los crematorios del nazismo aparecen en su estado primitivo: los linchamientos, las quemas de casas, las bombas son el producto de una sociedad menos tecnificada, más anárquica. Las visiones fugaces o duraderas de este mundo infernal están vistas —y descritas— por Richard Gibson en "El hombre que amaba la naturaleza" o por Julian Mayfield en "Los últimos días de la calle Duncan". En "Harlem Ghetto" James Baldwin muestra cómo el campo de exterminio del Sur da paso en el Norte a otras formas de inhumanidad: el ghetto, el domo del aislamiento extendido sobre zonas de la humanidad.

Siempre las películas como "Carmen Jones" o "Porgy y Bess" o "Morena oscura", con sus repartos todos de negros, con sus dramas encerrados en los límites de una raza, en la que los blancos son a veces borrosas figuras de la ley o más comúnmente, no existen, producían en los espectadores de otras partes del mundo una inquietante extrañeza. Pero estos films (como esta literatura que guarda sus tesoros en el doble encierro de la discriminación de los lectores blancos y la altanería de los críticos, a tal punto que un autor celebrado, Frank Yerby, casi nunca es identificado como negro por sus editores, temerosos de que la fortuna que produjo un "Castillo del odio", se escape por el hueco de los prejuicios vanos, de los juicios canallescos) forman parte de la realidad tanto como una calle, una casa, una esquina: esta calle puede llamarse Duncan o Basin o St. Nicholas Avenue y estar en Harlem, en Detroit, en Nueva Orleans. Las fotos de Roy de Carava revelan que el mundo de la esclavitud feudal se ha sucedido en el mundo de la explotación capitalista con la misma organizada inferiorización, con la misma cruel jerarquía, con idéntica tabla de valores.

Si un escritor negro, Gardner Smith hace que uno de sus personajes descubra en el Berlín de la postguerra, soldado allá, descubra que un negro y un blanco pueden ser la misma cosa, que ambos son seres humanos, "personas", toda la literatura contenida en este "LUNES" (desde "El negro americano mira hacia Cuba", ese franco saludo, hasta los poemas de Sara E. Wright y del gran Langston Hughes, a través de los ejemplos señalados más atrás) puede servir para conocer un mundo que la discriminación y todas las otras formas del Imperialismo (el cine, la invasión turística, la prensa) nos ocultaban o solamente nos presentaban su cara imposible de ocultar (la buena: las celebridades negras: Hughes, Marian Anderson, Paul Robeson, Willy Mays, Miles Davis, Sidney Poitier; la mala: los linchamientos de Mississippi, Little Rock, Birmingham, Detroit, Harlem), una cara que las avanzadas del Imperialismo o celebraban para exhibir una libertad de acceso a la cultura, una igualdad jamás impartida, o censuraban falsamente, localizándola en una oscura región del Sur. Confiamos en que este "LUNES" disipe las mentiras y diga todas las verdades en su sitio. Colocándo al negro americano en el sitio que debe ocupar junto al resto de los seres humanos. Sabemos que si esto se logra, la victoria no se habrá ganado más que en Cuba. Pero también sabemos qué importancia puede tener todo esto —"LUNES", esta victoria llamada Gibson o Wright o Hughes o Mayfield, y Cuba— en la victoria definitiva.

Guillermo Cabrera Infante

Todos los materiales publicados en este "LUNES" son absolutamente inéditos, con excepción de "Harlem Ghetto", de James Baldwin. "Harlem Ghetto" se traduce por primera vez al español.

Agradecemos la cooperación prestada a los escritores Richard Gibson, Robert F. Williams, Julian Mayfield, a la poetisa Sara E. Wright y al poeta Langston Hughes. Y también al periodista Robert Taber. Sin ellos este número de "LUNES" tal vez no se habría publicado.

EL NEGRO AMERICANO MIRA HACIA CUBA

POR RICHARD GIBSON

El anuncio original a toda plana del *Comité Pro Justo Trato a Cuba*, que apareció en el "New York Times" el 6 de abril de este año, decididamente asustó a los círculos dirigentes de los Estados Unidos. Hasta entonces, esos círculos creían cándidamente que sólo aquellos americanos a los que habían puesto la etiqueta de "rojos" se atreverían a apoyar abiertamente la causa de Cuba Revolucionaria. En los Estados Unidos y en todo el mundo se habían gastado millones de dólares para que la prensa raramente dijera una palabra favorable sobre las aspiraciones de los cubanos a la independencia y a la justicia social. El paso que ahora daba el *Comité Pro Justo Trato a Cuba* demostraba que muchos norteamericanos se daban cuenta de lo que se estaba decidiendo en el Caribe, y se declaraban apasionadamente a favor de la Revolución dirigida por Fidel Castro.

Pero la sorpresa de Wall Street, el Pentágono y el Departamento de Estado fue mayor cuando descubrieron que ocho de las treinta personas que firmaban el anuncio del Comité eran negros. Esto era intolerable. En vez de los rojos, los negros apoyaban la rebelión del Caribe; los que todavía permanecen en la opresión en América del Norte saludaban con entusiasmo y trataban de defender la conquista por otros de la libertad en otras latitudes.

Los negros siempre han sospechado de las órdenes que llegan de Washington en las que se les instruye guardarse de las "asociaciones con extranjeros". Sin embargo, en los últimos diez años, a medida que aumenta en intensidad la lucha por la liberación del negro en el Sur, los negros americanos han mirado hacia el exterior y contemplado con simpatía a los que también luchan por su libertad.

La marcha de la liberación se ha desplazado del Asia al Africa desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Cientos de millones de seres humanos que habían estado sujetos al yugo colonial arrojaron sus grilletes y entraron en la historia mundial como hombres libres, o determinados a decidir su propia suerte. En los círculos dirigentes de los Estados Unidos hubo una división inmediata en las opiniones sobre este nuevo acontecimiento de la política mundial.

Por una parte, muchos dirigentes americanos se declararon a favor de las alianzas tradicionales de los Estados Unidos con las potencias coloniales. Otros americanos, deseosos de mayores ganancias miraron hacia esas naciones que acababan de obtener su independencia como objetivos potenciales para las inversiones norteamericanas en el extranjero, y para establecer los lazos semicoloniales que los Estados Unidos sabían tejer en forma tan experta en sus relaciones con las demás naciones del Hemisferio Occidental.

Pero muchos de estos países independientes, ansiosos de mejorar la suerte de sus propios ciudadanos, se negaron a aceptar un nuevo status de dependencia.

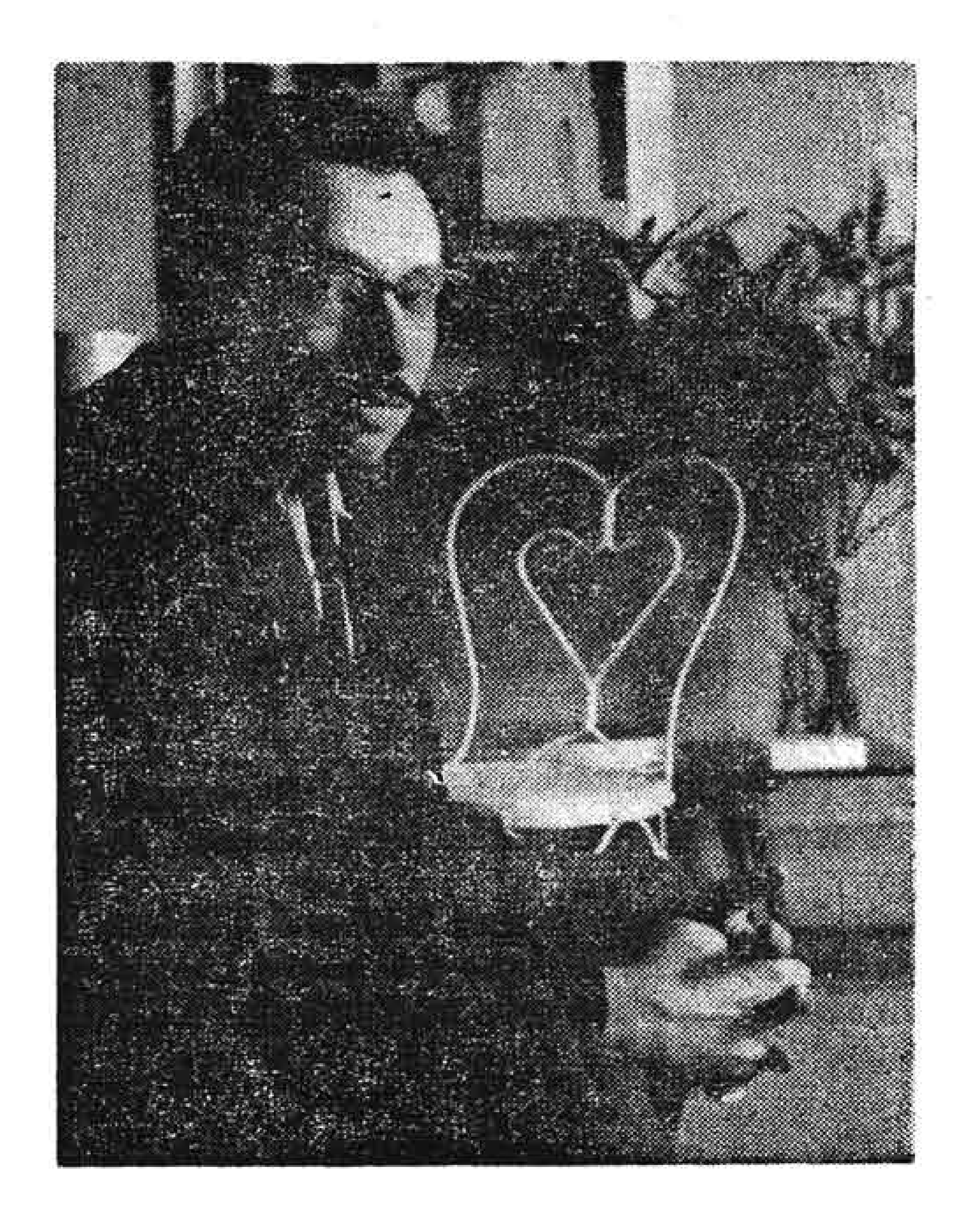
Las naciones neutrales, es decir, las verdaderamente independientes, comenzaron a ser pintadas con tonos siniestros en la prensa americana. Del Primer Ministro Nehru, de la India, se decía que "flirteaba con los comunistas"; al presidente Sukarno se le acusó de sumir a su pueblo en la esclavitud; a Nasser lo pintaban como un monstruo sediento de sangre, y al Primer Ministro Nkrumah, de Ghana, como un dictador incipiente. En cuanto al Presidente Soku Turé, de Guinea, se afirmaba que era el hombre que había abierto al Africa a los rojos.

De un modo u otro, Wall Street pudo —aunque a veces con rabia— reconciliarse con los movimientos de independencia del Asia, el Oriente Medio y Africa, pero siempre consideró al Hemisferio Occidental como la zona en que podría operar libremente. Estaba por medio la Doctrina Monroe y una larga tradición de intervenciones políticas y militares en la América Latina. Después de todo ¿no habían los Estados Unidos ayudado al imperialismo británico a reprimir el Gobierno democrático de Cheddi Jagan, de la Guayana Británica, en 1953? ¿No habían tramado los intereses americanos la caída del Gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, en 1954?

Entonces vino el levantamiento en Cuba, y Wall Street comenzó a preocuparse. Fidel Castro y sus compañeros —aseguró la prensa americana al Departamento de Estado— eran locos, condenados al fracaso. Nuestro buen amigo Batista arreglaría el problema a su tiempo. Pero llegó la fecha terrible para los círculos dirigentes norteamericanos: el 1ro. de enero de 1959. Fidel Castro llegaba al poder —la Revolución había triunfado. Los Estados Unidos tenían intereses en Cuba por valor de seis mil millones de dólares, y las firmas americanas extraían enormes ganancias de la Isla —no eran raras las utilidades de veinte por ciento al año. Pero Cuba se había atrevido a ser libre. Y más que el dinero que podía perderse, los amos de Washington tenían el ejemplo terrible para el resto del Hemisferio.

No muchos negros entendieron en los Estados Unidos todo lo que se estaba decidiendo, la complejidad del imperialismo económico, pero sí entendieron que un pueblo, que había sido independiente sólo de nombre durante 50 años, pedía al fin su libertad total. Pedía el fin de la pobreza y la ignorancia que enriqueció a las compañías americanas en Cuba. Pedía el fin de un tirano que había actuado cumpliendo órdenes de sus amos del Norte.

Ahora bien, la suerte de los veinte millones de negros americanos —aún cuando todavía algunos no lo entiendan— está muy ligada al éxito de la Revolución Cubana, como lo está el tremendo movimiento de liberación de Africa y Asia. Ningún pueblo puede ser libre mientras haya otros oprimidos. No pueden serlo los negros americanos. Sólo podrán conocer la verdadera libertad cuando los que dominan los Estados Unidos hayan realizado el ajuste doloroso a esta novísima era de la historia del mundo, en que los pueblos, grandes y pequeños, por fin se mirarán en un plano de igualdad, sin consideraciones de pérdida ni de ganancia, cuando todo hombre sobre la superficie de la tierra tenga derecho no sólo a respirar, sino también a la dignidad y a la decencia humanas.



RICHARD GIBSON

En busca de una formación intelectual Gibson ha recorrido ciudades tan disímiles como Los Angeles, California (donde nació el 13 de mayo de 1931); Filadelfia, Pensilvania; Kenyon, Ohio; Roma y Paris. En Roma trabajó con el desaparecido escritor y novelista italiano Curzio Malaparte, y en Francia trabajó en la agencia de noticias France-Presse de 1955 a 1958, cuando fue arrestado por la policía francesa debido a sus simpatías manifiestas y contactos personales con los miembros del Frente Nacional de Liberación de Argelia. Debido a esto fue forzado a abandonar Francia. Ahora trabaja como periodista en Nueva York. Gibson ha publicado una novela, "A mirror for Magistrate" ("Un espejo para los magistrados"), y varios cuentos y artículos en los Estados Unidos, Italia, Inglaterra y Francia. Actualmente es presidente del Comité pro Justo Trato a

LA CONSTANTE LUCHA DE LOS NEGROS POR SU LIBERTAD

POR RICHARD GIBSON Y ROBERT F. WILLIAMS

Hace 97 años, en medio de una gran guerra civil, fue oficialmente abolida la esclavitud de los negros en los Estados Unidos. Hoy, aunque ha desaparecido la esclavitud, hay muchos negros que viven en condiciones feudales, que sufren hambre y pobreza, que son tiranizados. Todavía, después de tantos años de lucha, los negros norteamericanos sufren discriminación en el plano económico, limitaciones a sus derechos civiles, —notablemente, al voto—, y padecen la humillación de un sistema de castas que les niega la dignidad esencial del ser humano.

Las figuras más destacadas del llamado "mundo libre" se ven en serios aprietos para justificar los hechos conocidos e irrebatibles sobre las condiciones de vida del negro en los Estados Unidos. La Oficina Norteamericana de Información (U. S. Information Agency) se esfuerza inútilmente en ocultar la opresión a que es sometido el negro en Estados Unidos. Y hay muchos de los llamados "blancos liberales bien intencionados" a quienes cuesta trabajo ver las condiciones en que viven los negros en los ghettos de Norte América. Y hasta hay algunos negros —miembros de la pequeña e insegura burguesía— que quisieran borrar de la memoria la hediondez del ghetto y la humillación de haber sido tratados inhumanamente. Para mantener sus precarios privilegios, algunos de estos mal llamados "líderes negros" están dispuestos a sacrificar a sus propios hermanos de raza en falsos convenios, para contentar a sus amos blancos. Estos son los que han viajado por todo el mundo, pagados por el Departamento de Estado norteamericano, para tratar de convencer en vano al mundo de que "el problema negro no existe en los Estados Unidos".

Hay muchos negros conocidos cuya importancia pertenece al pasado. Estas figuras surgieron cuando los negros buscaban desesperadamente una solución o una puerta de escape que los condujera a su liberación. Estas conocidas personalidades son ejemplos típicos de una era en que los negros trataban de liberarse de un mundo brutal y opresivo sin crear friciones raciales y sin provocar la ira de sus amos.

El "Padre Divino" y "Sweet Daddy" Grace, son nombres que están ligados a una forma de escapismo religioso. Era lógico; gente brutalmente oprimida, que había sido privada de educación y falta de madurez política fueron presas fáciles de estos señores. Durante la depresión económica de la década del treinta, en la cual los negros llevaron la peor parte, el Padre Divino encontró muchas almas cándidas dispuestas a ser alimentadas y vestidas en su "cielo". El Padre Divino ofrecía una forma de escape del purgatorio de la vida sin brindar una esperanza. Brindaba una forma falsa de seguridad a aquellos que preferían vivir en un mundo de fantasía a enfrentarse a la realidad. "Daddy" Grace les brindaba la misma fórmula. Ambos se hicieron millonarios. Siempre han tenido mucho cuidado en no mezclarse con ningún movimiento que tienda a liberar de verdad a los negros. Una de sus prédicas constantes era que trabajaran con ahinco y se mantuvieran leales a sus patronos. Por supuesto, estas prácticas eran respaldadas totalmente por las clases dirigentes explotadoras de los negros.

Thurgood Marshall, jefe de la consultoría legal de la Asociación Nacional para el Progreso de los Negros, es más que nada un abogado que, debido a su cargo, se le acreditan muchas de las victorias obtenidas por los negros en los tribunales. Hay muchos abogados responsables de estos éxitos, que permanecen en el anonimato. Sin embargo, Thurgood Marshall ha llegado a ser un símbolo de las victorias de los negros en los tribunales, y por esta razón es una de las figuras más respetadas de la Asociación.

Adam Clayton Powell es un congresista negro y pastor de una de las iglesias bautistas mayores del mundo. A pesar de que es conocido en todo Estados Unidos, su verdadera influencia está en el barrio de Harlem, en Nueva York, donde viven cerca de un millón de negros. Powell no es más que un oportunista que siempre coloca sus propios intereses por encima de los de sus hermanos de raza, un típico politicastro.

Jackie Robinson, el primer negro que jugó en las Grandes Ligas, es un miembro muy activo de la Asociación, pero es muy conservador y carece de efectividad. Jackie también es vice presidente de la empresa Chock Full O' Nuts y cualquier negro que ocupe en Estados Unidos un puesto importante en una empresa tiene que ser muy cuidadoso con lo que haga y diga respecto a la lucha de liberación de los negros. Richard Wright, uno de los escritores negros más conocidos, podría haber contribuido mucho a la liberación de sus hermanos en los Estados Unidos, sin embargo, prefirió disfrutar de la libertad que le brinda Francia y describir desde lejos el problema en vez de someterse a las indignidades del racismo norteamericano.

Un luchador verdadero en favor de la libertad de los negros se convierte en blanco constante de sus amos blancos. Sus medios de vida siempre están en peligro. Si se muestra muy activo e intransigente puede que sea asesinado por los matones a sueldo de los blancos explotadores. Los líderes negros que tienen el valor de señalar las injusticias raciales son acusados de comunistas, puestos en la lista negra de las empresas, acusados de agitadores y finalmente se trata de aislarlos de sus amigos y seguidores. Una campaña constante de intimidación se ejerce en contra de estas figuras y las clases dirigentes gustan de sentar un ejemplo, siempre que pueden, para que no se multipliquen los luchadores de este tipo.

Una presión igual se está ejerciendo en estos momentos en contra de aquellos norteamericanos que muestran simpatía por la Revolución cubana, los que son acusados de comunistas, interrogados, intimidados, clasificados como "agentes de un gobierno extranjero" y anti-norteamericanos. En algunos casos hasta los han amenazado de muerte. Resulta claro que la razón de todo esto está en que el Departamento de Estado de Estados Unidos considera a Cuba como una mala influencia para los explotados y oprimidos del mundo. Cuba es un ejemplo vivo de la felicidad y libertad de que puede disfrutar un pueblo cuando se la libertad de que puede disfrutar un pueblo cuando se sión. Cuba es un modelo de cómo un gobierno democrático puede, si lo desea, eliminar las injusticias raciales y el fascismo.

Si un negro se opone a la segregación racial se verá sometido a una serie de amenazas y presiones. El Ku Klux Klan, una pandilla de blancos enmascarados que se dedican a intimidar a los negros de la forma más violenta, es el ejemplo más patente de esto. Pero ante el aumento creciente de las asociaciones negras, el Klan se ve más impedido cada día de operar con éxito. Ya los negros no se sienten aterrorizados y están listos a defenderse en cualquier momento.

Sin embargo, existe un grupo clandestino mucho más efectivo que el Ku Klux Klan, el Consejo de Ciudadanos Blancos, compuesto por hombres de negocios y profesionales que usan de todos los medios económicos posibles para acobardar a los negros. Este grupo se encarga de hacerles la vida imposible a aquellos negros que tienen una línea militante. Los hombres de negocios negros no pueden adquirir mercancías a crédito, y en algunos casos hasta les es imposible adquirir las mercancías que necesitan para sus negocios. Una de las figuras más prominentes del Consejo de Ciudadanos Blancos es Jim Brady, que ocupa el cargo de juez en el Estado de Alabama. Este hombre, que se supone que imparta "justicia" a los negros casi todos los días, declaró una vez que "un negro tiene la mentalidad de una cucaracha".

La AFL-CIO y otros sindicatos, que aseguran estar en contra de la discriminación racial, tanto en el Norte como en el Sur de Estados Unidos se dedican a eliminar sistemáticamente a los negros de ciertos empleos especializados. Los sindicatos obreros sureños cooperan plenamente con el Consejo de Ciudadanos Blancos, no sólo para evitar que los obreros negros consigan empleos, sino también para que reciban entrenamiento industrial. Debido a esto, en muchas ocasiones aducen que los negros no están capacitados para ocupar las vacantes que se presentan. En algunas zonas los sindicatos han brindado ayuda y dinero a las escuelas privadas para blancos que han fundado los racistas en algunos lugares para eludir la orden de la Corte Suprema de los Estados Unidos del 17 de mayo de 1954, que ordenaba que en las escuelas públicas se diera acceso a los estudiantes negros.

Y a veces ocurre que los patronos están dispuestos a contratar negros y los sindicatos se oponen. Por ejemplo, la Confederación de Trabajadores Ferrocarrileros no acepta negros en su seno. Algunas empresas se han mostrado dispuestas a tomar maquinistas y fogoneros negros, pero este sindicato hasta ahora se ha salido con la suya: ni un solo negro ha entrado en sus filas. En estos momentos hay un caso presentado ante los tribunales para forzar a la Confederación de Trabajadores Ferrocarrileros a cesar en sus prácticas discriminatorias.

A pesar de la obstinada y cruel oposición de los racistas, que reciben toda clase de estímulo, tanto de las autoridades federales como estatales, los negros norteamericanos están luchando con más determinación que nunca. La ola de resistencia masiva demostrada en todo el Sur, los llamados "sit-ins", dirigida contra la segregación en los lugares públicos, brote de un nuevo espíritu, especialmente entre los jóvenes dispuestos a gozar de todos los privilegios, tanto en el Norte como en el Sur, que les pueda brindar la democracia.

Aunque la imaginación popular ha identificado a ciertas figuras, como el doctor Martin Luther King,

como ejes de este movimiento, la verdad es que no hay tal cosa. Lo cierto es que King y algunos líderes blancos están tratando desesperadamente de aprovecharse de este movimiento espontáneo.

Muchos de los llamados liberales, tanto blancos como negros, apenas pueden esconder su preocupación ante esta nueva situación. Algunos grupos interraciales, como CORE (Congress for Racial Equality, Congreso para la Igualdad Racial) enviaron inmediatamente a sus representantes al Sur para tratar de dirigir el movimiento juvenil. Apoyado por éste y otros grupos, el doctor Martin Luther King y otros líderes están tratando de predicar una ideología de absoluta resistencia pasiva. Ahora les piden a los negros que "recen por sus enemigos" y que vuelvan la otra mejilla, en vez de defenderse con la fuerza de la agresión de los racistas blancos. El rumbo que puedan tomar estos jóvenes asusta tanto a los "liberales" como a los racistas. Por eso no se cansan de repetir que hay que tener paciencia y practicar una política gradual. Pero lo más probable es que esta política no prospere.

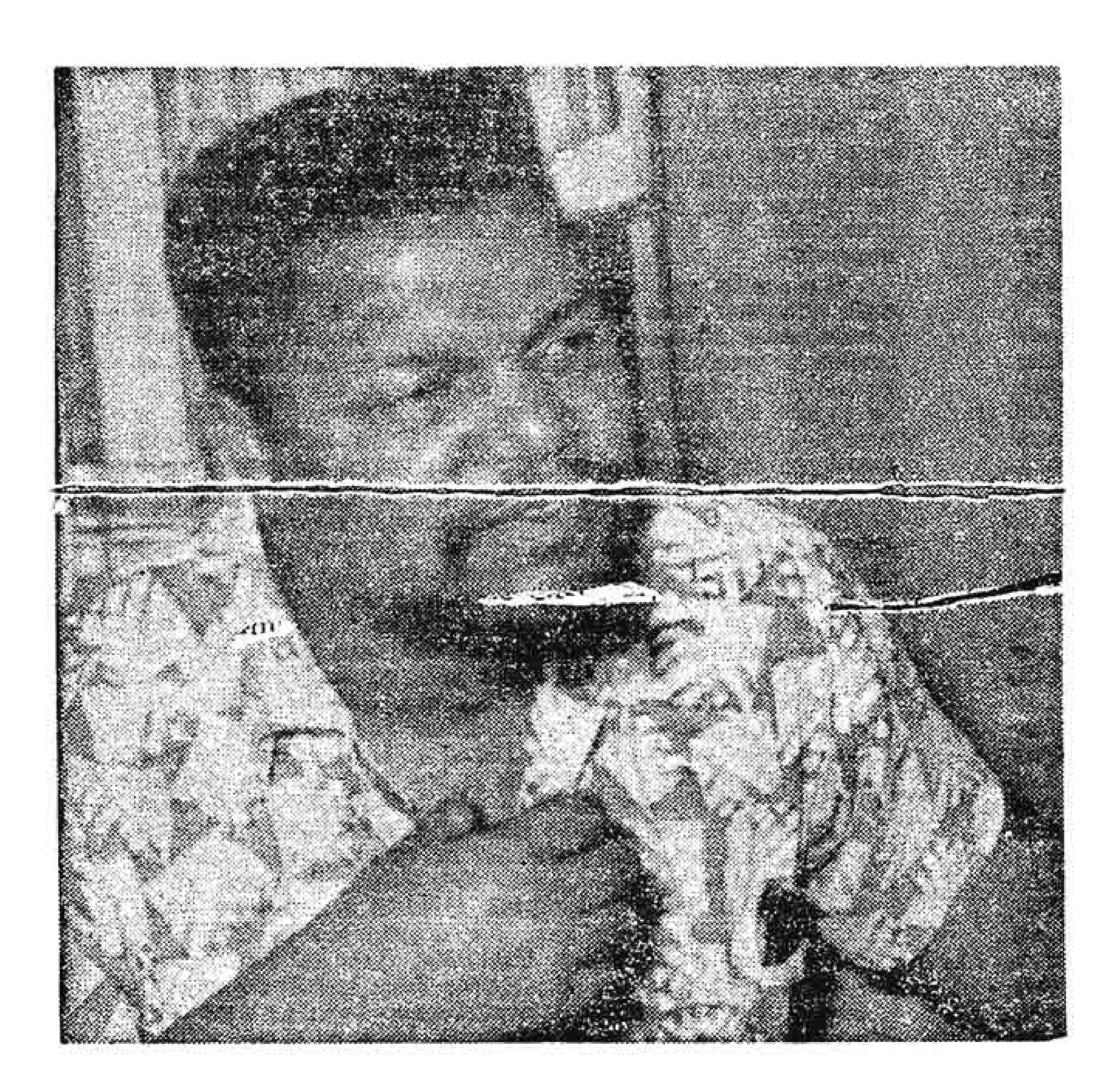
Estos jóvenes negros están imbuídos de un espíritu revolucionario, pero por desgracia carecen de ideología, de unidad nacional, y por lo tanto, de un líder. La Asociación Nacional para el Progreso de los Negros cuenta con unos 300,000 miembros de un total de 20.000,000 que viven en Estados Unidos. Y esta es la organización más pujante con que cuentan los negros en Estados Unidos. Si se pusieran a tono con la nueva situación, seguramente que esta organización crecería en tamaño y en influencia.

El negro norteamericano no ha sido aceptado nunca como ser humano. Sólo cuando se muestra dispuesto a colaborar con las fuerzas que oprimen y explotan a sus propios hermanos les es permitido disfrutar de ciertas ventajas materiales. Pero cada día se hace más difícil el mantener esa colaboración, tanto para aquellos que están dispuestos a colaborar como como para aquellos que necesitan de la colaboración para mantener su hegemonía.

A través del mundo entero, los negros, especialmente en Asia y en Africa, se han rebelado contra sus opresores blancos europeos. El movimiento de liberación que comenzó en Asia y se extendió a Africa no muestra signos de detenerse. La Revolución cubana ya le ha señalado el camino de la independencia verdadera a la América latina. Y si el resto del mundo va a ser libre, ¿por qué no puede serlo Estados Unidos? En muchos lugares de la América del Norte hay tanta hambre, pobreza y tiranía, como en las peores zonas dominadas por los imperialistas. Los Estados Unidos están muy lejos de ser una verdadera democracia, a pesar de todas las muestras de parlamentarismo burgués que existen en Washington.

Sin embargo, los norteamericanos permanecen ignorantes de su verdadera situación política y económica. En ningún lugar del mundo se ha sometido a un pueblo a una propaganda tan malsana como la que brindan la prensa, la radio y la televisión en Estados Unidos. No hay un pueblo que viva en una situación tan ilusoria como el pueblo norteamericano. Sin embargo, debido a la posición inferior que ocupa en el sistema de castas norteamericano, el negro comprueba a diario la diferencia que existe entre la estructura propagandística creada por los señores del "Mundo Libre" y la sórdida realidad existente en la mayor parte de la sociedad norteamericana. Hay muy pocos negros que sean tan cínicos o tan hipócritas que se atrevan a asegurar que son miembros "libres e iguales" de la República de Norteamérica; hasta los negros ricos se dan cuenta lo frágil que resulta su difícil prosperidad. Pero la vergüenza de ser negros, que sus amos blancos les enseñaron a sus abuelos, está desapareciendo rápidamente y los negros norteamericanos están adquiriendo una nueva dignidad en su lucha en pro de la justicia social y la decencia humana.

El ejemplo del pueblo cubano, que se ha atrevido a enfrentarse a la tiranía y el imperialismo les ha servido de acicate, al mostrarles que está dispuesto a pagar con su vida, si fuere necesario, el precio de la libertad. En el mundo occidental, el ejemplo de Cuba libre, se yergue como un faro qua alumbra tanto a los blancos como a los negros, que todavía están luchando en la oscuridad.



ROBERT F. WILLIAMS

líder de la batalla del negro por la justicia en el Sur; director de la Asociación Nacional para el Progreso de los Pueblos de Color en Carolina del Norte; editor del semanario más valiente del Sur, "The Crusader"; y un amigo genuino del pueblo cubano, que ve en su revolución un ejemplo no sólo para los negros oprimidos sino para todos los ofendidos del mundo.

EL GHETTO DE HARLEM

POR JAMES BALDWIN

Harlem, físicamente, ha cambiado muy poco durante la vida de mis padres y la mía. Ahora como entonces, los edificios son viejos y necesitan urgentes reparaciones, las calles están sucias y congestionadas de gentes, hay demasiados seres humanos por manzana. Los alquileres son de un diez a a un cincuenta y ocho por ciento más altos que en cualquier otro lugar de la ciudad; la comida, demasiado cara en cualquier otra parte, es mucho más cara aquí, y de inferior calidad; y ahora, después de la guerra, en que el dinero ha mermado, la gente va a ver las vidrieras pero casi nunca compra. Los negros, a los que por tradición son los últimos en ser contratados y los primeros en ser despedidos, encuentran dificultades en conseguir trabajo; mientras que los precios suben, los salarios bajan. En todo Harlem hoy en día, se siente la misma amarga desesperanza que sentíamos en mi niñez al esperar el invierno; sabíamos que venía y que sería crudo, y que nada se podía hacer para evitarlo.

Harlem está todo congestionado; es algo así como el insistente y loco golpeteo claustrofóbico que se siente en la cabeza al tratar de respirar en una habitación pequeña, con todas las ventanas cerradas. Sin embargo, el hombre blanco caminando por Harlem, raramente lo encontrará siniestro o más detestable que cualquier otro barrio bajo.

Harlem para el transeúnte ocasional tiene el rostro fortuito; considerando la historia de los hombres y mujeres negros y las leyendas que corren, aparte de los policías, siempre presentes y cautelosos en las esquinas, nadie nota que esta cara es demasiado indiferente y no tan desenvuelta ni tan descuidada como aparenta. Si hay más violencia que la corriente, como sucedió en 1935 ó en 1943, se le enfrenta con amargura, sorpresa y cólera; la hostilidad social del resto de la ciudad se alimenta de esto, como prueba de que ellos tenían razón, y la hostilidad aumenta; se preparan discursos y comités, se inician investigaciones, se toman medidas para enderezar lo torcido, sin siquiera agrandar o demoler el "ghetto". La idea es hacerlo menos riesgoso para la sociedad; un proceso que ayuda tanto como maquillar a un leproso.

De este modo tenemos el Boys' Club en el Oeste de la calle 134, el parque de recreo en el Oste de la calle 131 y Quinta Avenida; y como a los negros no les es permitido vivir en Stuyvesant Town, por la Compañia de Seguros Metropolitan, esta compañia en consideración a los negros está construyendo un barrio llamado Riverton en el centro de Harlem. Pero es muy probable que solamente la clase profesional negra y no todos sean los únicos que puedan pagar el alquiler.

La mayor parte de estos barrios han sido estimulados por los líderes negros, siempre en el frente de batalla y por la prensa negra. En lo que concierne a los líderes ngros, lo mejor que puede decirse es que están en una posición imposible de sostener y que los pocos que sienten genuina preocupación mantienen su posición con dolorosa dignidad. No es probable que alguien que de veras conozca a Harlem pueda creer que la presencia de un parque de recreo, más o menos, tenga algún efecto profundo en la sicología de sus ciudadanos. Pero es mejor tener el parque de recreo que no tenerlo. Por lo menos, los padres saben que sus hijos no están en peligro de ser arrollados. Igualmente, a pesar de que el culto norteamericano de saber leer y escribir ha sido primordialmente explotado para dar un mercado a Reader's Digest y al Daily News, saber leer y escribir es mejor que ser analfabeto. Los líderes negros deben pedir mejores y más escuelas para los negros, aunque cualquier negro que tome esa enseñanza en su significado literal, se encontrará virtualmente incapacitado para vivir en esta democracia. Posiblemente la más saludable de todas esas actividades es que aseguran al negro que no está completamente olvidado; que hay gente que trabaja por él aunque estén descarriados; y que mientras las aguas se agiten no podrán estancarse.

Lo más terrible de ser un líder negro está en el nombre mismo. No me refiero a la condescendencia que el título implica, sino a la tortura refinada que un hombre experimenta al ser creado y derrotado por la misma circunstancia. El líder negro ha sido creado por la atmósfera americana, la que conspira contra él; y a lo más que puede aspirar es a quedarse sin trabajo, a molestar a los líderes americanos contemporáneos y a los miembros de su propio grupo, hasta que cualquier mala situación se complique tanto que ya no se pueda tolerar. Es como enconar una ampolla hasta que se reviente. Sin embargo, algunos líderes y políticos negros se ocupan más de su profesión que del bienestar de los negros, y sus batallas en favor del negro, que dramatizan y publican, son batallas contra el viento. Desde luego, este fenómeno no puede modificarse si no se modifica la atmósfera americana. En una tierra donde se dice que cualquier ciudadano puede llegar a presidente, se perdona a los negros por aspirar al Congreso.

A la prensa negra, que apoya a cualquier hombre, siempre que sea lo bastante oscuro y bien conocido —con excepción de ciertos novelistas negros acusados de describir cosas desfavorables a la raza— se le ha hecho por muchos años críticas confusas basadas en que en todo momento es y seguirá siendo eso; una prensa dedicada enteramente a los acontecimientos del mundo de los negros. Esta preocupación probablemente pueda perdonarse en vista de la gran indiferencia y hostilidad frecuente de la prensa blanca americana. Se ha acusado a la prensa negra de no hacer nada para que esta situación mejore, lo cual es cierto, pero no veo tampoco qué pudiera hacer, cómo podía ayudar. Además se le ha acusado de ser sensacionalista, lo cual es cierto, pero es difícil tomar esta crítica en serio en un país como el nuestro, dedicado a los sensacionalismos.

El periódico negro de más venta es el "Amsterdam Star-News" y al mismo tiempo es el peor, ya que goza con los crímenes, las violaciones, los asaltos policíacos a nidos de amor, las batallas inter-raciales y cualquier otra noticia —aunque no tenga importancia— sobre negros prominentes y conocidos, además de cualquier punto ganado por la raza durante la semana. Todo en ese orden. Aparentemente, esta política da resultado; vende periódicos, que es después de todo, lo que se busca; cuando yo era niño no nos perdíamos una edición. El día en que el periódico salió por vez primera, podíamos oir al vendedor gritando los últimos escándalos y las gentes apresurándose a leerlos.

Al **"Amsterdam"**, le ha salido un rival en los últimos años en el periódico **"People's Voice"**, del formato del PM y conocido por PV.

El PV (People's Voice) no es tan sensacional como el Amsterdam a pesar de que escribe sobre lo mismo (las noticias de la prensa negra son, naturalmente, limitadas) La política del **PV**, menos sombría es de centro izquierda (El **"Amsterdam"** es Republicano, una afiliación política que lo ha hecho cometer extrañas equivocaciones) y desde su comienzo, ha sido desesperantemente militante lleno de advertencias, ruegos, y cartas abiertas al gobierno —las cuales, para sorpresa de nadie, no son contestadas— y ha tenido la misma preocupación patética por el negro prominente y lo que hace. Hasta hace varias semanas aparecieron en **PV** columnas de Lena Horne y Paul Robeson. Los dos ya cortaron sus conexiones con el periódico. La columna de Miss. Horne la hacía aparecer como una Eleanor Roosevelt amargada y la única columna de Robeson que he leído se refería a la moda de cazar brujas en Hollywood, y hablaba de las películas atacadas y el trato tradicional de Hollywood a los negros. Me es doloroso comprender que un hombre tan talentoso y fuerte como Robeson pueda ser engañado por su propia amargura y por su total incapacidad para comprender la naturaleza del poder político en general, o los fines comunistas en particular; hasta hacerles perder de vista los objetivos de su propia crítica. Esto hace pensar que hay muchos modos de ser anti-americano, y muchos tan viejos como el mismo país y que el Comité de Actividades Anti-Americanas del Senado puede hallar conceptos mucho más perjudiciales a la vida americana en una película como "Lo que el viento se llevó", que en "'Alerta en el Rin" (Watch on the Rhine), también romántica pero de mucho menos éxito.

Los otros periódicos con alguna venta en Harlem son el **"Courier"** de Pittsburgh, que tiene la reputación de ser el mejor de todos y el **"Afro-American"** que con su formato semejante al **Journal-American** de Nueva York, y que aparentemente trata sin éxito de ser legible, inteligente y agresivo. El **"Courier"** es un periódico de clase superior, que logra su supremacía con las noticias de sociedad y las columnas escritas por George S. Schuyler. La serenidad olímpica de Schuyler me enfurece, pero éste refleja con gran destre-

za el estado mental y las ambiciones de su profesión: un negro acomodado que ha conseguido un lugar donde pararse. Schuyler tiene una novela satírica que yo no he leído, llamada "Black No More", (No más Negro) y es ayudado enormemente por una cortés esposa blanca y una pequeña hija prodigio —la que algunos círculos consideran seriamente como prueba de que el cruce entre blanco y negro puede producir genios, más que ninguna otra combinación humana— El **"Afro-American"** publicó recientemente una serie de artículos sobre este tema, "La Educación de los Genios", de la Sra. Amarintha Work la que describió detalladamente los resultados de su hijo mulato, (Craig.)

"Ebony" y **"Our World"** son dos revistas. **"Ebony"** es muy parecida a **"Life"**, y del mismo estilo; y **"Our World"** es la revista negroide que imita a **"Look"**. **"Our World"** es una revista extraña, una revista desorganizada, que a veces parece un periódico estudiantil y otras un llamamiento a las armas, pero que principalmente, como sus más inteligentes hermanos, se dedica a la idea de que cualquier cosa que haga un hombre blanco, un negro probablemente la pueda hacer mejor. **"Ebony"** escarba artículos sobre tema como "la verdadera Lena Horne" y los agentes federales negros (FBI), y viaja a los cuatro puntos cardinales en busca de cualquier noticia, por trivial que sea, que tenga algo que ver con cualquier negro o grupos de negros que de algún modo sean excepcionales o novedosos. El tono de ambas revistas es afirmativo. Una vez, en el número de noviembre de 1947, **"Ebony"** trajo un editorial titulado "Contemos nuestros dones", que comenzaba acusando a Chester Holmes (autor de la novela "Cruzada Solitaria") de tener una psicosis racial, y de ahí explicaba que había negros racistas que eran ciegos y peligrosos como Bilbo, lo cual es muy cierto, y que comparado con los millones de europeos hambrientos, los negros estaban muy bien —esta comparación no puede significar absolutamente nada para el negro a menos que no haya estado en Europa. El editorial terminaba diciendo que los negros habían progresado mucho y que como "patriotas americanos" ya era hora de que "dejáramos" de cantar **blues** y comprendiéramos la brillantez del futuro. Estos sentimientos tan halagadores eran rodeados —o mejor dicho subrayados— por una fotografía en la página opuesta de una vieja campesina negra llevando en hombros a su casa una cosecha de cebollas podridas. Aparentemente se le escapó al editor de Ebony que la existencia de la revista y su contenido ese mes daba un mentís a este esfuerzo para sacar lo mejor de un mal negocio.

La verdadera "raison d'etre" de la prensa negra puede encontrarse en la sección de cartas al director, donde se lee la verdad de la vida de los rechazados. La prensa negra tiene el dilema terrible que, no teniendo otro modelo, se modela por la prensa blanca, tratando de emular el mismo tono inútil y sofisticado que no convence a nadie. Es simplemente imposible no cantar **blues**, en voz alta o no, cuando las vidas de los negros son tan rigurosas y atrofiadas. No es la prensa negra la que está errada: de cualquiera contradicción, inanidad o infantilismo político que pueda ser culpable, también lo es la prensa americana en general. El periódico negro trata de ser reconocido y de mantener su posición en el mundo del hombre blanco. En nada contribuye a esto el que el mundo del hombre blanco, intelectual, moral y espiritualmente, tenga el ruido vacío de un tambor roto y el olor de la muerte lenta. Todas las batallas y todas las mentiras, todo el deterioro y la dislocación y la pugna de nuestra sociedad, se ven con un relieve más intenso en la prensa negra.

La prensa negra, como el negro, es la víctima de nuestras enfermedades. No hay ninguna diferencia después de todo, entre el modo en que el **"Amsterdam"** relata un crimen en la Avenida Lenox y el estilo en que el **"Daily News"** narra un crimen en Beckman Hill. Tampoco hay ninguna diferencia entre el chauvinismo de los dos periódicos excepto que el "Daily News" es presumido y el Amsterdam es desesperado. Los negros viven vidas inevitablemente violentas; una prensa negra sin violencias no es por lo tanto posible y además, en cada acto de violencia, particularmente contra el hombre blanco, los negros sienten cierta emoción de identificación, un deseo de haber sido ellos mismos quienes lo cometieran; y de que, al fin, todas las que se tenían guardadas se las han cobrado. No es accidental de que Joe Louis sea el hombre más venerado de Harlem. Ha salido victorioso en el único plano por el cual el blanco americano siente algún respeto. A nosotros (los americanos en general) nos agrada señalar a los negros y a la mayoría de sus actividades con cierto desprecio; pero es a nosotros mismos a quien estamos mirando, a nosotros mismos a quien conde namos o —condescendiendo— nos esforzamos por salvar.

He escrito quizá en exceso sobre la prensa negra, principalmente, porque sus muchos críticos hacen la demanda irracional de que la mayoría más oprimida de la nación, se conduzca en todo momento con una inteligencia y perspicacia que nadie nunca ha sospechado del difunto Joseph Patterson ni de Hearst; y he tratado de dar alguna idea de su tono porque me parece que es aquí precisamente donde se delata la desesperación innata. En cuanto a la controversia de la publicidad para negros que ha causado tantos comentarios, me parece lógico que cualquier minoría identificada por el color de su piel y por la consistencia de sus cabellos, tenga conciencia de esos atributos y evite anuncios de lociones que hacen el cabello más rizado y de jabones que oscurecen más la piel. El ideal americano, después de todo, es de que todo el mundo sea lo más parecido posible.

Es axiomático que el negro es religioso, lo cual quiere decir que teme al Dios que nuestros antepasados nos dejaron y ante el cual todavía temblamos. Problamemente en Harlem haya muchas más iglesias que en ningún otro ghetto de esta ciudad y estén completamente repletas todas las noches y algunas de ellas durante el día. Se supone que esto sea un ejemplo de la simplicidad esencial del negro y su buena voluntad, pero es en realidad una emoción desesperada.

Estos templos comprenden desde la augusta y conocida Iglesia Abisinia Bautista en la calle 138 hasta locales inclasificables, sótanos y hasta edificios privados. Todas las noches, ministros religiosos, espiritualistas, profetas autodesignados y mesías reunen a sus rebaños para adorar y para fortalecerse con alegría. Y esto no es como algunos autores nos quieren hacer creer meramente un escape pueril, emocional. Su fe se puede describir como pueril, pero sus conclusiones son muchas veces siniestras. Puede, naturalmente "alegrarlos" lo que implica que la vida impuesta a los negros los hace desdichados, pero también y lo que es mucho más importante la religión funciona aquí como una completa y exquisita fantasía de venganza: los blancos son los dueños de la tierra y cometen toda clase de abominaciones e injusticias; los malos sentimientos serán castigados, y los buenos premiados, ya que Dios no duerme y el Juicio Final no está muy lejos. No se requiere un grado de percepción espectacular para comprender que aquí la amargura ni está muerta ni duerme, y que el hombre blanco, creyendo lo que quiere creer, ha leído mal los símbolos. Muchas veces el pastor negro desciende a planos menos abstractos y no deja dudas de lo que piensa; la presión de la vida en Harlem, la guerra ítalo-etiópica, la injusticia racial durante la reciente guerra y la terrible posibilidad de otra guerra muy pronto. Todos estos tópicos son trampolines excelentes para sermones ligeramente recubiertos de espiritualidad, pero cuyo fin es más que nada ilustrar la injusticia del blanco americano y anticipar su seguro castigo, que ya demora mucho.

Aquí hay también un aspecto de la relación ambivalente que mantiene el negro con el judío. En primer lugar, aunque nadie pone en duda la tradicional acusación cristiana de que el judío mató a Cristo, en la palabra "judío" en realidad incluye inicialmente a todos los infieles de piel blanca que no han aceptado al Salvador. No se hacen distinciones: el pastor comienza acusando al judío de haber rehusado la luz y de ahí sigue catalogando sus pecados y los sufrimientos por los que pasa debido a la ira de Dios. Aunque la idea de sufrimiento se basa en la imagen del judío errante y exilado, el texto cambia sutilmente para que todos recuerden los sufrimientos de los negros, mientras que los pecados que se mencionan son los pecados de la República.

En este punto, el negro se identifica a sí mismo casi totalmente con el judío. El negro más devoto se considera un judío esclavizado a un capataz inflexible, que espera por un Moisés que lo saque de Egipto. Los himnos, los textos y las leyendas favoritas del negro creyente son todas del Viejo Testamento y por consiguiente de origen judaico; la huida a Egipto, los hijos de los hebreos en calderas encendidas, los terribles himnos jubilosos de liberación: "Señor, qué prueba, qué **tribulaciones**, voy a **dejar** esta tierra!". El pacto que Dios hizo al principio con Abraham y que fue pasado a sus hijos y a los hijos de sus hijos para siempre, es un pacto hecho también con los exilados de hoy: así como Israel fue elegido, ellos también han sido elegidos. El nacimiento y muerte de Jesús, que añade un elemento no judaico, también completa esta identificación. Es de nuevo el pacto hecho con Abraham, renovado, firmado con sangre. ("Antes de Abraham, fuí yo") Aquí la imagen de Cristo funciona como el intermediario, el puente de la tierra a los cielos; fue Jesús quien lo hizo posible, quien proporcionó la salvación gratis a todo el mundo, "para los judíos primero, y después para los Gentiles". La imagen de Cristo sufriendo y el sufrido judío están unidas en una imagen del sufrido esclavo y son solamente una sola: la gente que camina en la oscuridad ha visto una gran claridad.

Pero si el negro ha comprado su salvación con dolor y el Nuevo Testamento se usa para comprobar la validez de la transformación, es el Viejo Testamento del que se sostiene y del que más frecuentemente se habla, el que provee el fuego emocional y da cuerpo al camino de la esclavitud; el que promete venganza y asegura a los elegidos su lugar en Sión. El texto favorito de mi padre, que era un pastor muy devoto, no era "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" sino "¿Cómo puedo cantar la canción del Señor en tierra extraña?"

Esta misma identificación que los negros, desde la esclavitud, han aceptado junto con la leche de su madre, en la actualidad sirve para fomentar un complicado resentimiento específico. Los judíos en Harlem son pequeños comerciantes, agentes de casas de inquilinatos, vendedores de inmuebles y agentes de casas de empeño; se desenvuelven de acuerdo a la tradición comercial americana de explotar al negro y, por lo tanto, se identifican con la opresión y por eso son odiados. No recuerdo haber conocido ningún negro en los años de mi niñez, en mi familia o fuera de ella, que tuviera confianza en un judío; y conocí pocos que no sintieran hacia ellos, el más negro desprecio. Sin embargo esto no impedía el que el negro trabajara para el judío, que fueran amenos y corteses con ellos, y en muchos casos que

tratara de hacerles creer a sus patronos que no sentían animosidad contra él y que prefería trabajar para él, que para otra raza. Parte del precio que el negro paga por su puesto en la sociedad es, como dice Richard Wright, que esté casi siempre haciendo un papel. El negro aprende a medir la reacción que el extranjero desea y él la demuestra con astucia que desarma a cualquiera. Mis amigos de la niñez y del trabajo, se hicieron cada vez más amargos, pero aprendieron a ocultar esta amargura y entrar por la norma que los paganos y los judíos les habían preparado.

La tensión entre negros y judíos contiene un elemento que no es característico de la tensión entre negros y gentiles, un elemento que responde en alguna medida a la tendencia del negro a castigar al judío verbalmente más a menudo que los cristianos, y que lleva a la conclusión de que de todos los blancos del mundo, es el judío a quien más odia el negro. Cuando el negro odia al judío por judío, lo hace parcialmente porque la nación lo hace y en la misma forma dolorosa que se odia a sí mismo. Este es un aspecto de su humillación reducido a un tamaño que él puede dominar y transferir a otros; es la mejor forma que el negro tiene, para exponer oralmente su larga crónica de quejas contra su tierra natal.

Al mismo tiempo, hay la sospecha oculta de que el judío debe "saber", que ha sufrido ya bastante para comprender lo que es el sufrimiento. De los judíos se espera una comprensión que el negro más ingenuo y visionario jamás ha esperado de los cristianos americanos. El judío, por su precaria posición, no ha desmentido esta creencia. Los judíos, como los negros, tienen que usar toda clase de armas para ser aceptados y deben de tratar de cubrir su vulnerabilidad con una afectada aceptación de las costumbres del país; y el trato que el país da a los negros es sin lugar a dudas una costumbre. Se ha enseñado al judío y muchas veces lo acepta— la leyenda de la inferioridad del negro; y el negro, al mismo tiempo, no ha encontrado nada en su trato con el judío que contrarreste la leyenda de la codicia semítica. Aquí, el blanco cristiano americano, tiene dos leyendas que le sirven por igual: ha dividido estas minorías y es el soberano.

No es posible que dentro de esta complicada estructura se pueda llevar a cabo una cooperación verdadera y sistemática entre judíos y negros. (Esto es hablando del problema social y general y no significa que la amistad personal sea imposible o que no tenga valor alguno si se produce). La estructura de la nación americana ha atrapado a estas dos minorías en actitudes de hostilidad perpetua. Ninguna de las dos se atreve a confiar en la otra —el judío— porque cree que debe de subir más alto en la escala social americana y no tiene, en lo que atañe, nada que ganar si se identifica con cualquier minoría, aunque sea menos tolerada que él; mientras que el negro está en la posición menos defendible de no atreverse a confiar en nadie.

Esto se aplica, con variantes pero casi sin ninguna excepción, incluso a aquellos negros llamados progresistas y "raros". Los negros de la clase profesional (que no son los negros profesionales) compiten con el judío en sus labores diarias, y usan el anti-semitismo como una prueba retadora de su ciudadanía. Sus posiciones son muy precarias para permitir a ninguno de ellos ceder verdaderamente en sus posiciones sobre nadie. No confían en los blancos, ni en sus semejantes, ni en sí mismos; y en particular no confían en el judío. Durante mis cortos días de socialista argüí más de una vez contra el anti-semitismo con una estudiante negra de la Universidad, que estaba tratando de entrar en el Servicio Civil y se mantenía mientras tanto trabajando como sirvienta. No era tonta, ni siquiera estrecha de criterio: esperaba el siglo de la luz y estaba dispuesta a trabajar con los judíos para conseguirlo; pero no podía aceptar al judío como amigo. De nada valió explicarle, como lo hice, que la explotación de la que se acusaba al judío era explotación americana, no hebrea, que en verdad, detrás de la cara judaica estaba la realidad americana y que mis amigos judíos en el Instituto no eran así. No tenían la menor intención de explotarme y no nos odiábamos (recuerdo mientras hablaba, de ciertas dudas que me asaltaron como una niebla en lo recóndito de mi pensamiento) Puede que sea verdad, me dijo, pero ustedes eran niños y no tenían necesidad de ganarse la vida. Espera a que se establezcan y pídeles que te den trabajo ¡ya verás!

Es esta amargura —sentida por el callado y hambriento populacho de Harlem, por los ricachos de Sugar Hill y por las brillantes excepciones acomodadas en universidades —quienes han derrotado y continúan derrotando todos los esfuerzos para llegar a una comprensión interracial. Yo no soy de los que creen que la opresión da sabiduría a los pueblos, ni visión ni caridad, aunque la supervivencia del negro en este país no hubiera sido posible, si esta amargura hubiera sido todo lo que el negro sintiera. En América, la vida parece moverse más rápidamente que en cualquier otra parte del mundo y a cada generación se le promete más de lo que va a recibir: lo cual crea en cada generación una furiosa y perpleja cólera, la cólera de las gentes que no pueden encontrar tierra firme bajo sus pies. Así como una montaña de investigadores sociológicos, informes de comités y planes para centros de recreo no han podido cambiarle la cara a Harlem ni impedir que los muchachos y muchachas negros crezcan y se enfrenten solos, a la frustración insufrible de ser siempre, en todas partes, inferiores —hasta que finalmente el cáncer ataca y envuelve la mente— no parece haber esperanza para un mejor acercamiento entre el negro y el judío a menos que haya un cambio en el patrón americano.

Pero el negro y el judío son impotentes: la presión de la vida es demasiado inmediata e incesante para dar tiempo a comprender. No puedo imaginar ningún negro nativo de este país que no haya salido irreparablemente marcado durante la edad de pubertad, por las condiciones de su vida. En todo Harlem, muchachos y muchachas negras llegan a su madurez sin desarrollar, tratando desesperadamente de encontrar un lugar donde pararse, y lo maravilloso no es que muchos estén arruinados, sino que otros muchos sobreviven.

Las salidas del negro son desesperadamente limitadas. En su dilema se vuelve primero hacia sí mismo y después hacia lo que más representa para él su propia emasculación. Aquí el judío es apresado en campo americano entre dos fuegos. Al encontrar al judío, el negro odia en el fondo, no su judaísmo, sino el color de su piel. No es la tradición judaica la que lo ha traicionado sino la tradición de su tierra natal.

Pero así como una sociedad debe tener una víctima, así el odio debe de tener un símbolo. El Estado de Georgia tiene al negro y Harlem tiene al judío.



JAMES BALDWIN

James Baldwin nació en Harlem hace 31 años. Comenzó desde muy joven a planear novelas, y el resultado de estos comienzos ha sido las obras de su madurez: "Grítalo a la Montaña" y "El cuarto de Giovanni", "Notas de un hijo nativo", libro donde se afirman los derechos del negro como ciudadano de un país de blancos, recogió este brillante ensayo.

EL ARTE NEGRO Y EL ARTE OCCIDENTAL

POR HAROLD CRUSE

Los latinoamericanos ven al negro en los Estados Unidos exclusivamente como una minoría racial que vive en diferentes grados de desventaja económica y social. Este punto de vista llevaría a la conclusión de que levantar simplemente esas restricciones y conceder al negro "igualdad de derechos" sería prueba manifiesta de que la democracia norteamericana puede funcionar. Muchos latinoamericanos consideran que las prácticas raciales norteamericanas hacen desconfiar de las intenciones de los Estados Unidos en los asuntos mundiales.

No hay que decir que esas actitudes son válidas. Pero además de ser problema de raza, de economía y de costumbres profundamente arraigadas, el problema es también cultural. Rara vez se considera al negro como el factor cultural que es, y ha sido en la sociedad norteamericana. Llamamos "factor cultural" a los ingredientes intelectuales, históricos, y de creación e inspiración con los que una sociedad modela sus formas artísticas. El arte, en ese sentido, abraza todas las categorías —la música, el teatro, la literatura, la danza, la pintura y la escultura, el cine, la crítica incluso la apreciación del público. Ya el hecho de que muchos miembros de la élite cultural de los Estados Unidos admitan que el negro ha aportado el único lenguaje musical autóctono y original que tiene el país, es prueba de la influencia cultural del negro sobre la sociedad blanca. Pero, al mismo tiempo, la élite cultural blanca americana o sea, los críticos y toda la organización de empresarios, directores, productores, editores y propietarios de las agencias de comunicación cultural, han levantado un muro de restricciones que limita la expresión del artista creador negro como individuo, o que lo explota con fines comerciales. En la región de la cultura, lo que tenemos en los Estados Unidos es una filosofía estética que descansa en la posición subordinada del negro en la sociedad norteamericana y lleva prácticas de discriminación racial al terreno del arte.

Pero que esto sea así no debe sorprender. Lo que puede sorprender es que el negro en los Estados Unidos no haya cultivado una filosofía del arte para compensar esas restricciones que operan contra su libre expresión. La idea de la superioridad griega en la literatura, el teatro, las artes plásticas, la filosofía y la ciencia es una idea occidental. Se escriben muchas obras afirmando que todo lo que es superior en la sociedad occidental debe su origen a la tradición griega. De esta creencia nace la idea de que sólo la raza blanca puede crear un gran arte. Esto, unido a la exclusión económica y social practicada contra los negros, ha impuesto graves restricciones al artista creador negro. Ha limitado su campo de creación, impedido que su habilidad se desarrolle y ha desalentado sus esfuerzos para expresar las verdades de su experiencia.

En la sociedad occidental hay una cosa que se llama el yo estético que penetra todo el pensamiento de su élite cultural, ya se trate de liberales, de conservadores, e incluso de marxistas. Este yo de la civilización blanca se da cuenta de que todo buen arte es, y debe ser, humanista o crítico. Por eso, el buen arte expresado por una casta subordinada ofende el yo de la carta dominante y trastorna el derecho que ésta se ha arrogado de ser el árbitro de las ideas sociales que deben prevalecer en las formas artísticas. Es inevitable que el arte que proceda de una casta o clase que la opinión nacional considere inferior debe ser desalentado por métodos abiertos u ocultos, o debe ser controlado. En el caso del negro norteamericano, la discriminación racial asume una connotación estética que no ha sido estudiada aún adecuadamente por las filosofías sociales ni por la crítica.

Esto plantea un problema de solución complicada. Estamos ante una situación cuyas raíces históricas más profundas están en los factores sicológicos, raciales y de clase del desarrollo de la sociedad norteamericana. Las normas culturales blancas norteamericanas se derivan de la cultura europea tanto en forma como en contenido. A esto se añadieron algunos ingredientes indios, pero principalmente negros, de arte popular en la música, el canto, la danza, la poesía y las narraciones, junto a la concepción africana única de los ritmos. La experiencia social del negro en los Estados Unidos ha hecho que las formas artísticas asociadas con la cultura popular afroamericana (negra) se manifestara en varios niveles. Así, la música, la danza, la poesía, el ritual social y la literatura de los negros ha ido desde el nivel popular de la canción esclava, el trovador de las plantaciones, los cantos "espirituales", el "ragtime", los "blues" y el "jazz" hasta las refinadas creaciones de "jazz" de un Duke Ellington o de un Sidney Bechet, para alcanzar la síntesis teatral en "Simply Hevvenly", de Langston Hughes, que trata de la vida urbana de los negros de Harlem, y que reune música, cantos, danzas, comedia satírica y drama. Detrás de esta evolución cultural de la tradición afroamericana hay una larga lista de cantantes y actores negros famosos y creadores de estilos de "jazz". Casi todos los modelos en que se inspiran los bailes y la música popular americana tienen un origen negro. A principios de siglo se decía en los Estados Unidos qúe el negro componía la música que cantaba el país.

Uno de los hechos fundamentales de la evolución cultural de los Estados Unidos es que los prejuicios raciales han impedido que el pueblo norteamericano haya producido una escuela nacional de danza o de ópera, comparable a la que han creado los países europeos. A diferencia de las escuelas clásicas de arte musical en Europa, la estética americana [illegible] del idioma campesino en una verdadera escuela sinfónica, operática, de ballet, o de teatro americana, comparable a las escuelas europeas. Esto hubiera exigido que se aceptara no solamente el idioma musical del hombre del campo, sino también los creadores artísticos de la raza a que pertenecían esos hombres, que en su mayor parte eran negros.

Es interesantísimo que el primer compositor blanco que aconsejó a los compositores norteamericanos que basaran su escuela nacional de la música en el idioma campesino, no fuera un norteamericano sino un checoeslovaco, Antón Dvorak, que demostró sus ideas componiendo la Sinfonía del Nuevo Mundo sobre temas indios y negros. Los compositores blancos norteamericanos de la época (1890-1900) ridiculizaron las ideas de Dvorak y se burlaron de sus obras más breves llamándolas "cuartetos negros".

Sabemos que todo arte de gran vuelo en la sociedad occidental, desde los griegos hasta nuestros días, ha buscado raíces nacionales o étnicas. Nacionales en el sentido en que las naciones europeas se agruparon lingüística y culturalmente, en territorios geográficamente divididos. Decimos ópera o arte italiano, literatura rusa, poesía alemana, teatro francés, epopeya escandinava. Ponemos juicios estéticos críticos en juego cuando decimos que no hay ópera inglesa que pueda compararse con las óperas francesas. Pero por qué los ingleses no han creado una escuela operática, o por qué los rusos no tienen tradición pictórica comparable a los italianos, son preguntas que no han sido contestadas a satisfacción de nadie desde un punto de vista estético. Utilizando un juicio estético hay derecho a preguntarse, por ejemplo, por qué los Estados Unidos no han producido una escuela operática notable a pesar de su fecunda

tradición de música popular. En la sociedad occidental las preguntas de este tipo generalmente se han limitado al grupo selecto de conocedores y críticos de arte. Aunque eso en general no lo sabe el público que aprecia todas las formas de arte, los críticos occidentales han estado tratando de perfeccionar durante muchos años una teoría general del arte Benedetto Croce, el filosófico italiano y crítico de arte, escribió en su **Teoría de la Estética**:

"Debemos apegarnos a nuestra identidad, porque entre los motivos principales que han impedido a la estética, la ciencia del arte, revelar la verdadera naturaleza de éste, sus verdaderas raíces en la naturaleza humana, ha sido su separación de la vida espiritual general, el haber hecho del arte una especie de función social o de club aristocrático".

Y Croce concluye:

"No hay más que una estética, la ciencia del conocimiento intuitivo o expresivo, que es la estética del hecho artístico"

Como en ninguna parte de su obra Croce discute la tradición artística de otras civilizaciones, fuera de la occidental, el lector se queda con la idea de que esta "estética única" debe ser aceptada no sólo por el Occidente sino también por todo el mundo. Pero esto es arbitrario. Además, esas opiniones han llegado a ser la racionalización de las naciones de superioridad racial evidentes hoy en todo el campo de la práctica y las instituciones artísticas occidentales.

Los escritos de Bernard Berenson, otro destacado crítico de arte que murió recientemente en Italia. revelan una evidencia más clara aún de la superioridad racial en las teorías estéticas occidentales. Berenson era norteamericano y en su libro **Estética e Historia** se descubren opiniones indirectas sobre la cuestión de la raza y la estética en su actitud ante el arte negro africano. A pesar de ser hombre de inmensos conocimientos y cultura, la afirmación de que ninguna obra maestra griega podía parangonarse con ciertos ejemplos de escultura africana que había recibido.

Berenson condenó el furor por el arte africano que invadió los círculos artísticos europeos hace unos 45 años, llamándolo "regreso al salvajismo" y se negó a apoyar el movimiento moderno dirigido por Picasso. Braque y Modigliani, que se inspiraba en expresiones africanas. Por ironía, Berenson tuvo que citar a otro crítico de arte, que escribió: "Sólo en los países del Norte hubo arte, y ese arte fue ario y germánico, y no debió nada a los pueblos manchados de sangre negra, como los griegos y los semitas".

Berenson atacó a los que apoyaban al crítico, denunciándolos como participantes en un movimiento para subvertir los valores humanísticos del arte occidental", pero no sabía ver la paja en su propio ojo estético.

Este breve examen de las ideas estéticas dominantes en la sociedad occidental tiene por objeto mostrar que hay ideas de superioridad racial que inspiran activamente las prácticas artísticas occidentales. Esto es cierto, aunque los liberales de Occidente proclamen que el arte es "universal" y está por encima de las razas, las castas y las clases. En los Estados Unidos este problema se convierte en un intrigante problema intelectual que habría que investigar, pues los Estados Unidos se han convertido, a pesar de su experiencia como nación, en el soporte económico de una Europa de economía decadente, y en la última esperanza para la salvación del mundo occidental ante la marejada de los pueblos de color en las colonias. Los Estados Unidos son la última esperanza de superioridad blanca en la política y en la economía internacional, y también en el arte. El arte es un factor importante en la deseada humanización de la sociedad universal. Al discutir las relaciones entre la estética y la sociología, Croce llegó a decidir que "un movimiento conciente, seguro y radical de reforma social no puede hallar base ni punto de partida como no sea en la estética".

El arte en los Estados Unidos no representa nuestra composición multirracial. El negro norteamericano como grupo es el más invisible y excluido de todos. El artista creador negro no tiene status como individuo a pesar del hecho histórico de que su pueblo ha aportado más elementos culturales originales al arte nacional que cualquier otro grupo europeo, con excepción del anglosajón.

La élite cultural norteamericana ha mantenido la exclusión del artista negro, pero se observa un complejo de culpa mal disimulado en su actitud hacia el negro. Esta exclusión es una de las causas que se ocultan tras el apego psicológico de los norteamericanos por la ópera folklórica **Porgy and Bess**. Como obra de arte, **Porgy and Bess** ha tenido la distinción, en la mente americana, de ser el mayor éxito logrado en este país en el teatro lírico. El hecho de que esta ópera pinte la vida de los negros, con su música y su lenguaje, no debe interpretarse como un simple incidente. En primer lugar, que trate de la vida de los negros y emplee un idioma musical negro es clara prueba que Antón Dvorak tenía razón sobre la música americana en 1890, cuando los compositores de su época rechazaron su consejo.

El segundo aspecto importante de esta obra es que es una ópera folklórica sobre los negros que no fue escrita ni dirigida por artistas negros. El compositor, el libretista y el autor de la letra eran artistas blancos. La importancia de esto es que si la obra hubiera sido escrita por negros, no hubiera recibido la acogida que recibió del público y los críticos.

Cuando **"Porgy and Bess"** se montó en Nueva York en 1935, los actores y ejecutantes negros ya habían sido aceptados en la escena profesional en papeles "serios". Costó muchos años lograr esto. Y una de las peculiaridades del arte en los Estados Unidos es que son los intérpretes (cantantes, bailarines, actores y ejecutantes), los que han recibido un reconocimiento cultural, y no los artistas creadores (escritores, dramaturgos, poetas, coreógrafos, directores, pintores). El yo estético blanco comprende que no tiene nada que temer del intérprete negro que puede ser neutralizado, que con frecuencia tiene mucho valor comercial, y que puede ser controlado porque necesita de los públicos blancos para vivir. Son los creadores negros, especialmente los escritores, los que pueden trastornar la situación establecida si se les da libertad de expresión y pueden lanzar el reto a la autoridad de la élite cultural blanca.

Porgy and Bess simboliza lo que fue el material creativo del negro americano, que nunca ha cuajado. La ópera es una burla al creador negro porque es en realidad una usurpación de su material por el artista blanco, que lo ha presentado dulcemente deformado para aplacar los gustos paternalistas del público americano. Los actores negros no tenían otro remedio que desempeñar el papel que les asignaron las élites culturales blancas en este caso, aunque no aprobaran el contenido de la obra.

El arte negro americano ha experimentado la misma suerte que el arte africano en los últimos años del colonialismo. Primero, se considera al arte "inferior" por debajo del arte clásico occidental. Después se le tolera y luego viene el fenómeno de apropiación y transformación en la imagen de los ideales occidentales. Entonces no se le considera negroide, sino un producto de la superioridad cultural occidental. Esto ha sido lo que ha pasado con la música de "jazz" en los Estados Unidos.

Como creador, el artista negro de "jazz", compositor-arreglista, sigue manteniendo su posición única como inspiración para todas las nuevas tendencias de "jazz" en la industria musical americana. Cuando se compara la posición y el papel cultural del compositor y del escritor negro norteamericano, las contradicciones de la filosofía de la "integración racial" se hacen más aparentes. La mayoría de los escritores negros expresan hoy el deseo de no estar amarrados a los temas negros. Incluso hay oposición al uso de la expresión "literatura negra".

Por otra parte, si el escritor negro en Estados Unidos se siente confuso acerca del papel que le corresponde, de su posición y su función, el músico negro de "jazz" tiene una visión más realista de la cultura americana. A los compositores e intérpretes negros de "jazz" les molesta que sus colegas blancos, a los que considera imitadores y por debajo de su capacidad de creación, puedan ganar más dinero y conseguir más trabajos que los negros. Mientras algunos escritores negros buscan la "integración racial" y abandonan los temas raciales en sus obras, los artistas negros de "jazz" sienten que la integración está ayudando a los blancos y no a los negros.

En los Estados Unidos el negro está atravesando un período de cambios profundos en las relaciones raciales que también alterará, en ciertas formas, el efecto del yo estético blanco en la esfera de la cultura. Pero la "integración racial", que los negros esperan que sea el método que les ayudará a ganar la plena igualdad en la vida social y en la económica, complica el

problema del negro en las esferas de la cultura. Esto ha sido difícil de explicar.

Una cosa es romper la discriminación en la vida social y económica, ya que tratamos con un simple postulado de relaciones humanas de tipo pragmático. Pero en la cultura y el arte entra la imagen del hombre en sus relaciones con su grupo social o con un Estado nacional que lo identifica. Muchos negros no entienden que la concepción estética blanca que domina el aparato cultura en los Estados Unidos mantiene ese aparato para exaltar el ideal estético anglo-americano. Hay, sin duda, discriminación en todo eso, pero gran parte de ella se basa en la rivalidad y en los celos raciales.

Es cándido pensar, como piensan muchos negros, especialmente actores, que los blancos se integrarán libremente con ellos. Esto sólo es posible en caso de artistas de gran talento. La élite cultural blanca ha integrado a unos cuantos negros en la ópera y la danza, y como "artistas invitados" en los programas de televisión. Pero esta integración simbólica ni siquiera roza el problema principal a que hace frente el negro en la cultura. El único camino para el artista y el ejecutante negro es establecer su propio sistema de valores, juicios y crítica en cosas de arte, y fundar nuevos valores culturales que compitan con la estética occidental. Esta tarea intelectual es más necesaria y también más oportuna debido al nacimiento de los nuevos Estados africanos. Con unas cuantas excepciones, los negros en los Estados Unidos no han pensado en esta perspectiva cultural, pero el Africa tendrá una influencia profunda sobre sus valores culturales y artísticos en un futuro no muy lejano. Ya hay prueba de ello en el nacimiento del nuevo concepto estético de **"la négritude"**, anunciado por un grupo de intelectuales africanos que forman parte de la Sociedad de Cultura Africana, en París.

"Negritud" es la palabra empleada para explicar la esencia cultural común que se encuentra en la poesía y en la literatura de todos los pueblos negros de Africa y el hemisferio occidental. Algunos la llaman un concepto místico, pero si se mira bien no es más místico que la continuidad de 2,400 años de cultura griega, que el mundo occidental blanco llama su herencia.

Croce hace notar que la ciencia de la estética está incompleta. La sociedad occidental no puede establecer normas culturales y estéticas para gentes a las que niega la igualdad de independencia para la expresión artística. Nosotros, los descendientes de africanos somos tan numerosos como las poblaciones de Occidente. La universalidad del arte no puede lograrse en el mundo mientras unos hombres estén subordinados a otros. La ciencia de la estética está incompleta porque los pueblos de piel oscura no han podido decir lo que sienten sobre su[illegible] ideales [illegible] aspiraciones en la estética de la creación artística.

Esta síntesis cultural, esta elaboración de la estética de la **"negritud"**, debe ser realizada por escritores y artistas descendientes de africanos que viven en el mundo occidental. No tenemos otra manera de compensar las restricciones impuestas a nuestra libertad de expresión como no sea adoptando otras normas estéticas para contrarrestar el yo de la estética occidental.

La verdad de la cuestión es que la sociedad burguesa occidental y su cultura atraviesan las últimas etapas de la decadencia. La cultura occidental no tiene más nada que ofrecer al mundo que el hecho de ser única y humanista. Su teatro es vacío y estéril, su literatura sufre de la pobreza de temas, su música pasa por los últimos espasmos de la pretensión atonalista, sus intentos de mejorar la danza clásica a veces son ridículos, formalistas y sin alma.

Incluso Berenson se dió cuenta de esto cuando escribió en 1948: "Atravesamos una decadencia que, como todas las decadencias culturales, desconoce sus síntomas y eufóricamente se imagina que está revolucionando al mundo cuando sencillamente juega a un juego de niños".

La sociedad humana no puede lograr el objetivo de la libertad personal para el individuo mientras las raíces sociales del arte occidental continúen nutriéndose del terreno envenenado de su decadencia, su política internacional inhumana y su economía sin alma.

Estas infortunadas condiciones sociales y culturales en Occidente colocan al negro americano en una posición crítica. El aislamiento político y cultural del resto del mundo no blanco nos ha unido por mil lazos ideológicos a la sociedad occidental y a sus valores. La inteligencia negra está dispuesta a aceptar, sin la menor crítica, cualquier valor falso o negativo de la sociedad occidental a cambio de la esperanza de ser aceptada. Pero ésta es una lucha pasiva, y en muchos aspectos negativa, que busca convertir al negro americano en imitaciones vacías del blanco. Lo que en realidad se necesita es una filosofía de la cultura que reafirme las cualidades únicas de la personalidad afroamericana.

Para lograr esto, el intelectual negro americano debe recoger el hilo perdido de los lazos históricos con el continente africano. Debe empezar a experimentar con todas las formas artísticas, utilizando como material temático la imagen de la personalidad africana y afro-americana. Debe comenzar a combinarla en una síntesis estética de la música, la danza, el drama, la poesía, las artes visuales. Esto no es pedir que nos dediquemos a hacer sentimentalismo con la idea del Africa. Se necesita toda la gama de la expresión, desde la novela épica hasta la gran sátira negra sobre la moral occidental, que está por escribir. El negro americano debe comenzar a publicar sus propios libros y a erigir sus propios teatros y sus instituciones culturales.

Creo que éste ha sido el destino del negro en el mundo occidental desde que cantó las primeras canciones e inspiró los primeros **blues**. Por circunstancias desgraciadas, esto se ha frustrado. [illegible] coyuntura de la historia del mundo el artista blanco en Occidente está perdiendo su inspiración intuitiva y se está degradando ante el dios de los bienes materiales. Este es el destino de todos los artistas en Occidente. Pero el artista negro está en una situación más favorable aunque sólo sea por su riqueza de motivación creadora. Para el negro, libertad de expresar quiere decir libertad en todo lo demás.

HAROLD CRUSE

Novelista y dramaturgo norteamericano conocido como agudo ensayista estudioso del arte negro, el cual ve "experimentando la misma suerte del arte africano en los últimos años del colonialismo".

EL CIELO GUARDA SILENCIO

POR ROBERT F. WILLIAMS

EL NEGRO AMERICANO SALUDA A LA REVOLUCION CUBANA

"El bien inherente en la Revolución cubana puede medirse por el número de enemigos que ha creado en las insensatas sociedades capitalistas desprovistas de conciencia social. No sorprende a nadie que los "democráticos" Estados Unidos hayan iniciado una campaña de calumnia y odio contra el inspirado pueblo cubano que lucha por liberarse del yugo económico sancionado por Wall Street. Para comprender la violenta reacción de los Estados Unidos a la lucha de Cuba por la liberación no hay más que mirar a la suerte del negro en mi país, y saber que odiar y violentar a los que protestan y resisten la opresión y la explotación es una reacción natural de las clases dirigentes norteamericanas".

Yo me crié en lo que comúnmente se denomina en el Sur de los Estados Unidos "un hogar cristiano". Se supone que esta frase representa una recomendación de primera magnitud de antecedentes familiares, que sólo sigue en importancia a la casta racial y a la de clase. El cristianismo que ofrece remuneración en el cielo es una de las armas más poderosas en el arsenal chauvinista blanco de explotación y opresión.

Mi familia pertenece a la religión bautista. En mi niñez aprendí a temer a Dios y a no poner en duda su sabiduría. Pero aún en mi mente de niño había ciertas cosas referentes al mundo y a la estructura de la sociedad humana que provocaban la insubordinación mental. Consultaba a mi madre sobre estos conflictos internos y me decía: "No debes poner en duda el trabajo que hace Dios". Algunas veces hasta parecía asustarse de que en su propia familia un niño se atreviera a pensar que la voz del predicador no siempre representara el interés de la humanidad.

En mi adolescencia, para consternación de mi madre, comencé a apartarme de la iglesia bautista. Llegaría un día en que me separaría completamente. Pero todavía sentía la necesidad de tener una religión y un Diios que algún día rectificara la injusticia cometida en su nombre y como voluntad suya. La Iglesia Católica comenzaba a establecerse en mi pueblo en 1946 y creí que representaba un espíritu cristiano más sincero. Comencé a asistir a misa los domingos. Como mi madre era bautista, creía que los católicos eran una secta extraña que adoraban estatuas e ídolos, y a María en vez de al verdadero Dios y a Jesús. Pronto me di cuenta de que las iglesias se combaten entre sí más de lo que combaten al diablo y a los verdaderos males de la sociedad.

Todos los sacerdotes que enviaba la Iglesia a convertir a los negros eran blancos. El Sur, tradicionalmente protestante y racista, desconfiaba del catolicismo casi tanto como del comunismo. Los protestantes pusieron en práctica todos los trucos malvados que podían imaginar para hacer fracasar la penetración de los católicos en la comunidad negra. Hubo casos en que fanáticos pueblerinos escupieron a los sacerdotes en la cara. A su vez estos despreciaban a las iglesias y a los predicadores protestantes. Los patronos blancos hacían todo cuanto estaba en su poder para que sus empleados negros se mantuvieran leales al protestantismo negro segregado.

La Iglesia Católica se rindió a la tradición y a la presión del Sur y muy pronto estableció una iglesia negra y otra blanca para servir al mismo Dios y a los mismos hermanos. Como negro oprimido, se me hizo cada vez más difícil comprender la extraña hipocresía del llamado cristianismo. En las controversias del pueblo, las iglesias siempre se aliaron con los grandes intereses económicos y siempre con la clase dominante blanca contra el negro empobrecido y humillado. Era evidente que las religiones estaban tan infectadas de prejuicio como la sociedad a la cual complacían. Mi esposa y mis dos hijos todavía van a la iglesia. No tengo inconveniente en que lo hagan, pero enseño a mis hijos a no servir ciegamente ninguna causa y a pensar que la iglesia no es inmune al error.

Hace pocos años ingresé en la Iglesia Unitaria. Creía que representaba una verdadera hermandad porque hasta en mi pueblo, lleno de prejuicios, estaba dispuesta a aceptar la integración de las razas. No había una Iglesia Unitaria negra y otra blanca, y orgullosamente proclamaba que sus puertas estaban abiertas a todas las razas, y a los pobres tanto como a los ricos. Después de mi conversión, sentí profunda desilusión cuando vi que los blancos comenzaban a apartarse. Uno de los primeros en irse fue un juez de mi pueblo que dijo que no pertenecería a una iglesia en que estuviera "ese negro". La Iglesia Unitaria de mi pueblo pronto se desintegró porque yo, un solo negro, pertenecía a ella. En los círculos de la Iglesia Unitaria de todo el Sur de los Estados Unidos se me conoce como "el negro que destruyó una iglesia blanca". Este fue pues el resultado de mi búsqueda de una verdadera iglesia del pueblo y de una verdadera fraternidad cristiana.

Hoy en día, en mi pueblo, algunos que pretenden ser cristianos me dicen ateo, otros me llaman enviado de Dios que resiste la provocación. Mi respuesta es: Sí, creo en Dios, pero no en un Dios que sirve a la causa de los prestamistas y de los que buscan el sometimiento y la explotación de los demás. No puedo concebir un Dios que considere una bendición divina el vivir en la pobreza y en la ignorancia. Un Dios que nos quiera hacer creer que aunque nos dio un intelecto y la facultad de rebelarnos contra la opresión, debemos seguir humildes y sometidos, esperando que inaugure la justicia universal.

El negro en el Sur de los Estados Unidos es la clase más oprimida de América. Los blancos cristianos son sus opresores más brutales. Han incluso desvirtuado la religión hasta el punto de justificar la segregación y el fanatismo racial.

Muchos blancos se apegan dogmáticamente a la idea de que un cristiano blanco debe tratar a un negro con bondad "mientras no se mueva de su lugar". Su lugar se considera en una categoría apenas superior a la de la bestia de carga.

El cristianismo blanco enseña la superioridad de la raza blanca. Enseña que la solución de los problemas sociales debe dejarse a la providencia de Dios. Enseña que los iconoclastas son los instrumentos de Satanás y los agentes del comunismo internacional "sin Dios". Enseña que el derecho de propiedad privada es casi divino y que el Estado tiene más razones para protegerlo que para mezclarse en la divina providencia de Dios usurpando su derecho exclusivo de rectificar la justicia social.

En 1957, la comunidad negra de Monroe, North Carolina, fue invadida por el Ku Klux Klan. La notoria organización estaba dirigida por un predicador bautista llamado "Catfish Cole". Este racista cristiano que lleva consigo la Biblia y la cita continuamente, dijo que "es la voluntad de Dios que las razas estén separadas y Dios hizo que el negro de cabeza dura sea el servidor del hombre blanco". Los que seguían a Cole en sus actividades pandilleras eran los hipócritas cristianos más devotos de la comunidad blanca de Monroe. El Klan Monroe combate acerbamente al catolicismo, a los sindicatos, a los judíos, a los comunistas, a la igualdad racial, a los extranjeros y a la Asociación Nacional para el Progreso de los Pueblos de Color.

Cuando el Klan invadió la comunidad negra en 1957 su objetivos específicos eran un médico negro católico, vice-presidente de la Asociación, y yo. El hogar del médico, el doctor Alberto E. Perry, tuvo que ser custodiado por voluntarios armados. En una ocasión tuvimos que repeler un ataque del Klan haciendo fuego. Los sacerdotes de Monroe tenían miedo visitar la casa del médico. Los hombres del Klan incendiaron algunas casas de negros, mientras los carros patrulleros de la policía les daban escolta. Agarraron a una mujer de color en una calle oscura y la hicieron bailar a punta de pistola. La voz más atrevida salida de un púlpito protestante fue la de un negro, un Judas del tipo del Tío Tom, que sirvió a los amos blancos so capa de cristianismo, diciéndoles a sus feligreses que no se unieran a la causa del médico ayudándole a defender su casa. Este hombre predicó que el Klan sólo quería agarrar a unos cuantos individuos y que si se lo permitían pronto volvería a reinar la paz y la armonía. El pueblo desobedeció al ministro y el mito de la fuerza del Klan quedó roto.

Cuando los funcionarios municipales y estatales, ocultos bajo la máscara del Klan, vieron que no podían agarrar al médico por la fuerza, concibieron un plan para hacer intervenir la ley. Se hizo caer al médico en la falsa acusación de haber hecho abortar a una mujer blanca. Aun cuando los archivos de los hospitales de Monroe revelaron que el doctor Perry se había negado a firmar permisos de esterilización, para sus pacientes por impedírselo sus creencias religiosas, un jurado de protestantes blancos lo declaró culpable y un juez lo sentenció a 3 años de prisión. El doctor Perry continúa en la cárcel. Aun estando reconocido como uno de los feligreses más destacados de la parroquia negra de Monroe, el Estado se niega a reconocer que su religión sea la católica. Los sacerdotes de Monroe se han puesto al lado de los fanáticos del pueblo.

Gran parte de sus esfuerzos los dedicaba el doctor Perry a prestar asistencia médica a los pobres. Son muchos los pobres que ahora carecen de asistencia médica, pero la opinión de las iglesias es que la recompensa celestial para las pobres almas que sufren con humildad en esta tierra será mayor.

Los ministros religiosos de ambas razas que se atreven hoy en día en el Sur a predicar la verdadera hermandad son despreciados y calificados de comunistas o procomunistas. El odioso linchamiento del negro de Mississippi, Marck Charles Parker, fue perpetrado por ciertos cristianos del Sur bajo la dirección de un predicador que se autotitulaba servidor del Señor. Los peores negros del estilo del Tío Tom y compañero de viaje del chauvinismo blanco son aquellos cuyos cerebros han sido completamente lavados por conceptos deformados de la doctrina cristiana.

La clase dominante blanca, temerosa de la resistencia negra violenta está alentando a predicadores mercenarios negros para que prediquen la no violencia y la virtud de ofrecer la otra mejilla cuando recibimos un golpe. Se están gastando muchos dólares en una campaña en masa para con-

vertir a la inquieta juventud negra al pacifismo. Por suerte, los blancos dirigentes tienen dificultades cada vez mayores para asustar a los negros y alejarlos de sus verdaderos líderes con meras acusaciones de comunismo e inspiración comunista. Los actos militantes de un nuevo tipo de negro son simbólicos de una tendencia colectiva a la emancipación de una religión concebida para servir los intereses de los insensatos ricos. Desde que llegaron los primeros negros al Nuevo Mundo, se ha utilizado la religión para confundirlos y desunirlos.

El viejo tipo de predicador negro que amenazaba con las calderas y el infierno a sus feligreses es un servidor de la raza blanca dominante. Por su lealtad a la situación establecida goza de libertad ilimitada para explotar dentro de una religión que ordena esperarlo todo del cielo. Con frecuencia, el predicador negro es el dirigente designado por el hombre blanco dentro de su comunidad. Los círculos dirigentes blancos no dejan una piedra sin mover para obligar a estos lacayos escogidos a aceptar la situación establecida. Los predicadores tienen mucha importancia por la tendencia a practicar la religión en masa y la superstición mística tradicional. A muchos negros desposeídos y a muchos blancos sin recursos, se les ha enseñado que los regalos generosos al predicador y a las iglesias traen consigo una bendición divina especial en la que Dios devuelve duplicados los favores recibidos. Algunas de las iglesias más primitivas cobran un precio fijo por una "bendición especial". Los llamados servidores de Dios nunca han tenido muchos escrúpulos para apoderarse de fondos de familias que viven en la miseria, demasiado pobres para poder hacer frente a las necesidades más precarias de la vida. Con frecuencia en los Estados Unidos se construye una iglesia a un costo de tres mil dólares, mientras que los predicadores hacen que la congregación les compre automóviles de siete mil dólares, buscando una ostentación que realce su personalidad.

Las iglesias hacen también las funciones de válvula de escape para liberar emociones reprimidas de los negros, frustrados por la vida miserable en una sociedad intolerante. Los charlatanes religiosos abusan de un público ignorante sin que nadie les diga nada, valiéndose de la Constitución de los Estados Unidos que garantiza la libertad de religión. Esta es la única parte de la Constitución de los Estados Unidos que se aplica por igual a todo el mundo. La dinastía de Wall Street utiliza el poder de la religión como una válvula de escape para reducir la irritación que manifiesta una sociedad descontenta.

Los domingos, las ondas radiales de Monroe se llenan de predicadores que chillan y hasta lloran, advirtiendo a los pobres contra los peligros de la condenación eterna que trae consigo la búsqueda de los bienes materiales en vez del cielo. Estos mismos predicadores racistas abandonan el púlpito e insultan a un negro por la sola razón de que su piel tiene una pigmentación diferente. Participan en un linchamiento y creen que han realizado una obra de Dios. Se cuidan de alabar el sistema de vida americano y de referirse a los Estados Unidos como a una gran nación cristiana. Parece que nunca se les ocurre que el verdadero cristianismo insiste en la hermandad humana y la distribución de las riquezas entre los pobres.

Un buen ejemplo del concepto que tienen los blancos en el Sur del cristianismo puede observarse en un incidente que ocurrió en Monroe el año pasado. Una mujer negra con cinco meses de embarazo fue asaltada por un blanco. La mujer, que tenía otras cinco criaturas, fue golpeada y arrojada de su casa por su asaltante. Un jurado blanco exoneró de culpa al agresor después que el defensor alegó que su defendido no era culpable sino 'inocente, porque se había embriagado y sólo se estaba divirtiendo un poco". En el mismo Tribunal otro hombre blanco que había arrojado por una escalera a una sirvienta negra y no se molestó en acudir al juicio fue absuelto debido a su posición social y a su carácter cristiano. Enardecido por la violación cometida contra la justicia en los dos casos, declaré en la prensa que en el Sur los blancos y los negros no tenían la misma protección legal, y que la única disyuntiva de los negros era hacer frente a la violencia con la violencia.

Mi declaración fue transmitida por las agencias, y una mujer blanca, muy conocida como agitadora del Ku Klux Klan me llamó por teléfono y se brindó a venir a mi casa a rezar conmigo. Me alegaba que con la violencia no se resolvía nada y que los negros debíamos llevar nuestros problemas ante Dios. Dios era todopoderoso y cualquier cosa que le pidiéramos de buena fe nos sería concedida. Mi respuesta fue que los negros en los Estados Unidos habían estado rezando durante 300 años, pero que su situación había cambiado muy poco, y que yo había perdido casi todo respeto por su religión. La mujer rompió a llorar de modo incontrolable. Insistió en que de nada valdría que los negros emplearan la violencia contra los blancos y que la venganza pertenecía sólo al Señor. Poco después se enfrascó en una discusión con un negro. Llamó al hijo para que trajera un revólver y agredió al hombre con un martillo, golpeándolo en la cabeza, por haberse atrevido a replicarle. La lección es clara. En ese tipo de religión, sólo a la clase dominante ha dado Dios permiso para protegerse de una sociedad violenta e implacable.

Otro blanco cristiano, maestro de una escuela religiosa dominical en una iglesia racista, vino a rezar por mí y a importunar a Dios para que limpiara mi corazón de emociones violentas. Pero cometió la equivocación de admitir públicamente que sus amigos cristianos se inclinaban a abusar de sus hermanos negros. Luego supe que lo habían recluido en una asilo de [illegible]

La religión en los Estados Unidos podría ser una cosa buena si la limpiaran de su favoritismo hacia las clases dirigentes, ricas y acomodadas. Pero no hay esperanzas de que esto ocurra mientras las clases ricas en todo el mundo controlen los medios de comunicación en masa. Las verdaderas enseñanzas de Cristo coinciden con el socialismo universal, pero los que sirven desde el púlpito al dios del dinero tienen un interés expreso en el viejo sistema de explotación y de que se mantenga la relación amo-esclavo.

Por suerte para los negros oprimidos está surgiendo una nueva generación de ministros negros en los Estados Unidos. Sin el menor egoísmo, echan su suerte con las masas rebeldes. Están predicando una religión de cambio social y de esperar menos del cielo. Algunos de los viejos ministros se ven obligados a transformarse con la nueva marea. A este nuevo y auténtico servidor de Dios se le llama agitador comunista en nuestro medio. Pero la vieja táctica de "divide y vencerás" está fallando por que las masas comienzan a preguntarse cómo puede ser peor el comunismo, que el viejo sistema de soborno y explotación sancionado por las iglesias cristianas, que tanto cuidado ponen en llamarse archienemigas del comunismo.

La mayoría de los cristianos blancos en los Estados Unidos tienen miedo a hablar contra la injusticia social indigna de Dios, tienen miedo a hablar de la necesidad de un cambio social, miedo a criticar al soborno y la corrupción en los altos círculos (a menos que puedan calificar todo eso de comunismo). Evidentemente, la iglesia está dispuesta a hacerle el juego a la idea de que todos los males del mundo nacen del comunismo.

Sí, las religiones en los Estados Unidos son hoy por hoy portavoces de las clases dominantes. Son la piedra al cuello de los oprimidos de todo el mundo. Es hora de que las religiones se reconstruyan para que puedan mantenerse al ritmo de los cambios que están ocurriendo en las sociedades.

Las iglesias americanas y sus falsos cristianos son una vergüenza para el mundo de la verdarera moral cristiana. Las clases dirigentes de los Estados Unidos quieren dirigir al mundo so pretexto de una misión divina. Una nación que se llama cristiana y que no siente más respeto por la fraternidad de los hombres y por sus derechos, no está preparada para discutir con las naciones civilizadas, no digamos ya dirigir y dominar el mundo.

El negro en los Estados Unidos se está cansando de una religión que le enseña que las cosas buenas vienen del cielo y que debe tener paciencia. Está comenzando a darse cuenta de que la paciencia frente a la explotación opresora es virtud de tontos. Hay una tendencia hacia un concepto dinámico de una religión y una iglesia que impulsará a los negros a la acción en masa y a la vital protesta social, bajo la bandera de una religión del pueblo, divorciada de la vieja escuela que consistía en dejar que un Dios indiferente se encargara él solo de mejorar la suerte de la sociedad.

En fin, para alarma de los cristianos reaccionarios, el nuevo pueblo de Dios está comenzando a darse cuenta de que la voz que oía no era la voz del pueblo sino la voz de los poderosos.

TRANSICION EN EL CUENTO NEGRO NORTEAMERICANO

POR JOHN HENRIK CLARKE

Los negros fueron siempre grandes aficionados a narrar antes de que aparecieran por primera vez en Jamestown, Virginia, en 1619. La historia, el arte y el folklore, rico y lleno de colorido, el Africa Occidental, el hogar ancestral de la mayor parte de los negros norteamericanos ,es prueba de esto, y de mucho más.

Contrariamente al concepto que aún prevalece, el negro tuvo contacto frecuente con la literatura y el arte muchos años antes de que entrara en contacto con el mundo occidental. Antes de que se rompiera la estructura social de los Estados de Ghana, Mele y Songay, en el Africa Occidental, y la lucha y el caos internos que hicieron posible el tráfico de esclavos, los antecesores de los negros que se convirtieron en esclavos en los Estados Unidos, vivían en una sociedad en que la vida universitaria era muy común y se respetaba a los estudiosos.

Hubo en aquel pasado gobernantes que convirtieron sus reinos en imperios, ejércitos grandes y magníficos, cuyas dimensiones físicas obligaron a someterse a naciones enteras generales que hicieron avanzar la técnica de la ciencia militar; estudiosos cuya visión de la vida indicaba visión y sabiduría, y sacerdotes que hablaban de dioses fuertes y bondadosos.

Para entender plenamente cualquier aspecto de la vida de los negros, hay que darse cuenta primero de que el negro no carece de un pasado cultural, aunque muchas generaciones lo separaron de él antes de que su obra en la literatura y el arte norteamericanos lograra llamar la atención.

Después del debut poético inicial de Jupiter Hammon y Phillis Wheatley, la expresión literaria principal del negro fueron los cuentos de esclavos. Una de las primeras de estas narraciones salió de la pluma de Gustavas Vassa. Era una época de muchas publicaciones panfletarias en los Estados Unidos. El negro libre del Norte y el negro que había escapado a la esclavitud del Sur se dejaron sentir en aquella época y despertaron la conciencia de la nación. Su falta de educación formal dio a sus narraciones una verdad fuerte y ruda, de más ímpetu que el saber académico.

La más conocida de estas narraciones de esclavos salió de la pluma de Frederick Douglass, el negro más destacado del movimiento antiesclavista. Su primera obra se llamaba "Narración de la vida de Frederick Douglass" (1845). Diez años después publicó una edición corregida [illegible] ma obra, "Mi servidumbre y mi libertad". Su tercera autobiografía, "Vida y tiempos de Frederick Douglass", se publicó en 1881, y fue aumentada en 1892. Douglas luchó por los derechos civiles, y contra los linchamientos y el Ku Klux Klan. Ninguna injusticia escapó a su atención ni a su ira.

No fue hasta 1887 que surgió un escritor negro que era en realidad un maestro del cuento como forma literaria. Se llamaba Charles W. Chestnutt. Natural de Ohio, Chestnutt se hizo maestro en Carolina del Norte, aún adolescente. Estudió las tradiciones y las supersticiones de los negros de ese estado, y luego convirtió el material recogido en el ingrediente principal de sus mejores cuentos. En agosto de 1887, su cuento "La parra torcida" salió publicado en el **Atlantic Monthly**. Esta fue la primera de una serie de cuentos que fueron más tarde publicados como su primer libro, "La Embrujada", en 1899. "Esposa de juventud" apareció también en **Atlantic** (julio de 1898), y fue el título de un segundo volumen que vio la luz en 1899. Otros tres cuentos se publicaron posteriormente. "Baxter y Procustes", en el **Atlantic** (1904), y "La Muñeca" y "El entierro de Mr. Taylor" en la revista **Crisis** (1912 y 1915).

Las novelas de Chestnutt no llegaron al nivel que había logrado en sus cuentos, aunque estaban todas bien escritas. En 1928 recibió la Medalla Spingarn "por su labor fundadora como literato, al describir la vida y la lucha de los norteamericanos descendientes de negro".

Paul Laurence Dunbar, contemporáneo de Chestnutt, se hizo famoso como poeta antes de emplear su talento en escribir cuentos. Tanto Dunbar como Chestnutt a menudo utilizaban los mismos asuntos en sus cuentos. Chestnutt era, con mucho, el mejor escritor de los dos, y en su actitud y estilo habían diferencias radicales.

Las agradables narraciones de Dunbar, sobre los negros viviendo tradicionalmente en las plantaciones, eran más del gusto de un vasto público blanco, con sus ideas preconcebidas sobre las características del negro. Pero hay que decir, en justicia, que Dunbar no sirvió los gustos de este público en todos sus cuentos. En algunos, como "La tragedia de Three Forks", "El linchamiento de Jube Benson" y "El drama del Monte Hope", Dubar dio prueba de que le preocupaban y comprendía profundamente los aspectos más serios y perturbadores de la vida del negro. Sus cuentos aparecieron coleccionados en "Gente del Sur" (1898). "En las viejas plantaciones" (1903) y "El corazón de Habby Hollow". Una sola de sus novelas, "El deporte de los dioses" (1902), se refiere enteramente a personajes negros.

En su momento, Chestnutt y Dunbar lograron un público más amplio que cualquiera de los escritores negros que les precedieron. El período de los cuentos de esclavos había pasado. Pero el escritor negro seguía siendo una rareza y un hijo postizo para algunos críticos. Esta actitud se mantuvo en grado cada vez menor durante todo el período de producción más fértil de la literatura negra de los Estados Unidos, que se conoce como el Renacimiento negro. La comunidad de Harlem fue centro, madrina y partera espiritual de este Renacimiento. La emancipación cultural del negro americano, que comenzó antes de la Primera Guerra Mundial, alcanzaba ahora toda su fuerza. El escritor negro descubrió una nueva voz dentro de sí mismo y le gustó el sonido. Los escritores blancos que habían estado interpretando la vida del negro con aire de autoridad y abundancia de errores, miraron por fin al escritor negro esperando su señal. En las colecciones de cuentos, como "Cane", de Jean Toomer (1923), y "Costumbres blancas" (1934, de Langston Hughes, se presentaban en forma interesantes algunos aspectos hasta entonces no tratados de la vida de los negros, que parecían irreales para algunos lectores porque eran nuevos y totalmente opuestos a los estereotipos que les habían enseñado.

En su libro "Mules and Men" (1935), Zora Neal Hurston presentó una colección de cuentos y bosquejos populares que mostraba la estrecha relación entre el humor y la tragedia de la vida de los negros. Además cumplía el primer requisito de todo libro: distraer y guiar al lector a través de una experiencia interesante. En otros cuentos, como "Seis monedas doradas", "Baño de luz" y "Spunk", pudo verse otro aspecto del talento de la Hurston.

En medio de este Renacimiento se dejaron oir dos fuertes voces de las Antillas. Claude McKay en sus libros "Gingertown" (1932) y "Bananeros" (1933), escribió sobre la vida en Jamaica en forma que puso en su verdadero sitio el falso exotismo de guía para viajeros que habitualmente se atribuía a la vida de los negros en el Caribe. Antes de publicarse estos libros, Harlem y sus habitantes ya habían sido encerrados por McKay en un grupo notable de cuentos, y [illegible] inspirado su [illegible] "De vuelta a Harlem", que sigue siendo la novela más famosa escrita sobre la comunidad.

En 1926, Eric Walrond, nacido en la Guayana Británica, exploró y presentó otro aspecto de la vida en las Antillas en su libro "Muerte en el Trópico", que es casi un clásico. En estos diez cuentos naturalistas, Eric Walrond trata principalmente de los trabajadores y de las condiciones de vida en la Zona del Canal de Panamá, donde una diversidad de pueblos y modos de vivir se encuentran y chocan, mientras cada cual trata de sobrevivir a expensas de su prójimo. Con una percepción muy clara y un fuerte estilo, Walrond logra un equilibrio de forma y contenido en sus cuentos sin interferir en el mensaje de los episodios que narra.

Rudolph Fisher, otra estrella en el renacimiento literario de Harlem, fue primero médico. El toque novedoso y ligero que introdujo en sus cuentos de la vida negra, no restaba nada al aspecto serio, siempre presente. El mensaje de cómico realismo era profundo porque sabía entretejerlo en la trama de sus cuentos, "Hojas de acero", "La ciudad de refugio" y "La tierra prometida aparecieron en el **Atlantic Monthly**. "High Yaller" vio la luz en la revista **Crisis**. Uno de sus últimos cuentos, "Miss Cynthia", apareció en **Story Magazine** en el apogeo de la revista y fue incluída más tarde en la antología de O'Brain. "Los mejores cuentos de 1934". Desdichadamente Fisher murió antes de que se lograra su brillante promesa.

El Renacimiento literario de Harlem estuvo cuajado de nombres. Los mencionados no son más que unos cuantos entre los más notables. Durante el período de este florecimiento literario entre los escritores negros, Harlem llegó a ser la Meca, la inspirada Ciudad Santa, que atraía a los peregrinos de todo el país y hasta del extranjero. Escritores, dramaturgos, pintores y escultores de talento acudieron ansiosos a mostrar sus frutos.

Tres hombres, DuBois, James Weldon y Alain Locke, tuvieron una influencia rectora sobre este movimiento, sin ser parte del fenómeno de rastacuerismo social y de seudointelectualismo que trajo consigo. Desafiando continuamente los viejos conceptos y falsas interpretaciones de la vida de los negros, Dubois dio nuevas orientaciones a toda una generación. Como editor de **The Crisis**, presentó muchos nuevos escritores negros y brindó ayuda y espíritu de disciplina cuando fueron necesarios. Al morir Booker T. Washington y decaer su escuela filosófica, pasó a ser el padre espiritual de la inteligencia negra.

Weldon vino a Nueva York desde la Florida. Su diversidad de talento le creó una reputación antes de que comenzara el nuevo movimiento literario. Luego, como participante en el movimiento y su historiador, ayudó a estimar y conservar lo mejor que produjo. En sus libros, "Autobiografía de un ex negro" (1912), "Antología de la poesía negra" (1922), "Manhattan negro" (1930) y "Por el camino", su autobiografía (1933), Weldon demostró claramente que los escritores negros han hecho una contribución muy decisiva a la literatura norteamericana. Su propio talento creador lo convirtió en uno de los más notables contribuyentes al movimiento.

Alain Locke se dedicó casi exclusivamente a interpretar el nuevo movimiento literario y la literatura negra en general. En 1925 transformó el número especial dedicado a Harlem de la revista **Survey Graphic** en una antología, "El nuevo negro". Este libro marca un punto culminante en el pensamiento de los intelectuales negros, y en la literatura y el arte de la década del 20 al 30. Los objetivos del volumen, "registrar la transformación de la vida interna y externa del negro en los Estados Unidos, tan importante en los últimos años", quedaron plenamente cumplidos. Durante muchos años, la crítica anual que publicaba Locke sobre libros escritos por autores negros o sobre la vida de los negros en el **Opportunity Magazine** era un acontecimiento literario ansiosamente esperado.

Cuando comenzó el Renacimiento literario de Harlem, el ghetto negro se convirtió en una atracción para muchos blancos famosos y mucha gente sin fama alguna, completamente desarraigada, que sólo buscaba emociones. Algunos no pasaban de simples rebeldes que desafiaban las normas en que se habían criado asociándose con negros en el mismo nivel social. Otros eran muy ricos y no tenían que trabajar, pero tampoco tenían educación ni se distinguían por su virtud. Otros buscaban al mitológico "salvaje noble", al "negro exótico". Algunos seudoescritores negros, sofisticados y sin talento, se aprovecharon de su credulidad y se convirtieron en "negros exóticos" profesionales.

Estos exóticos por lo general tenían título universitarios, que habían abandonado a la familia y el lugar en que se habían criado. Hablaban mucho de los grandes libros que tenían en la cabeza y que iban a escribir. Sus protectores blancos continuaron ayudándolos económicamente mientras ellos desarrollaban sus "talentos latentes". Claro, los "grandes libros" de estos aventureros nunca se escribieron, y los protectores acabaron por darse cuenta de que nunca escribirían nada, ni siquiera una carta bien redactada. Pero por ironía, estos "sofisticados" hicieron una contribución al período del Renacimiento de la nueva literatura negra. Entre gente adicta a moverse "en sociedad", demostraron que los negros pueden desenvolverse con tanto respeto a las formas sociales como los blancos más ricos y educados de los Estados Unidos. Sabían beber sin rudezas. Tras la pretensión de literatos se ocultaban actores, y buenos actores. Por lo general estaban mejor informados que sus protectores blancos y podían tomar parte con facilidad en una discusión sobre las obras de Marcel Proust y la música de Beethoven. Como parásitos sociales se comportaban con una elegancia que llegaba al nivel de la realización artística. Sin percatarse de ello, su conducta había contribuido mucho a eliminar una de las principales ideas preconcebidas de la vida y la educación de los negros.

Al mismo tiempo que se desarrollaba esta comedia ligeramente cómica, continuaba el más grande período productivo de la literatura negra americana. Los escritores negros más dotados y serios escribían sus obras y se las publicaban.

Opportunity, que editaba Charles Johnson, y **The Crisis**, que publicaba DuBois, eran los medios de publicación principales de estos escritores.

Los concursos de cuentos de **Opportunity** eran campo de liza para muchos escritores negros de talento. Cecil Blue, John F. Matheus, Eugene Gordon y Marita Bonner se llevaron varios galardones.

Walter White, Jessie Fauset, Wallace Thurman, Nella Larsen, George S. Chuyler, Sterling A. Brown y Arna Bontempos ya habían hecho su debut literario y se les aceptaba en el círculo de los experimentados.

La crisis económica de 1929 marcó el inicio de la depresión y el fin del Renacimiento literario negro. El "negro exótico", tanto el profesional como los otros, parecían menos exóticos, ahora que el hambre se les retrataba en los rostros. Los muchos protectores blancos y gentes de buenas intenciones que

habían acudido a Harlem en los últimos diez años, ya no tenían tiempo ni dinero para explorar la vida negra y maravillosa ante ella. Muchos negros vivieron y murieron en Harlem durante aquel período sin oír hablar nunca del famoso movimiento literario que había florecido y decaído entre ellos. No fue un movimiento en masa. Fue una moda, en parte producida en Harlem y en parte impuesta a Harlem. La mayor parte de los escritores vinculados con ella hubiera escrito lo mismo en otra época cualquiera.

En los años que mediaron entre el final del Renacimiento literario negro y el comienzo de la fama de Richard Wright, varios escritores negros de auténtico talento continuaron produciendo obras de calibre. La ausencia de padrinos y de mimos les indujo a levantar un inventario serio de sí mismos y de sus intenciones. **The Crisis**, órgano de la Asociación Nacional para el Progreso de los Pueblos de Color, y **Opportunity**, órgano de la Liga Urbana Nacional, siguieron una salida para el material de los nuevos escritores negros. Las otras revistas publicaron sus cuentos también de una manera intermitente, al parecer a base de una cuota.

Ralph Ellison, Henry B. Jones, Marian Minus, Ted Poston, Lawrence D. Reddick y Grace W. Trompkins publican entonces sus primeros cuentos.

En 1936, el primer cuento de Richard Wright que logra atraer la atención, "Big Boy Leaves Home" (título que pudiera traducirse como "El niño creció"), apareció en una antología. "La moral de Jim Crow: un bosquejo autobiográfico" se publicó en "American Stuff", antología del "proyecto" del Gobierno Federal sobre literatura, al año siguiente. En 1938, cuando su primera obra, "Los hijos del Tío Tom", ganó un premio de quinientos dólares en un concurso de **Story Magazine**, su talento fue comentado en todo el país. Con la publicación de "Native Son" ("Nativo"), en 1940, se inicia una nueva era en la literatura negra. Por fin surgía un escritor negro que escribía mucho mejor que muchos de sus contemporáneos blancos. Como cuentista, Wright logró los mayores éxitos desde la época de Charles Chestnutt.

Con Richard Wright hubo que abandonar el doble rasero que se empleaba para medir a los escritores negros. En lo sucesivo los escritores negros tendrían que triunfar o fracasar, de acuerdo con el mismo rasero con que se medía la obra de los autores de raza blanca. La época del literato negro protegido y mimado al fin había terminado. El haber puesto fin a esa época, quizás sea, en último análisis, la mayor contribución que ha hecho Richard Wright a la situación del artista negro y de la literatura negra.

Cuando los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial, los escritores negros activos, como casi todos los escritores del país, dedicaron su talento a alguna actividad relacionada con la guerra.

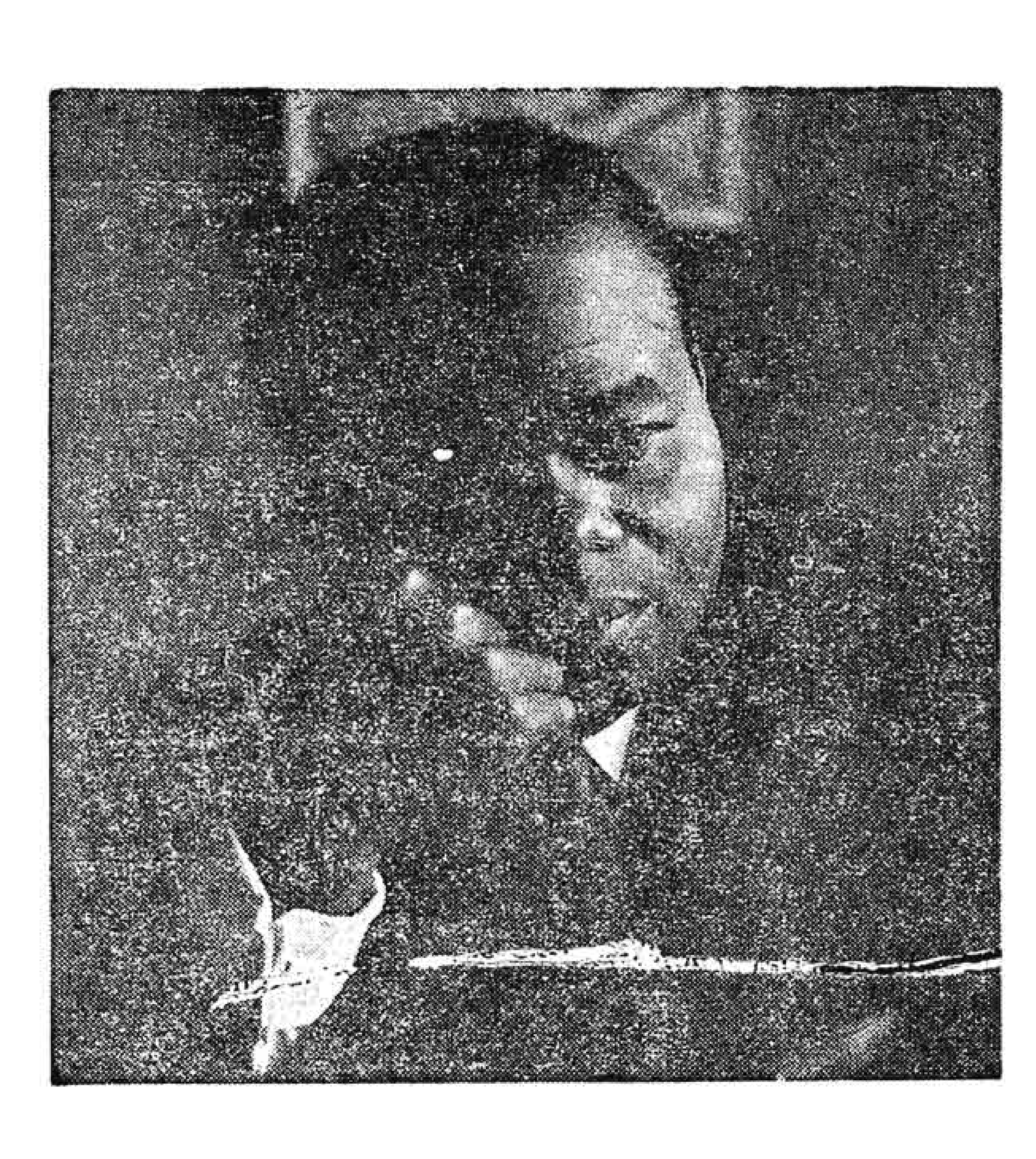
Los primeros cuentos de Ann Petry comenzaron a publicarse en **Crisis**. Ya había salido con mucho material nuevo "The New Caravan", la mejor antología de literatura negra publicada desde que Alain Locke editara "The New Negro", diez y seis años antes. Chester B. Himes, un escritor de la época de la depresión, logró escribir un buen número de cuentos buenos mientras trabajaba en los astilleros e industrias de guerra de California. En 1944 recibió la Beca Rosenwald para terminar su primera novela, "Déjalo ir". En 1945, Frank Yerby ganó el **Premio O. Henry** por el excelente cuento "Carnet de salud", publicado en **Harper's Magazine** el año antes.

Estaba surgiendo una nueva promoción de escritores negros de postguerra. En sus cuentos trataban aspectos nuevos de la vida de su gente, o traían una luz nueva a los viejos aspectos. Eran, sobre todo, buenos narradores, aparte del mensaje que querían llevar a sus lectores. La propaganda sociológica llorona (tan dominante durante la depresión) había pasado a la historia en la obra de los escritores negros, y de todos los escritores. La literatura de protesta continuaría, pero la protesta tendría que llegar al nivel de la literatura viva.

Opportunity y **The Crisis**, campos de liza de tantos nuevos escritores negros, ya no prestaban sus necesarios servicios. Los mejores escritores publicaban en todas las revistas. James Baldwin, Lloyd Brown, Arthur P. Davis, Owen Dodson, Lance Jeffers, John O. Killens, Robert H. Lucas, Albert Murray, George R. Norford, Carl R. Offord, John H. Robinson, Jr., John Carwell Smith y Mary E. Vromon son nombres de la nueva promoción.

Al surgir el nacionalismo y los Estados independiente del Africa, y al cambiar rápidamente la situación del negro en los Estados Unidos, el material utilizado por los escritores negros y el tratamiento literario que le den, tendrá que reflejar la ruptura con las viejas amarras.

La contribución de los escritores negros al cuento americano es distinta de la de las otras minorías que forman la población del país. Distinta, pero ni un ápice menos importante.



JOHN HENRIK CLARKE

John Henrik Clarke nació en Alabama, en 1915, de una larga línea de aparceros; pero desde los cuatro años vivió en Columbus, Georgia, una pequeña población textil cerca de un importante centro militar, Fort Banning. A este hecho debe el haber tratado íntimamente durante un verano al veneral Eisenhower —entonces mero comandante—. En efecto, Clarke, que trabajó algún tiempo en el Club de Oficiales, fue allí el caddie del distinguido golfista que hoy rige los destinos de la nación americana.

Pero su gran ambición era ser escritor, y en 1933 se trasladó a New York, con el propósito de estudiar y escribir. La Liga de Escritores Americanos, que funciona bajo el patrocinio de la Universidad de Columbia, primero, y luego el Taller de Escritores Profesio[illegible] Universidad de New York, al fin acogieron sus anhelos de su[illegible] la segunda guerra mundial (en la que sirvió como sargento de las fuerzas aéreas), la legislación especial para veteranos le sufragó los estudios en ambos centros académicos.

LOS PUÑOS DE MISSISSIPPI

POR LANGSTON HUGHES

"Le dije que peleara o que lo dejara así", me contó Simple. "No quiero oir ni una palabra más. Fájate o cállate. Se lo dije."

"Pero ¿por qué le pusiste ese ultimatum tan brutal?"

"Porque ese negro del bar me estaba fastidiando", dijo Simple. "diciendo que Mississippi no es peor que Virginia. En Virginia nací yo".

"Ustedes los sureños siempre están defendiendo su estado", le dije. "por malo que sea".

"¿Malo?, gritó Simple. "¿y quién dijo que Virginia es malo?"

"Es un estado donde se persigue a los negros".

"Los perseguirán", replicó Simple, "pero en Virginia no linchan niños. Allí nunca han linchado a nadie de catorce años, como a Emmett Till".

"Que tú sepas, ¿no?"

"¡O que nadie sepa!" dijo Simple. Ni tampoco en Virginia matan a un negro por querer votar, como mataron a ese ministro de color en Mississippi y a otro hombre que lo dejaron frío porque fue a inscribirse. En Mississippi los negros no se atreven a votar. En Virginia votamos. Así que no vengan a decirme que mi estado es tan malo como Mississippi".

"Pero tú vives en Nueva York y no en Virginia...", le dije.

"Es claro, ya yo dejé atrás a Virginia. En Mississippi nunca he estado, no tengo intenciones de ir y si tuviera la desgracia de nacer allí, me iría mucho más pronto de lo que me fuí de Virginia, que fue cuando empecé a usar pantalones largos. Ninguno de esos estados racistas vale lo que la esquina de la izquierda de 125 y Lenox. A ninguno de esos estados, todos juntos, de Virginia a la Florida y de la Florida a Texas, lo cambiaría yo por una banqueta en un bar de Nueva York. El que quiera el Sur, que se lo coja. Yo se lo regalo".

"Por qué tantos negros se quedan allí? pregunté a Simple.

"¿Por qué se queda un cerdo en el corral?", preguntó Simple a su vez. "Porque allí tiene el barro".

"Algunos negros, como los médicos y funerarios, ganan dinero en el Sur", le dije. "Pero los peones del campo y la gente corriente apenas ganan para vivir, y para eso en condiciones muy precarias, viviendo en el terror en un estado como Mississippi. Esos son los que hacen pensar. ¿Por qué se quedan?"

"Deben ser muy simples", replicó Simple. "Yo no me quedé".

Tú eres una excepción, pero hay ocho o diez millones de personas de color en el Sur. Por eso le dicen la zona negra".

"La Biblia nos dice. "Preséntales la otra mejilla", pero por el retrato que salió del chiquillo Till en los periódicos le pegaron en las dos. Y no era más que un chiquillo. Además le dieron un tiro en la cabeza, lo patearon y lo golpearon. Luego le amarraron la rueda de una desmontadora de algodón y lo echaron al río como si fuera un perro. Y no tenía más que catorce años y no podía defenderse. Yo digo que los negros más viejos, si se quieren quedar en Mississippi y seguir siendo negros, que aprendan para que no los echen también en el río".

"Y si tú también estuvieras allí, ¿qué harías para protegerte?"

"En primer lugar, yo no estaría allí". replicó Simple. "ni mandaría allí a mi hijo de vacaciones como mandaron a Till. Pero si alguna vez me encontrara en Mississippi, que Dios me ayude, sabría que estaba en medio de una pesadilla. ¡Recojo mis bultos y me voy! Vete al Cairo y llega a St. Louis, como dice el St. Louis Blues. Pero no me detendría en St. Louis. Está muy al Sur. Por lo menos llegaría a Chicago, que es donde el pobrecito Till vivía, pero donde nunca regresó. "Lo que le hagáis al más humilde de éstos, me lo haréis a mí", dice la Biblia. ¡Y a mí! ¡Y a mí! Siento los puños en la cara, los estoy sintiendo, y los blancos pegándome aquí en el medio del cuerpo, con las grandes manos peludas cogiéndome por el cuello para que no me oigan gritar, y la soga esa que me la están amarrando con esa vieja rueda de hierro de la desmontadora, hundiéndome en el río, viejo y sucio y apestoso lleno de fango y frío, y no hay fango como el fango de Mississippi, es asqueroso, y no hay puños como los de un tipo que le pega a un niño, ni corazón tan duro como el que le hace eso al hijo de una madre. No hay nadie más cruel en el mundo que en Mississippi, y no quiero hablar más de eso, ya lo sabe, no me pregunte lo que haría yo si viviera allí, ni cómo me defendería porque a lo mejor me obliga a enseñarle cómo y lo voy a lastimar. No me pregunte, le dije, no me pregunte".



LANGSTON HUGHES

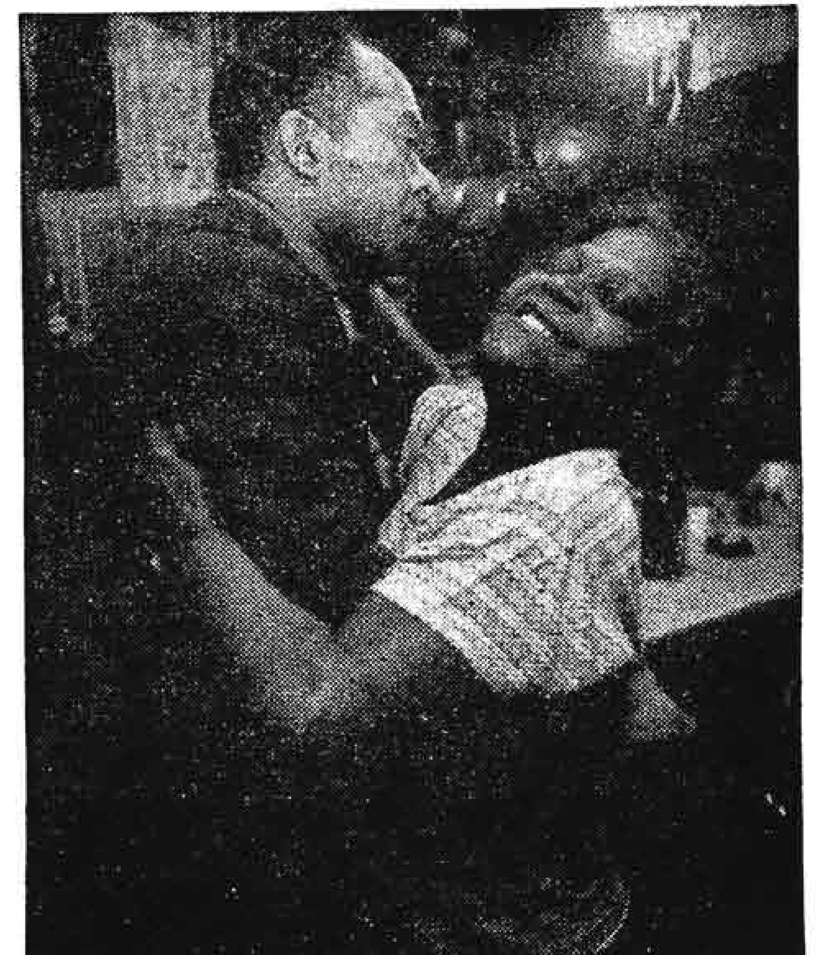
Este escritor y poeta norteamericano nació en Joplin, Missouri, en 1902. Después ha vivido en Ciudad México, Topeka, Colorado Spring, Charleston, Kansas City y Buffalo. Ha estudiado en Cleveland, en Chicago y en Nueva York. Pero sobre todo ha aprendido mucho del hombre de todas partes. Hughes ha publicado tres volúmenes de historietas, diálogos y discusiones que cuenta un personaje intrigante y que se da a querer, y que además es todo invención suya: Simple, un personaje muy humano, con el oído siempre alerta al hombre de la calle.



aquí estoy...

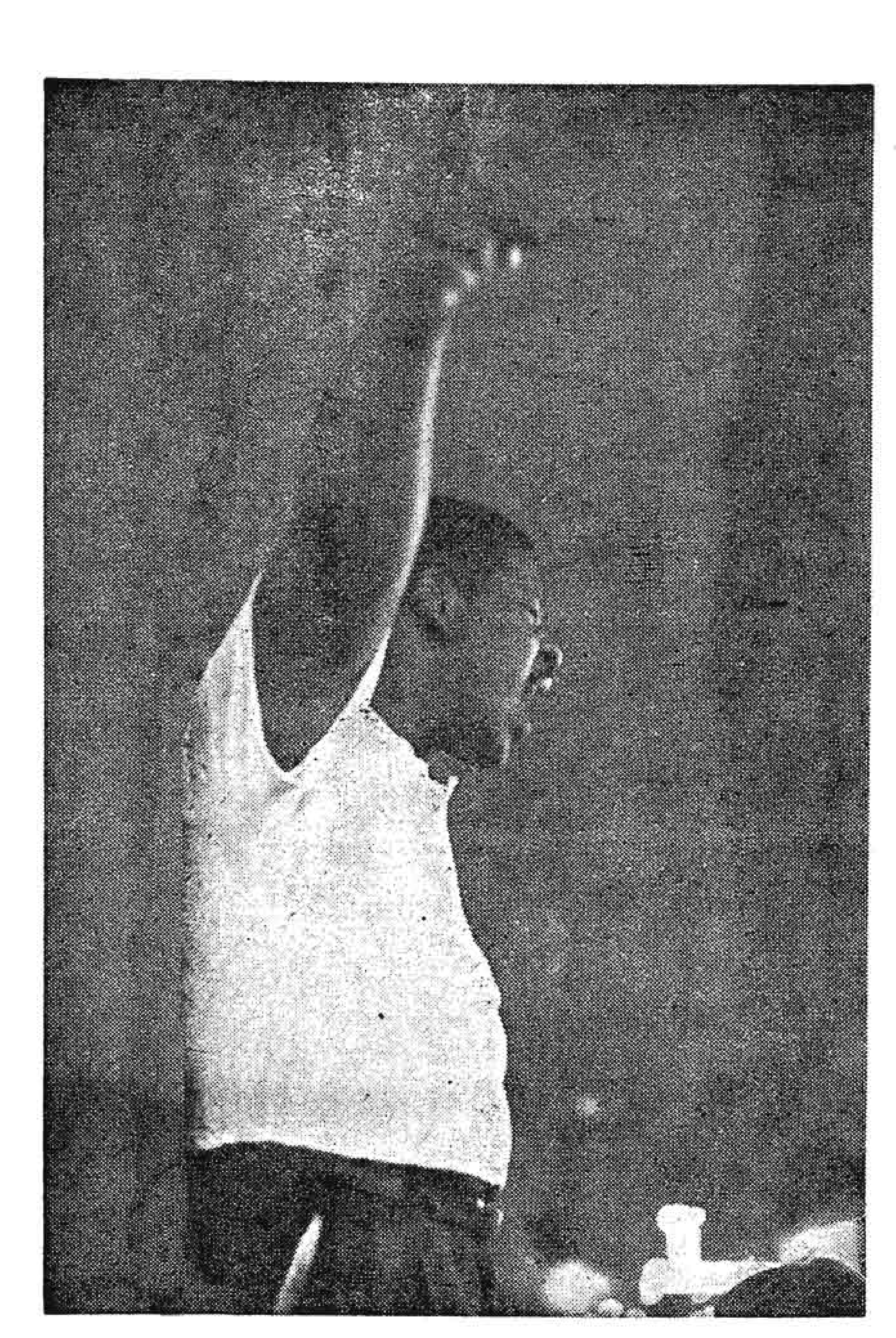
Gente que construye, como este obrero

Y vecinos que se divierten

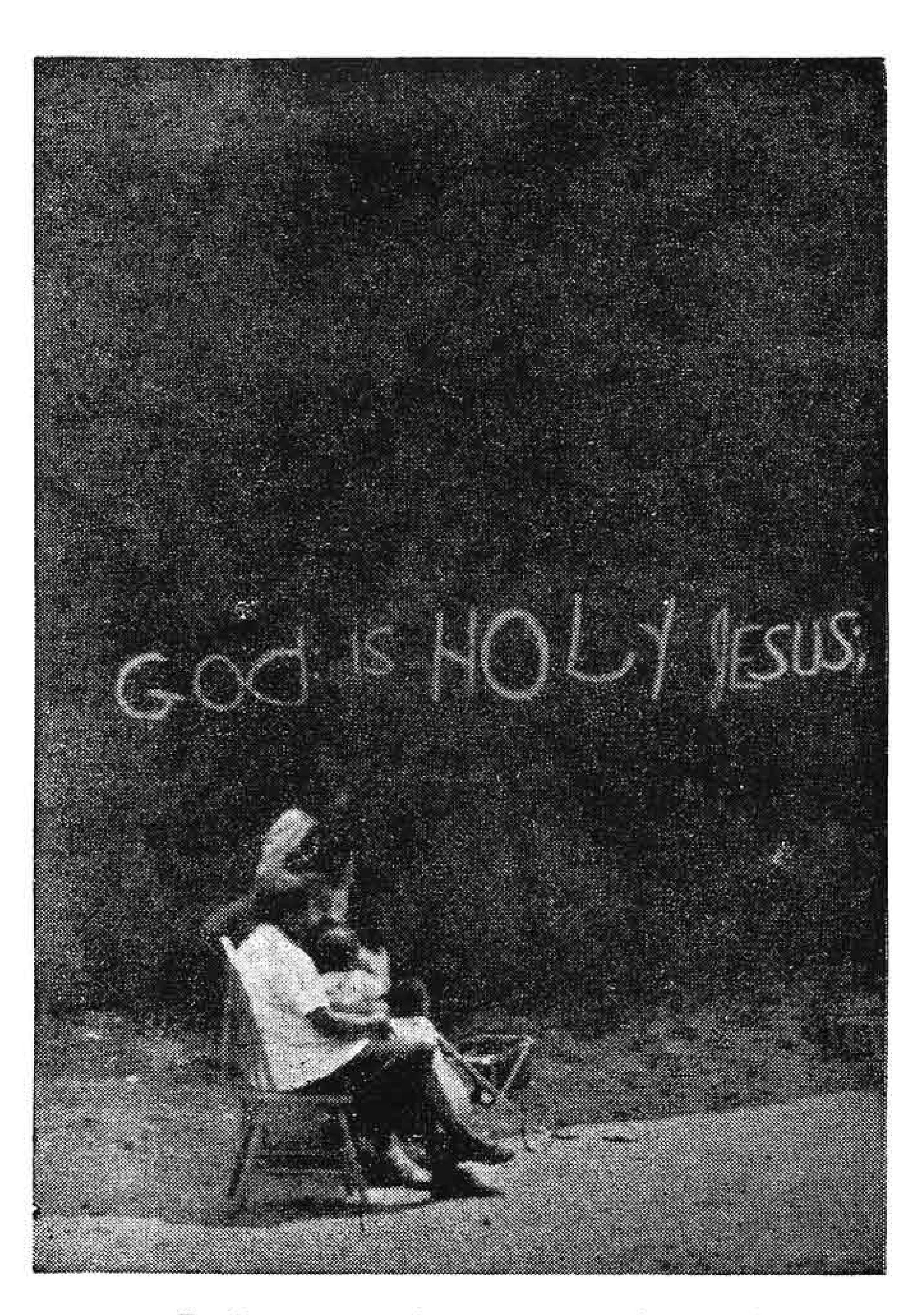




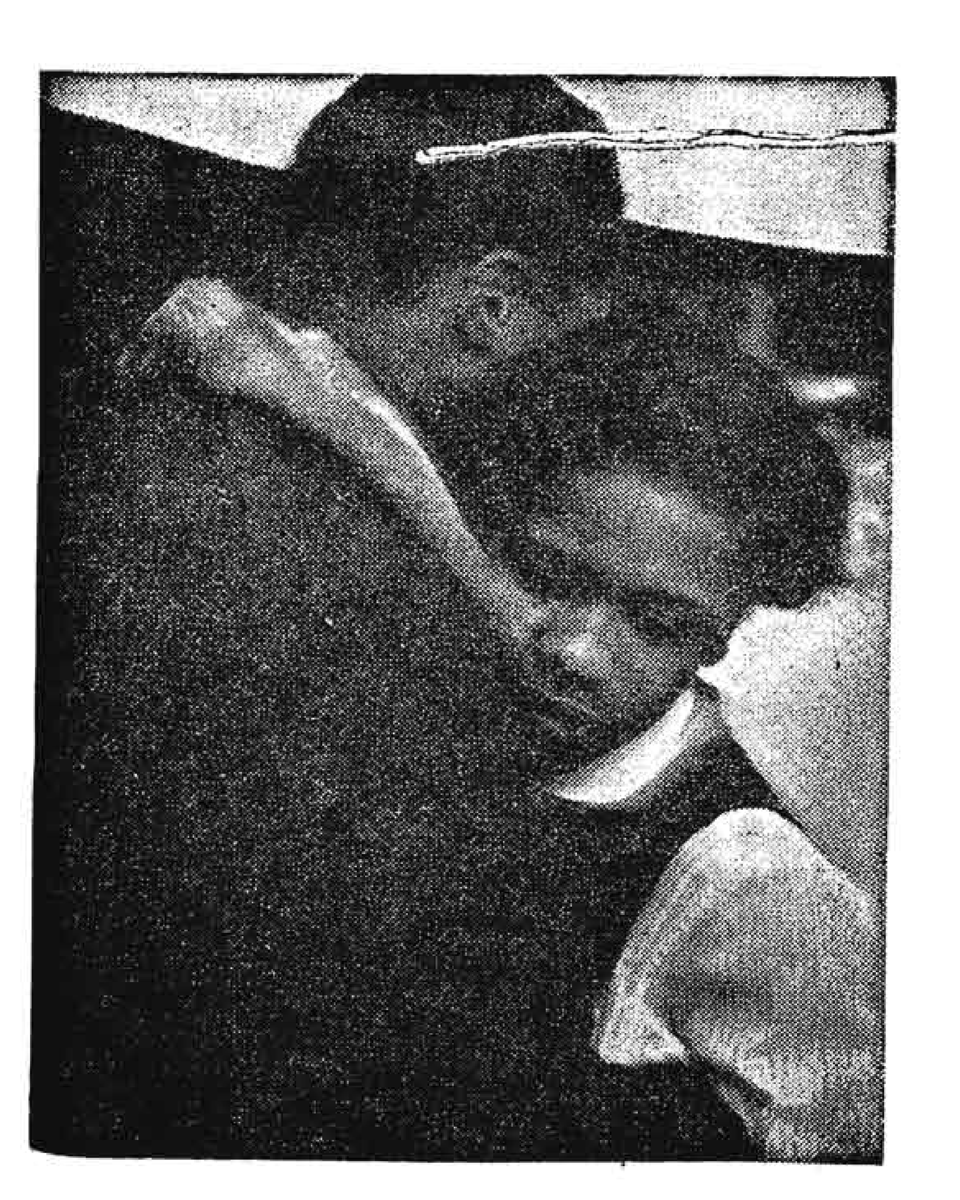
Aquí estoy



Arengas nocturnas en las esquinas



En el verano un solar yermo para salir a respirar



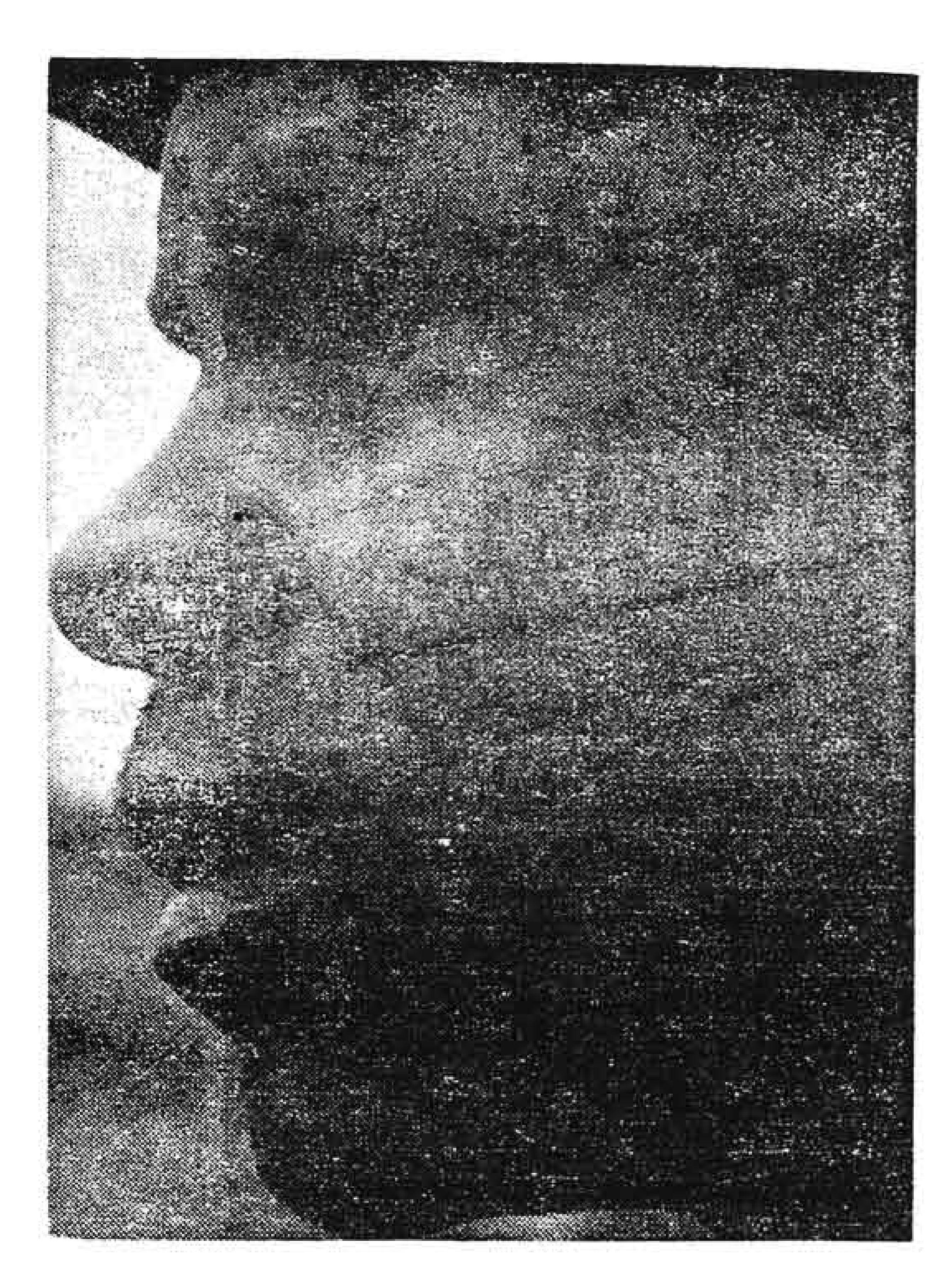
Encuentros furtivos, y a veces bailan



Nunca he visto un niño que quisiera tanto a su padre



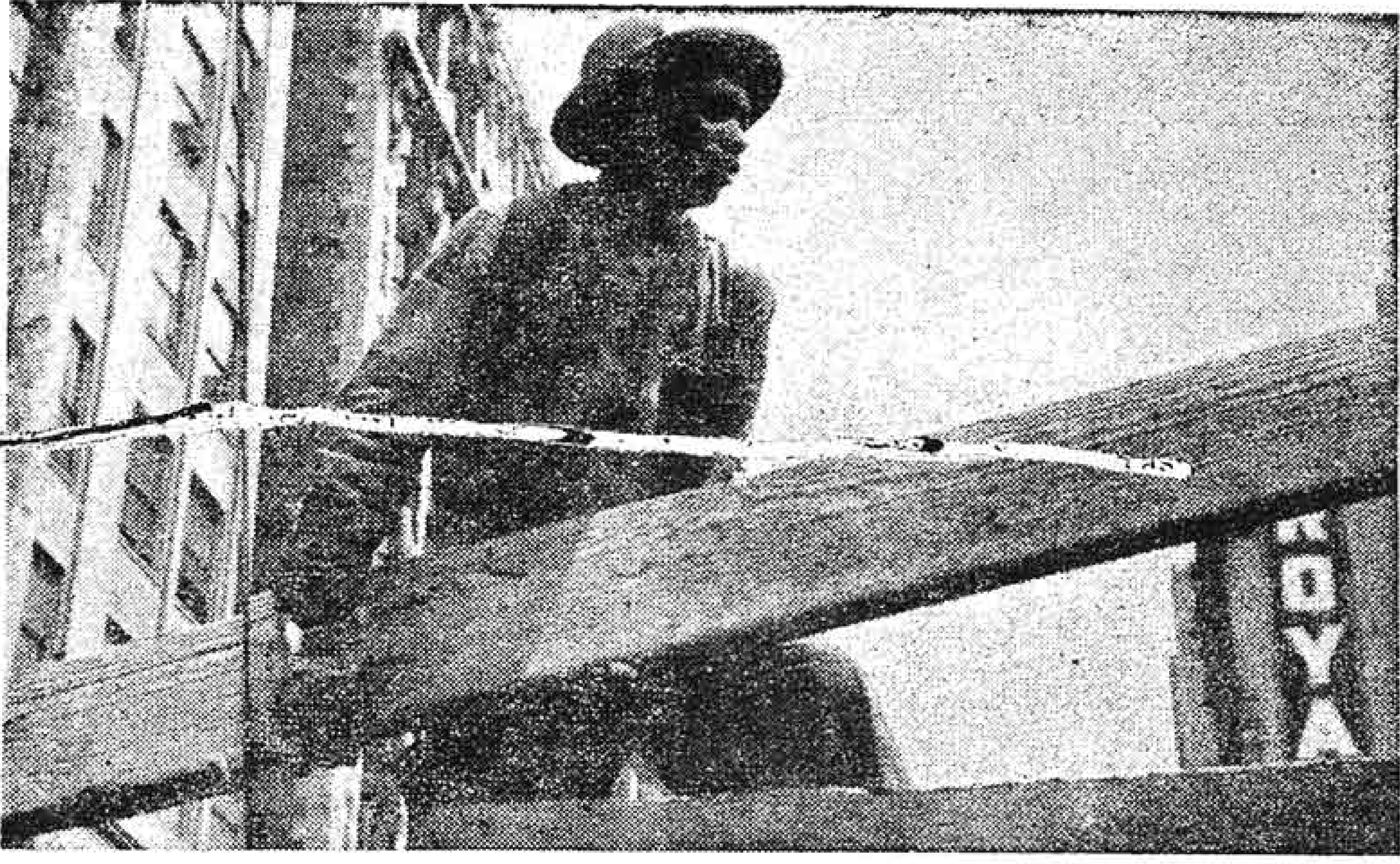
Salmos para la mañana del domingo



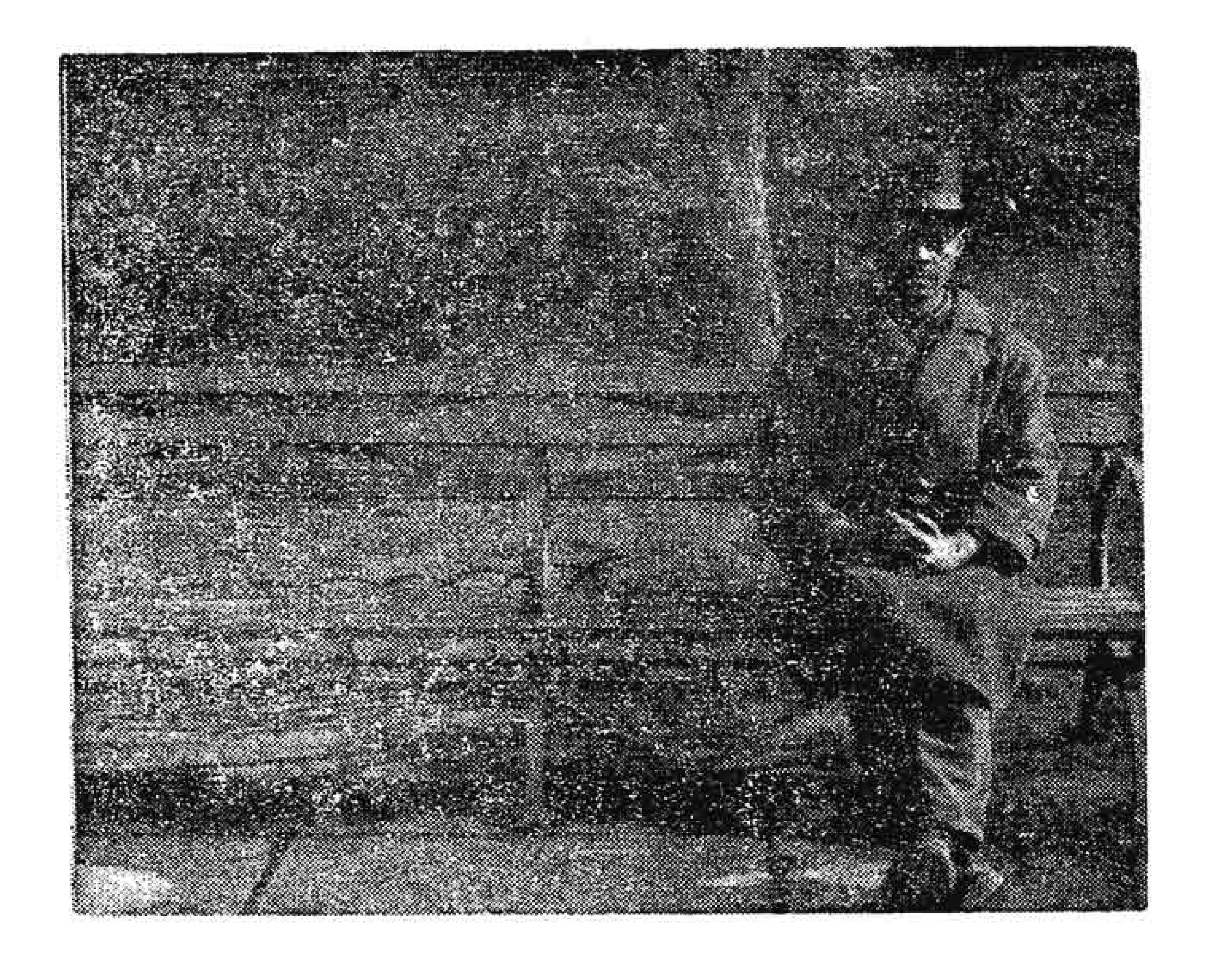
El abuelo vino de Carolina del Sur



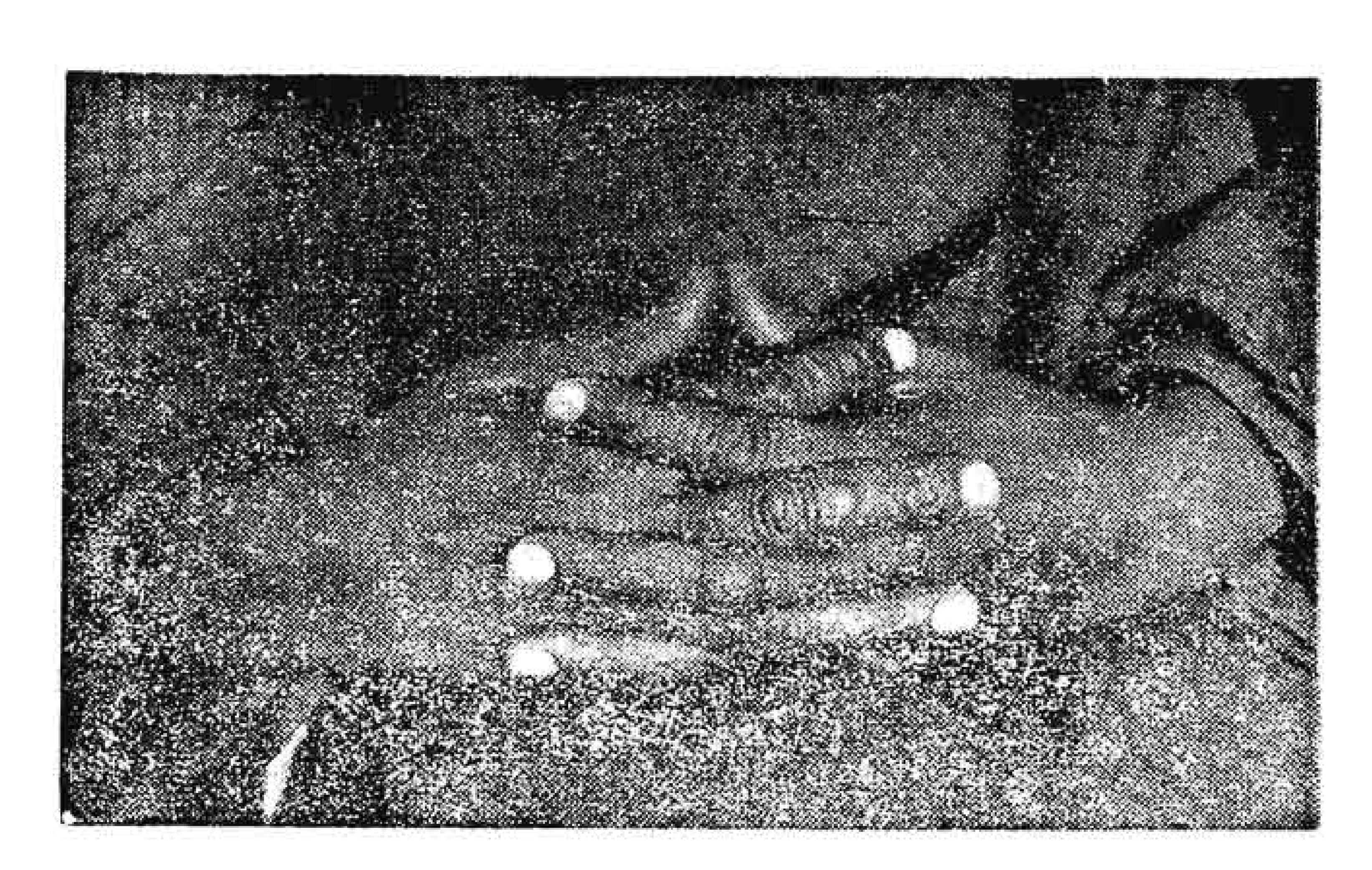
Ya es muy tarde para empezar



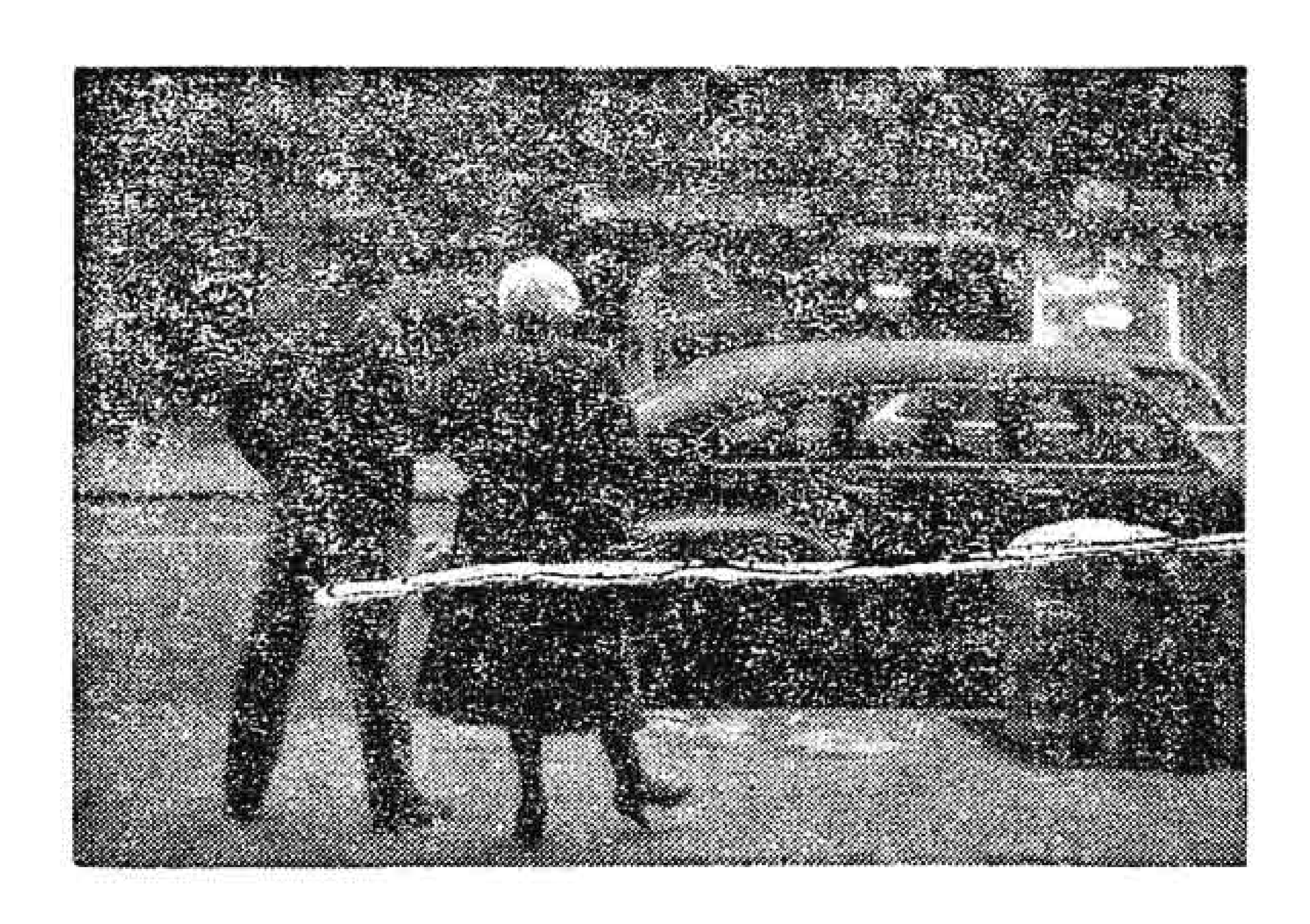
Nuevos edificios, viejos inquilinos a la calle



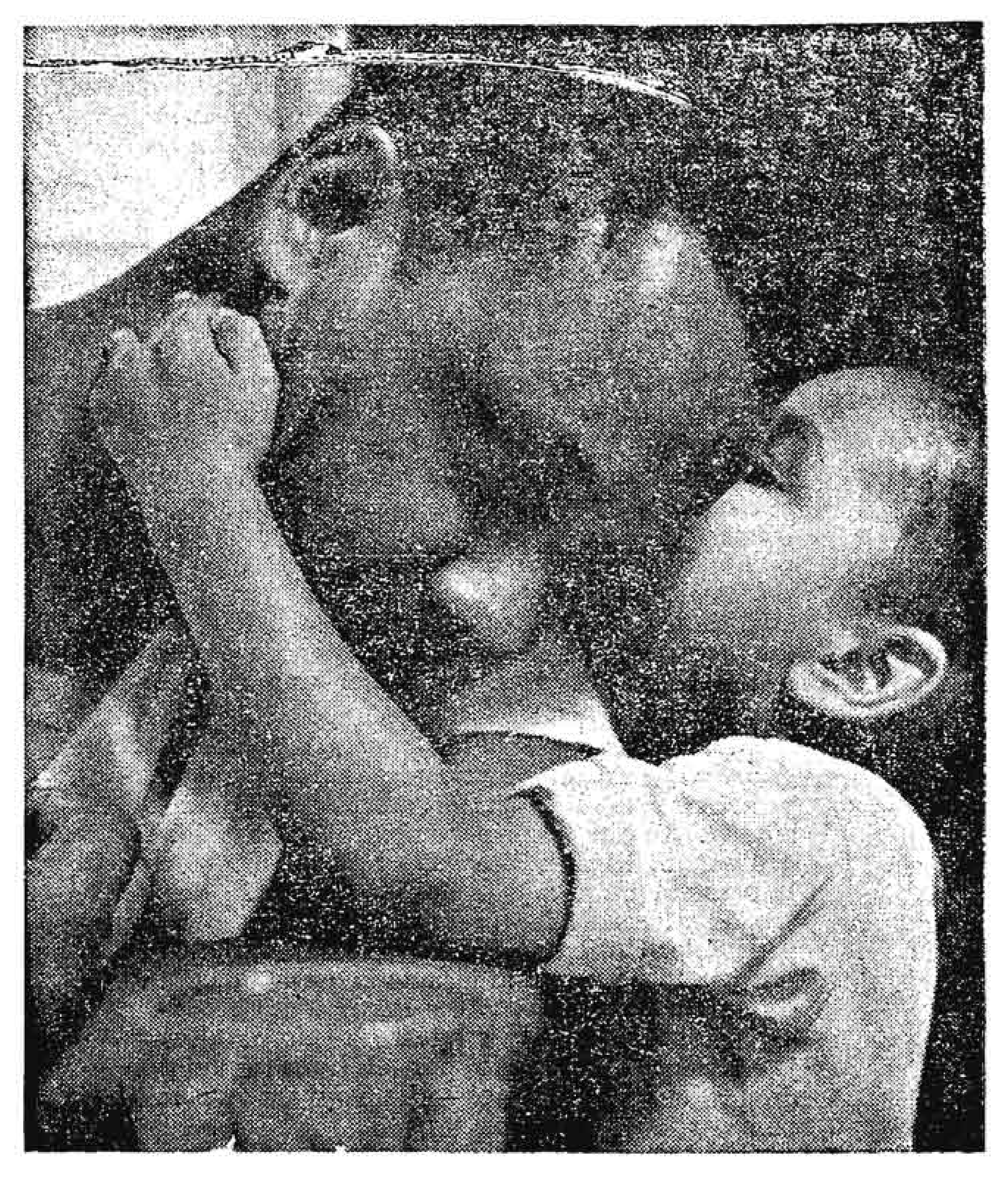
Siempre hay un solitario en un parque...



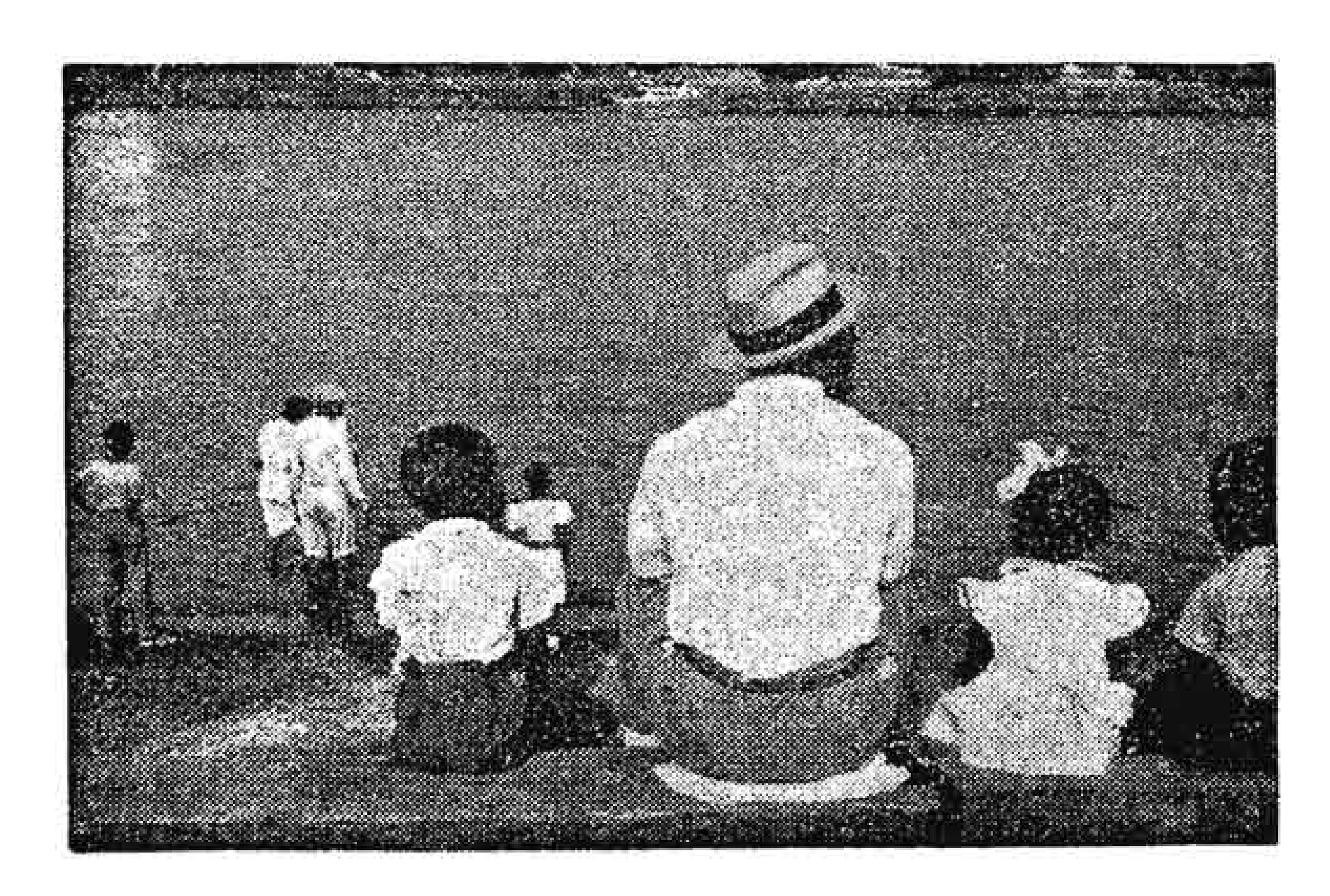
que medita con las manos entrelazadas



Algunos no saben a dónde ir



Es agradable ver a un niño hablando con su padre



Los domingos por la tarde se contempla el río Harlem

LOS ULTIMOS DIAS DE LA CALLE DUNCAN

POR JULIAN MAYFIELD

El autor saluda al pueblo de Cuba.

"Como norteamericano de ascendencia africana que soy, nacido y criado en un país racista, estoy irrevocablemente comprometido con la lucha por la libertad humana. Es en este espíritu que saludo a la Revolución Cubana y deseo su triunfo.

"La libertad es el derecho indiscutible de cada individuo, del mismo modo que la independencia es el derecho inalienable de cada nación. Pero la libertad no se hizo para los cobardes. Quienes mendigan su libertad jamás la alcanzan. La libertad es el premio de aquéllos que actúan audazmente, con imaginación y espíritu de sacrificio. La libertad pertenece a los valientes."

Julian Mayfield.

Era uno de esos días en que el sol de Washington no cree en nadie. No había una nube en el cielo y el viento no era potente, sino una brisita que atenuaba el calor del sol. Era un buen día porque no había escuela. Los grandes estaban en el trabajo y podíamos hacer lo que nos diera la gana. Era un día de locura, porque esa noche Joe Louis le iba a dar la gran pateadura a un alemán grandote que se llamaba Max Schmeling.

Podríamos haber ido a nadar. La piscina para negros estaba al otro lado de la ciudad, y el fangoso brazo este del Potomac estaba sólo a unas cuadras. Podíamos haber robado botellas de refresco en el patio del viejo Farbenstein para luego vendérselas. Y así hubiéramos tenido dinero para atravesar la ciudad e ir al cine. Ponían una película de Bob Steele en el "Gem" y una de Tom Mix en el "Alamo".

Pero este no era un día para nadar o sentarse en un cine. Eso se podía hacer cualquier día. Pero no era todos los días que Joe Louis tenía el chance de meterse [illegible] hacer [illegible] de Schmeling. El alemán había estado hablando sin parar sobre cómo iba a patear a Joe. Naturalmente, él se imaginaba que era mejor que Joe porque era blanco, pero los periódicos insinuaban que él se creía mejor que nadie porque era alemán. Bueno, ustedes conocen a Joe: él no había dicho casi nada. Pero todos sabíamos lo que iba a pasar. Joe no era un hablador, pero podía dejar en el puesto a cualquiera, sin siquiera llamarlo por su nombre. Sí, ésta iba a ser una gran noche y estábamos preparados para celebrarla.

Habíamos conseguido los ladrillos en un solar a mitad de la cuadra. Eran ladrillos rojos que habíamos partido por la mitad, buenos ladrillos perfectos para tirarlos, ladrillos para apuntar bien a la cabeza de un blanquito. Los bates de pelota nos servirían para la lucha cuerpo a cuerpo. Los blanquitos se iban a quedar patitiesos cuando los sonáramos con aquellos bates "especiales Babe Ruth". Teníamos un par de cuchillos y una pila de botellas. Iba a ser una noche fenómena.

A media tarde todas nuestras armas estaban guardadas en el sótano de Austin. Vagueamos y hablamos en la yerba cerca de la puerta del sótano. Austin tenía razón para odiar a los blanquitos. Lo habían agarrado cerca de la farmacia la semana pasada y le habían tumbado dos dientes de alante. Era un mulatico flaco, patizambo y pasudo. Creíamos que sus padres tenían dinero, porque vivía en una casa toda para ellos, en vez de en un cuarto como los demás.

—Espérense a que agarre a uno de ellos— dijo Austin, escupiendo por el hueco que habían dejado sus dos dientes— Le voy a sacar las tripas.

Se paró, extendió la mano izquierda y agarró el aire.

—Cogeré a ese blanco sucio así, ven y lo aguantaré así, ven... — con una mano levantó al muchacho imaginario del suelo— Y le diré "Tú eres uno de esos cochinos que me agarró la semana pasada". Y él dirá "No, señor Austin, ese sería otro cochino" Y yo le diré "Bueno, pues te partió un rayo, porque te voy a pelar a tí, de todas maneras". El dirá "Eso no es justo, señor Austin" Y yo diré: "Sí, porque para mí todos los blancos sucios se parecen".

Nos reímos mientras Austin estrelló su puño izquierdo y ¡zas! el blanquito invisible salió volando por el aire.

Teeny Mae dijo:

—Me han dicho que Joe está en forma cantidad. ¿Cuánto se demorará en dejar listo al alemán ese?

—Tres o cuatro rounds— dije. Quería darle tiempo a nuestro hombre: a veces Joe lo necesitaba para estudiar el estilo de pegar del otro.

Robert Jackson gritó:

—¡Sigue por ahí! Joe tumbará a ese verraco en un solo round. ¿Quieres apostar?

No quería apostar. Robert se había nombrado jefe de nuestra pandilla y hasta ahora, porque era un año mayor que los demás (y supuestamente más fuerte), nadie lo había retado.

—Te voy a enseñar— Robert se puso de pie y tomó la posición de Louis que era la única que usábamos. —Este tipo tiene una derecha dura, ven, pero Joe lo alejará con el jab de izquierda. Ahora cuando este tipo venga con su derecha, ven, Joe va a subirle la izquierda hasta la quijada así. Y entonces le va a meter con la derecha y ahí mismo quedó el alemán.

Robert se cayó boca abajo en la yerba como una de las víctimas de Joe. Fat Sammy dijo:

—Y ahí mismo voy a salir a buscarme un blanquito.

Todos acordamos que era el mejor momento para patear a los blanquitos. Entonces discutimos [illegible] más blancos desde el último ataque que hicimos después de la última pelea de Joe Louis.

Para comprender esta pasión por pelear con los blanquitos hay que sentir lo que Joe Louis significaba para la pandilla de la calle Duncan. Lo queríamos. Era nuestro hombre. Estaba allá alante, en la vanguardia, peleando por nosotros. Alguna gente nos llamaba fascinerosos, pero en nuestras mentes no había duda de que Joe hubiera aprobado nuestros raids después de sus victorias en el ring. Los blancos tenían una piscina allá al lado y nosotros no. Podían ver películas en el mismo barrio y nosotros teníamos que ir en ómnibus hasta la calle comercial de los negros. Y te partía un rayo si, como Austin, te atrapaban solo las pandillas de las calles 15 y H. A veces hasta pensábamos si de veras no tendríamos algo malo que hacía que los blancos nos trataran tan mal. Pero Joe disipaba nuestras dudas. Nos hacía creer que cada uno de nosotros era tan bueno como cualquier persona. Era nuestro representante personal en el mundo de los blancos.

Así que era toma y daca. Dabas todo lo que podías y tomabas todo lo que aguantabas. La vida era una cosa de locura, llena de escuelas y pandillas y peleas con los blancos. Era excitante, porque algo saltaba a cada minuto. Y, por supuesto, la fiebre subía y subía cuando Joe peleaba. Eran las noches más chifladas de todas. Eso sí era diversión y lo demás es bobería.

Cuando el sol bajó se quedó esperando un ratico, dándole a todo un beso de despedida. Se hundió despacito, como si él también se quisiera quedar a oir la pelea. Entonces entró la noche suavemente, como leche tibia, y una brisa gentil acarició a la calle Duncan. Me sentí tan bien de ser parte de todo esto que tuve ganas de dar un grito.

El viejo de Sammy, el señor Speed, volvió

a casa con una caja de cerveza porque había invitado a unos amigos a oír la pelea. Nos reímos cantidad de Teeny Mae cuando vimos a su padre, que se suponía que fuera estricto Bautista, metiendo en la casa la quinta botella de whiskey de contrabando. Mi viejo se sentó en el gran butacón, encendió un tabaco y dijo que no se movería de allí hasta que terminara la pelea.

A las diez las aceras estaban desiertas. Cada radio de la cuadra estaba sintonizado con New York. Cada mente llevaba una imagen de Louis, siempre calmo y deliberado, mientras pasaba a través de las sogas y alzaba la mano. Lo vimos parado junto al alemán, arañando suavemente las lonas con la punta del pie, mientras el referee recitaba las reglas como abejorro. Por último lo vimos quitarse la bata y caminar como un dios de bronce hacia el centro del ring para comenzar su trabajo maestro.

Bueno, no tengo que decirles lo que pasó. Esa noche Joe estaba perdido y el alemanote hizo todo lo que dijo que iba a hacer con nuestro as. Le dio una tremenda pateadura. No podía creerlo. Mis ojos ardieron y las lágrimas empezaron a correr. Mi viejo dejó de fumar su tabaco y no dijo ni palabra. Mi hermanita era demasiado pequeña para entender, pero sentía, y se quedó callada. Mamá suspiró y dijo: "Bueno, creo que hay que perder alguna vez" con mucha tristeza y se metió en la cocina. Yo me sentí vacío.

Naturalmente, nadie corrió a buscar las armas para pelear con los blancos. Uno por uno, los miembros de la pandilla de Duncan se arrastraron con el rabo entre las piernas hacia la acera bajo el farol donde usualmente nos reuníamos. Nos sentamos en el contén a hacer figuras en la arena. Robert Jackson no hacía más que escupir, porque eso es lo que hacía cuando estaba indignado o triste. Debimos estar allí sentados como diez o quince minutos, en silencio completo y sepulcral. El día bonito del sol retozón se había vuelto una noche miserable.

Al fin Teeny Mae dijo:

—¿Sabes una cosa? Ese no peleó como Joe Louis.

—Verdad que sí— dijo Austin, y todos estuvimos de acuerdo que no había peleado como Joe Louis.

Entonces, como si lo hubieran pateado, Sammy gritó:

—Ahí hubo algo extraño.

Y todos coreamos que sí, que lo había.

—¿Habrán narcotizado a Joe?

Todos nos volvimos hacia Robert Jackson. Estaba serio. Nos quedamos con la boca abierta mientras la idea se posesionaba de nosotros. Era una explicación tan simple... Ya se sabía que Joe podía patear a Max Schmeling o a cualquiera, cualquier día que le diera la gana.

—Ya tú sabes que no quieren que uno de color sea campeón —dijo Sammy— dice mi viejo que nunca les gustó Jack Johnson.

Ahora sí que estábamos furiosos. ¡Mira que hacerle esa porquería a Joe! Robert Jackson dijo que iba a romper tres o cuatro cabezas blancas para pagar lo que le habían hecho al pobre Joe. Nos recordó los ladrillos y bates que teníamos almacenados en el sótano de Austin. Robert Jackson dijo que 15 y H debía ser el primer punto de ataque, porque podíamos agarrar a toda la pandilla allí. Nos levantamos de un salto, gritando que Robert tenía una idea perfecta y que les íbamos a enseñar a esos hijos de...

¡Crrraaassss! Un ruido de vidrios rotos sobre nuestras cabezas y entonces las tinieblas. Dejé de respirar. Ni un alma se movió. Estábamos inertes de miedo, mientras los vidrios del farol nos llovían encima. Hubo un largo, horrible silencio.

Entonces, pequeñas y duras, salieron las voces de los muchachos blancos desde el callejón:

—Ay, negros cochinos... Ahora sí que los agarramos...

Yo me quedé allí parado como un tronco y con las manos vacías. Entonces empezaron a caer ladrillos y botellas y los blancos nos cayeron arriba como una lluvia de arroz. El primer ladrillo me dio y me caí contra Teeny Mae. Entonces arrancamos los dos a correr y tropezamos uno con otro. Teeny dijo: "Oye, no me aguantes" y yo dije "Oye, sal de mi camino". Los dos volamos de un salto a un escondite secreto en el portal de Sammy. Allí me apreté a Teeny. Me palpitaba de dolor el hombro donde me había golpeado el ladrillo.

Teeny dijo:

—¡Qué cosa más grande! Nos cogieron fuera de base.

Obviamente los muchachos de 15 y H se habían sentido tan bien con la pateadura que el alemán le había dado a Joe que decidieron darnos una sorpresa, algo a lo que antes nunca se habían atrevido. Bailaban y gritaban como los indios de las películas, en medio de la calle Duncan, tirando ladrillos y botellas a todo lo que se movía. Entonces nuestros padres empezaron a abrir ventanas y mirar a ver qué era esa gritería y la luz de las casas se derramó en la calle. Los invasores victoriosos huyeron a su propio territorio, desapareciendo tan rápidamente como habían venido.

Salimos de nuestros escondrijos y nos reunimos bajo el farol roto. Podrán imaginarse cómo nos sentíamos. No era por mi hombro o por la sangre de Robert Jackson (tenía la mano cortada) o por el llanto de Austin (había perdido otro diente). Nos dolía mucho más que eso.

—Ira, Ira— era la voz del padre de Teeny Mae llamándolo— ¿Estas ahí, muchacho?

Teeny levantó la vista:

—Sí, estoy aquí.

—¿Qué hacen todos esos muchachos ahí? ¿Qué le pasó al farol?

Teeny no supo qué decir y los demás no lo ayudamos. Nos quedamos allí con la cabeza baja.

—Bueno, acaben de hablar. ¿Qué pasó?

No sabíamos, de verdad. Después de esa noche tuvimos nuestras victorias, especialmente después que Joe fue campeón y pateó a Schmeling. Pero aquel espíritu de lucha no volvió a la calle Duncan. Nunca más volvimos a estar seguros de nosotros mismos.



JULIAN MAYFIELD

Julian Mayfield es autor de dos novelas publicadas con notable éxito de crítica: "The Hit" y "The Long Night". Una tercera novela, "The Grand Parade", saldrá de las prensas norteamericanas este otoño.
Tanto "The Hit' como "The Long Night" han sido vertidas al francés, publicándose en Francia, y también en Inglaterra. En cuanto a "The Long Night", próximamente la veremos en un film.
Como actor, Julian Mayfield creó el rol estelar de Absalom, el hijo, en la pieza de gran éxito en Broadway, "Lost in the Stars". Ha escrito, producido y dirigido dramas y comedias para las salas experimentales de teatro de Harlem y el circuito ajeno a Broadway. También ha actuado como crítico teatral para el "World Journal", de Puerto Rico.

ENTRE MEMPHIS Y CLEVELAND

POR MARGUERITE ANGELOS

Con un ronroneo displicente, el enorme ómnibus de la Greyhound se dispuso a abandonar Memphis —Memphis, en Tennessee—. J. C. Henderson se acomodó en su asiento, exhaló ruidosamente el aire y paseó su mirada por encima de sus compañeros de viaje.

La parte del vehículo dedicado a los pasajeros blancos estaba casi completamente llena, pero allá atrás, en la sección negra, donde se sentaba Henderson, el ómnibus se veía medio vacío. Esto no lo contrariaba. Por el contrario, se aprovechó de la circunstancia para aflojar cada músculo de su cuerpo, dejando que el ómnibus lo zarandeara hacia arriba y hacia abajo y hacia los lados. Cerró los ojos y se puso a oir la carretera huyendo de las enormes ruedas, huyendo hacia atrás. El ómnibus llegó a los suburbios del pueblo antes de que abriera los ojos y mirara por la ventanilla. Iban más aprisa ahora; los pequeños sitieríos pasaban rápidos ante ellos. El sol evidentemente tenía sus preferencias, pues a un lado de la carretera se veían parches de dorada luz solar mientras al otro se sucedían monótonos los grises que caían de los nubarrones —y aquí y allá, con los grises, colgaba sobre el paisaje el velo de la llovizna reciente.

Henderson necesitaba tiempo. Tiempo para pensar qué hacer con "La Nena" —su hermana menor. Si estaba ya suficientemente restablecida como para llevársela, ¿quién la cuidaría, allá en casa? Y si no lo estaba... ¡En fin!

La morena sentada en el primer asiento de la sección "de color", se estiró, frotando su voluminosa humanidad contra el espaldar del asiento delantero, hasta alcanzar cierta cajita de cartón colocada arriba, entre el equipaje. Henderson la miraba con el rabillo del pensamiento. Pronto le dió en la nariz el pesado aroma del pollo frito. Como un susurro, el apetitoso olor dominguero flotaba hacia el fondo del ómnibus. Pero sabía que aún no tenía hambre. Y se obligaba a sí mismo a pensar en la Nena. En la Nena, y en Cleveland, y en el trabajo que lo estaba esperando.

La Nena... Hacía un año que la había dejado en un ómnibus que hacía el camino a Cleveland. Iba sola, a estudiar para enfermera. Quizás si el ómnibus fuera este mismo. En la terminal, alargaban el adiós; era duro separarse. Primera separación en lo que llevaban de vida. Ese día, la Nena le había lucido más parecida que nunca a la madre que ya no podía verlos. Su frente morena, normalmente tan tersa, ahora se prendía unas arrugas justamente en el sitio en que Mamá las llevaba; sus oblicuos ojos negros lograban a duras penas guardar las lágrimas donde no se vieran —pero su boca se mantenía firme y su mentón [illegible] dispuesta a llorar [illegible] no iba de ninguna manera a llorar.

El le dijo: Cuídate. No hables con nadie cuando te apees de la guagua. Nada más te bajas y coges un taxi y te vas para el hospital.

Entonces fue cuando casi tuvieron una discusión, porque ella puso esa voz que era casi demasiado profunda para su figurita de niña y contestó: —Bubba, ya tengo dieciocho años, ya soy tan persona mayor como voy a ser en mi vida.

Y al oirla, la voz de él se descontroló un poco, se puso un poco demasiado alta: —O.K., pero recuerda que ahorita yo cumplo los veintiuno y soy un hombre y sé de lo que son capaces los hombres, así que piensa en todo lo que te he dicho.

Después de eso, ya ella no le replicó más. Desde que sus padres murieron él había tratado de cuidar de su hermanita menor, y no lo había hecho muy mal hasta ahora. Pero ahora ella estaba enferma en Cleveland, y sola...

Un hombre alto se puso en pie y estiró un par de brazos blanqui-azules hasta alcanzar un cartucho escondido arriba, entre el equipaje. No se sentó enseguida, sino que paseó una lenta mirada por la guagua. Su mirada tropezó con la de Henderson y se inclinó para decirle algo al tipo gordo que viajaba a su lado. Henderson no logró entenderlo del todo, pero oyó algo de "niches" y "norte". Siguió con la mirada clavada en el espaldar de ese asiento un rato largo, pero al fin, como no oyera más nada, volvió a sus pensamientos. La Nena...

Aquella noche, cuando le preguntó si podía venir a visitarla un muchacho... Habían ido a una fiestecita en la iglesia metodista episcopal de los negros y él se había fijado en un muchacho alto, un mulato ruso que seguía a la Nena dondequiera que ella iba. Después, cuando llamaron a las parejas de novios para competir, ellas solas, por un premio a la que mejor bailara el vals, Henderson vió a su hermana y al muchacho reunirse, girar al compás de la música, ganar, y retirarse riendo.

Fue esa misma noche, caminando a casa, que ella le había pedido permiso. El camino se veía ceniciento a la luz de la luna; en cambio, los árboles lucían más oscuros. Cantaban. Ella, de pronto, se calló para preguntar enseguida: —Bubba, hay un muchacho que quiere venir a visitarme, ¿puede ser?

El siguió cantando, sin contestarle nada de momento. Y ella insistió: —Ya casi tengo dieciséis años... Hay muchachas con quince que ya tienen novio...

Entonces él le preguntó quién era el que quería venir a visitarla y ella dijo: —Ese muchacho alto que estaba en la parroquia, es el sobrino del reverendo Sneed. Yo le dije dónde vivimos y que el domingo pasara por enfrente de casa y si yo estaba parada en el portal podía llegarse, pero si no, eso quería decir que tú no me dabas permiso y que siguiera su camino.

Le entraron ganas de abrazarla en plena calle. Era una gran muchacha. Le dijo: —Sí, Nena, dile que venga por casa—. Y rompieron a cantar por todo lo alto.

La guagua saltó al dar con un bache en la carretera y Henderson abrió los ojos. Se dió cuenta de que se había quedado dormido. Ya oscurecía. En las casas habían empezado a encenderse las luces, y cuando la guagua saltaba, parecían luciérnagas borrachas. El humo de los cigarros y los olores mezclados de gentes y comidas formaban un conjunto especialmente desagradable al despertar. Deseó poderse apear y llenarse la boca con aire fresco y limpio. Las luces menudeaban ahora que estaban acercándose a un pueblo. Luego de unos minutos de anuncios lumínicos y hombres en mangas de camisa el ómnibus frenó y se detuvo. El conductor gritó: —Butterfield, Butterfield, veinte minutos.

Henderson esperó a que el pasaje calmara antes de disponerse él también a bajar. Llegaba ya a la escalerilla cuando una voz lo detuvo —una voz negra—: Oiga, mister —decía—, y comprendió que era a él. En la media luz la morena gruesa que antes había visto comiendo pollo frito le hacía ahora señas de que se acercara.

—¿Señora...?

Ella se inclinó hacia adelante: —Siéntate, hijo—. Y él no quería sentarse, pero su cara redonda se veía preocupada. La complació. —Oye, es mejor que no te bajes aquí—. Los dientes blancos y parejos se asomaron al relámpago de una sonrisa, haciéndola lucir más joven. —Ese par de blancos sucios que estaban sentados allá alante... Estaban bebiendo. Y yo los oí... No están pensando nada bueno. Están... vamos... no les gusta la idea de que los negros vayamos al Norte. Creo que será mejor que nos quedemos en la guagua hasta que lleguemos a Cleveland y así no le damos el chance de ponerse graciosos con nosotros...

Pero él decidió: —Gracias... muchas gracias, pero tengo que bajar aquí—. No le dijo nada acerca de ir al baño, ni tampoco de las ganas que tenía de respirar un poco de aire fresco: —No, señora, yo tendré cuidado, no les daré un chance de lucirse conmigo. No más voy a lo mío... y vuelvo enseguida.

Se fijó en ella. Se parecía a Ma Bishop, en la parroquia. Buena mujer... Preocupada por lo que pudiera pasarle. Pero... ¿cómo no veía que él no era ningún negrito zoquete, de esos que siempre se están buscando problemas? El sabía cómo portarse. Cómo eludir los problemas. Lo había estado haciendo toda [illegible] movió de un lado al otro la cabeza, como dudosa. Henderson se puso [illegible]

—Bien, no más quería advertirte...

El sonrió: —Señora, creo que sé cuidarme, pero de todos modos, gracias... ¿Quiere que le traiga algo? ¿Una Coca Cola?

Ella atacó el nudo del pañuelo que aprisionaba en sus manos oscuras: —Bueno, si vas a bajar de todos modos... tráeme una Pepsi Cola.

Trató de darle un quarter, pero él la detuvo con un gesto: —No, señora, yo invito—. Y salió.

La primer bocanada de aire fresco le supo mejor que una limonada. Sabroso, estirar las piernas, pararse y saber quieto el pavimento bajo los pies, aunque ya el cuerpo acostumbrado al impulso hacia adelante del ómnibus fingía la sensación del movimiento. Torció por la esquina del pequeño edificio que hacía de estación y restorán. Vió el letrero sobre la puerta: "Hombres de Color", y entró.

Le dió en las narices el fuerte olor amarillo, puntuando su recuerdo de lo que la señora le había dicho. Quería aguantar el aliento hasta que pudiera volver a salir al aire limpio de la noche llena de chirriar de grillos y suaves rumores de brisas que se llevarían lejos este olor.

Abrió la puerta y vió a los dos hombres blancos parados como postes de teléfonos delante de él. Reconoció al flaco —lo había visto en la guagua—. Tenía una cara extraña —como si todas las facciones se las hubieran estirado hacia alante. Nariz, ojos, boca, mentón estirados hacia alante y luego nada que fuera hacia atrás, hacia las orejas coloradas con el pelo oscuro colgado encima como yerba sucia. Henderson miró al otro, al bajito, y supo en un segundo que de los dos era el peor. Un tipo carí-redondo que lo miraba como una serpiente que bajea a un pollo.

Un torpe silencio gris envolvía a los tres hombres. El miedo era un puño que golpeaba la garganta de Henderson al son de una sola palabra: "Porqué... porqué... porqué... pero porqué a mí... a mí... porqué... porqué... PORQUE!" Agachó la cabeza y forzó a su cuerpo a deslizarse silenciosamente hacia adelante mientras murmuraba: —Con permiso, por favor...

Pero no había de ser. El flaco dió un paso de lado, interceptándolo.

—Seguro, Bola de Nieve —dijo con una sonrisa torva que dejó escapar un vaho de comida podrida y licor podrido—. Seguro, no tengas pena...

Henderson intentó un movimiento de flanco, pero ahora fue el gordo el que lo detuvo por un brazo.

—Un momento, niche... Yo soy Mr. Elmer Cox y no le aguanto zoquetadas a ningún niche... ¿Entiendes?

Henderson dijo: —Entiendo.

Y entendía. Entendía que ya era inútil intentar salirse de este lío. **La han cogido conmigo... Pelea de león y mono... Mono amarrado y dos leones... Pero y la Nena... ¿Qué va a ser de la Nena?**

—¿A dónde pensabas ir, Bola de Nieve? El flaco, a la verdad, no lucía como si lo odiara. Más bien, como si tuviera ganas de divertirse, nada más que divertirse... Henderson decidió dirigirse a él... Se volvió a medias para decir:

Voy a Cleveland, señor.

Lo dijo tan humildemente como pudo, pero fue lo malo que no pudo evitar que el gordo se ofendiera cuando lo vió moverse para mirarle la cara al flaco al contestar. Un tirón, y se sintió girar violentamente:

—¡No se le da la espalda a un blanco! Ahora explícate. ¿Qué vas a buscar en Cleveland? ¿Alguna blanca, no? ¿Piensas meterte en la cama de alguna blanca, no? ¿Eso es lo que quieres, no? ¿Eso es lo que van buscando todos ustedes, no? ¡Por eso es que se van en cordillera hacia el norte, asquerosos niches! No piensan en otra cosa...

Henderson podía sentir la pegajosa humedad del sudor frío que perlaba su frente. Contestar era inútil. Y no iba a decirles nada acerca de la Nena. Si le creían, dirían alguna barbaridad, y eso sí que no iba a aguantársela.

El flaco se estaba riendo: —¿Cómo estás hecho, negrito? ¿Te despacharon bien, o...

El gordo lo interrumpió: —Mira, métete otra vez en el servicio de los niches. Porque vamos a ver qué tal es lo que llevas a las blancas de Cleveland. A ver si tienen suerte, pobrecitas mujeres blancas de Cleveland...

El gordo lo estaba empujando con todo su cuerpo mientras el otro, el largo flaco, se estiraba hasta alcanzar el pomo de la cerradura con la mano y abrir de par en par la puerta del servicio.

Tropezando, de espaldas, Henderson se sintió arrastrado hacia el maloliente cuartico solitario. Allá arriba vió por un instante la luna ignorante de todo en su lejanía y los faros de un automóvil que daba la vuelta afuera, en el mundo libre. Un último empujón y se vió solo con los dos blancos detrás de la puerta cerrada del servicio.

Al Bailey vió el letrero de la Greyhound con una mezcla de alivio y burla —burla de sí mismo, se entiende. Hacía rato ya que le apremiaba bajarse del auto para una diligencia de índole estrictamente privada. Buenas ganas las suyas de volver al Sur para un pequeño match con los señores de la discriminación, pero tenía que admitirlo, en quince años que llevaba viviendo en el Norte se había vuelto demasiado **norteño** para bajarse los pantalones en algún sembrado a la vera de la carretera. Quizás no se debiera su reticencia tanto al pudor como a un sano deseo de evitar que algún gracioso se imaginara que estaba tratando de robar melones y le volara el trasero con un calibre 22. Eso sí que estaría bueno. Imaginó la nota de prensa insertada en el "Pittsburgh Courier": **Mr. Albert Bailey está convaleciendo en el Hospital de Nueva Esperanza de heridas recibidas en el curso de un avance frontal contra el Sur. Mr. Bailey se reintegrará a su puesto de combate en las Milicias Negras tan pronto como sea dado de alta.** Se rió por lo bajo, para sí.

Gracioso, pero no tenía nada de gracioso. En el fondo, sabía que él no era el hombre para venir al Sur. Todavía no. Caminó hacia la estación esperando que el letrero del servicio para hombres de color sería la primer cosa que viera. No tenía ninguna gana de andar dando vueltas en la oscuridad y acabar metiéndose por equivocación en el servicio de los blancos. Se aseguró de que era la puerta correcta, empujó, y se vió frente a un muchacho negro sin aliento.

Cuando la puerta del servicio se cerró tras de Henderson y los dos blancos, el gordo dijo: —Bueno, muchacho, vamos a darte una buena pateadura ya sabes dónde, cosa que esas señoras blancas del Norte no quieran saber nada de ti. —Lo decía yéndole encima a Henderson, con los ojos vidriosos buscándole la cara—. Que sí sí, Bola de Nieve, te vas a arrepentir de no haberte quedado en Memphis con tus negritas.

El flaco volvió a prenderse en la boca su sonrisa torcida. También él se le arrimó. Los dos ahora le estaban bailando alrededor, como boxeadores que buscaran el momento para el primer golpe. Pero ninguno de los dos se decidía. Henderson esperó a que el flaco se le acercara un poco más de la cuenta y lo agarró. Sujetándolo, protegiéndose con su cuerpo, retrocedió hasta una esquina cuyas dos paredes le cubrían las espaldas.

—No me metí con ustedes... Tengo que ir a Cleveland y ustedes vienen a meterse conmigo...

Los labios torpes, la lengua amodorrada, el cerebro pesado, la angustia prendida en cada poro de la piel, Henderson ahora le pegaba a su perseguidor. Con el puño cerrado batía sobre su cara de hurón una vez y otra, hasta que lo sintió de pronto desmadejársele bajo el brazo con que lo sujetaba, y deslizarse hacia el suelo. Elmer Cox se hizo a un lado observando el incidente. Por la primera vez en la interminable noche se sonrió. Se sonrió, y su sonrisa era como una blasfemia.

—Eso está bien, niche... Ahora somos tú y yo, solitos... sacó una caneca del bolsillo trasero del pantalón. —Si no fueras un cochino negro te daría un trago de esto antes de enseñarte lo que se puede hacer con un cordelito y un buen lazo...

Se le apartó un paso o dos, y se llevó la botella a la boca. Pero ahora Henderson tenía en los músculos la rapidez de la desesperación. Instantáneamente su puño se hundió en el plexo solar de su verdugo. El whiskey barato saltó de la boca de Elmer Cox, que insinuó la riposta. Pero Henderson le arrebató la botella al mismo tiempo que con la otra mano se le prendía a la cabeza, baja al doblarse el cuerpo por el dolor del primer golpe. La botella caía sobre la cabeza calva. Una vez. Dos. Derramando el whiskey. Hasta que también el cuerpo de Elmer Cox fue un peso muerto que soltó, mirando la sangre que empezaba a espumearle en la cabeza. El otro estaba blanco alrededor de la boca, blanco como un saco de cemento. Pensó: **"Ahora tengo que espantar la mula"**... Pero no lograba salir de allí. No conseguía ponerse en movimiento. Pensaba: **"Señor, en qué lío me he metido... Señor, yo que nunca he andado en líos... Y ahora, la Nena..."**

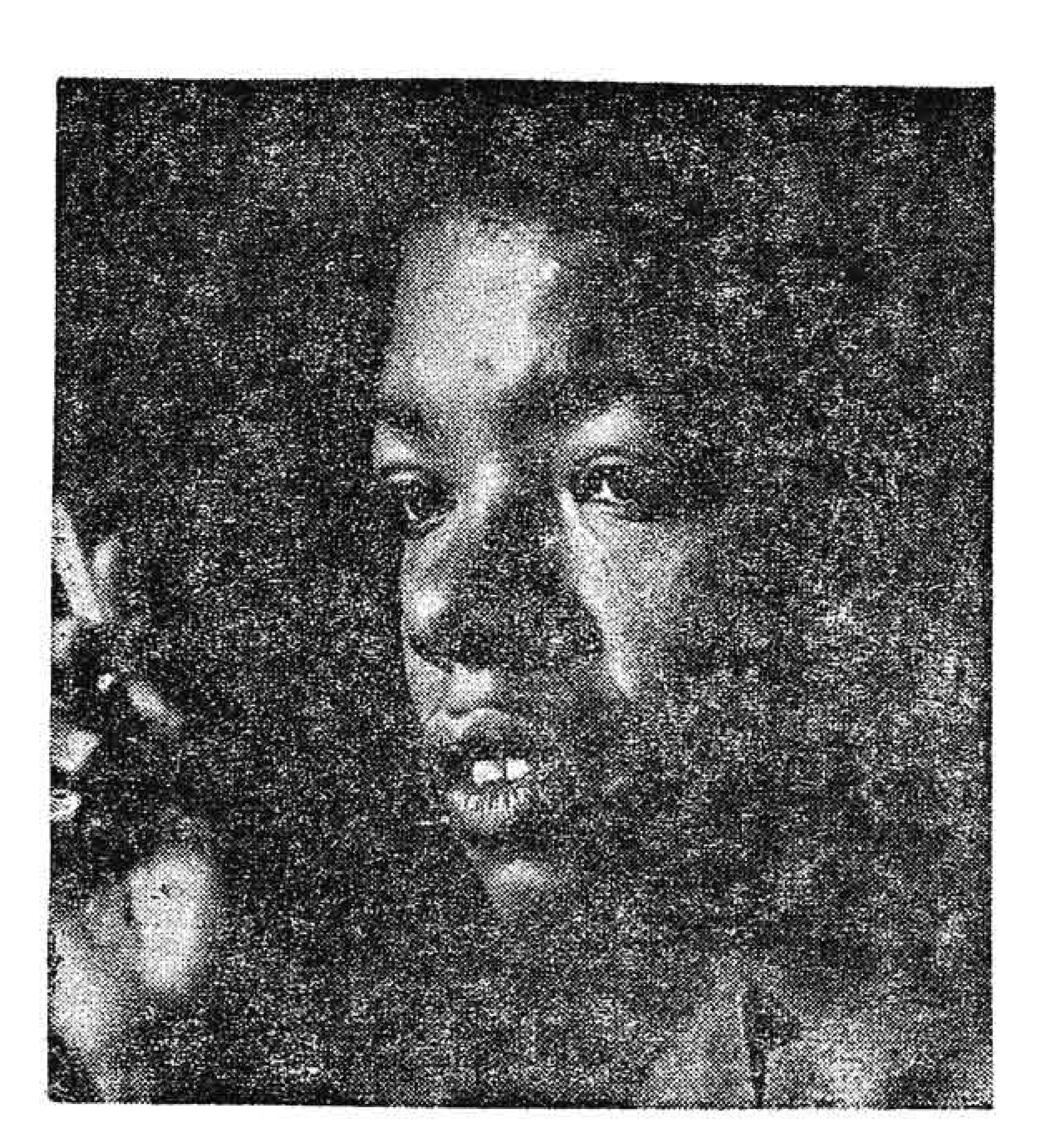
Abrió la puerta. Vió a otro hombre, un negro, disponiéndose a entrar. Pero eso no podía permitirlo. Este no tenía culpa de nada. Le dijo: —No entre ahí, amigo—, y vió la sorpresa dibujársele en el rostro, pero no tenía tiempo para explicarle nada. Siguió andando mientras repetía: —Que no entre, le digo...

El conductor salía del servicio para hombres blancos, y gritaba: —¡Pasajeros al ómnibus! ¡Ultima llamada! ¡Pasajeros, al ómnibus!

Henderson subió tras él al ómnibus, pisándole los talones. La puerta se cerró. El motor se puso en movimiento. Arrancaban. Una mirada hacia la estación que ya quedaba atrás, y vió al otro negro que corrió hacia un automóvil.

—Lo siento, señora —murmuró Henderson a la morena gruesa que se parecía a Ma Bishop—, pero no tuve tiempo de conseguirle su Pepsi Cola.

El ómnibus ahora cobraba velocidad. Henderson vió con el rabo del ojo al automóvil del otro negro que salía del parqueo.



MARGUERITE ANGELOS

Más conocida por sus interpretaciones de las canciones negras americanas y la música folklórica africana, Marguerite Angelos es también actriz y bailarina. Pero, sobre todo —como prueba el recio cuento que escribió especialmente para este número extraordinario de LUNES, y que brindamos con orgullo a nuestros lectores en la cuidada traducción de Rosa Hilda Zell—, Marguerite Angelos es una cuentista. Una gran cuentista.

EN EL OMNIBUS

POR ALICE CHILDRESS

Me alegro de que hayamos encontrado un asiento cerca de la ventana porque estoy muy cansada. ... ¿Qué es lo que quieres decir con eso de que pensaste que yo jamás pararía de caminar por el bus en busca de asiento? Me gusta sentarme en la parte de atrás. ... Me gusta por muchas razones. ... En la parte de atrás hay menos gente, el aire es más puro y se está cerca de la puerta de salida. ... ¿Por qué le parezco extraña? ... Margot, déjame decirte que no hay modo de diferenciar el tener que sentarse en la parte de atrás porque se te obliga o por propia voluntad. ... No la hay, te lo aseguro. Lo he hecho tantas veces de las dos maneras que lo puedo asegurar.

Cuando caminé por este bus hacia la parte de atrás nadie me congeló con miradas. ¿Ya se te olvidó lo que se siente? Los ojos de todos los blancos mirándote con burla. En esta ciudad nadie nos presta atención y nos tenemos que morir un poco cada vez que entramos en un bus en busca de asiento. La diferencia con otros lugares está en que aquí nosotros escogemos el asiento mientras que en otras partes el asiento nos lo escogen. ¿Por qué no vuelves la cabeza para ver quién está sentado atrás? Me gusta lo que veo: hay muchos blancos allí sentados además de los negros. Si esos negros fuesen del Sur es probable que sea la primera vez en sus vidas que estén sentados ahí porque quieren. ... ¡Seguro! Allá en el Sur no podrían estar ahí sentados disfrutando el lugar como el mejor del mundo. ... No, no pienso así de ello. Lo bueno o lo mejor debe ser elegido y decidido por el propio individuo con libertad. Otra cosa, muchas veces camino de mi casa no se hizo caso de mi señal de parada por ser la única en querer apearse, o por ser dos o tres los negros que lo deseaban. Así nos llevaban cuatro o cinco cuadras más adelante, con rabia y humillados. Muchas veces me dejaron en una esquina parada con la mano en alto mientras el bus pasaba sin detenerse a mi lado; y a veces daban un corte para cubrir un charco que nos salpicaban con fango. Pero la cosa más miserable de todas resaltaba al notar la parte de atrás llena y la del frente vacía. Te quedabas parada con rabia y más rabia sobre todo si eras madre con un niño en los brazos mirando en los asientos del frente a cuatro o cinco blancos allí sentados ignorándote, teniendo entre ellos y la parte de atrás del bus unos veinte asientos vacíos. Aunque la ley sea así no por ello nos sentíamos mejor. Por supuesto, en algunos lugares del Sur los pasajeros, según entran por el frente, están supuestos a ocupar los primeros asientos y así hasta los últimos, pero esto nada soluciona, ya que los negros tienen que irse levantando y corriéndose hacia atrás a medida que los blancos van entrando. Esta medida es peor.

Margot, observa ahora a ese blanco que acaba de subir sentarse al lado de ese negro. ¿Lo ves? No creo que lo haya hecho por que quiera o no. ¿Ves qué absorto está leyendo su revista? Es bueno ver que el negro no presta atención a la persona que se le sienta al lado y continúa con la vista fija en la calle. Así es como deben ser las cosas. Yo cuando siento deseo de no mezclarme con la gente tomo un taxi.

EL CERTIFICADO DE SALUD

Bueno, Margot, déjame decirte que hoy comencé a trabajar de sirvienta en una casa. ... No te rías y déjame contarte lo que pasó... La señora es joven y me parece agradable... ¿Entiendes?... Fue muy atenta conmigo. Me enseñó toda la casa y lo que tenía que hacer, e hizo todo lo posible por no darme mucho trabajo el primer día al notar una mirada recelosa en mis ojos.

Llega la tarde y me encuentro agachada puliendo los muebles cuando la siento detrás de mí, tímida, como queriendo decirme algo. Cuando la miré se ruborizó, echó a andar y se detuvo indecisa. Detuve mi tarea y me le quedé mirando. Entonces la señora tomó aliento y preguntó: "¿Vives en Harlem, Mildred?"

Yo esperaba algo más que eso [illegible] comprendí al principio, puesto que le había [illegible] ya mi dirección. "Sí, Mrs. Jones, ahí es donde vivo".

Bien, se retiró sin contestarme a otra habitación y la oí hablar bajito con el esposo. Algo más tarde, mientras lavaba unos vasos, la sentí detrás de mi parada en la puerta de la cocina con un nudo en la garganta queriéndome decir algo. Carraspeó un poco, tartamudeó otro poco, y después de decir dos o tres vaciedades salió con la cosa: "Mildred, ¿tienes un certificado de salud?"

Esta era la cosa. Puedo decirte, Margot, que pensé rápido antes de contestarle. "Sí, Mrs. Jones, lo tengo". Tú sabes, Margot, que es mentira lo que le dije, puesto que no tengo certificado de salud. Con mi tono más dulce de voz, le dije: "Mañana se lo traigo, Mrs. Jones".

La señora resplandeció como olla de aluminio y [illegible] Mildred, no he queri[illegible] derla, pero uno tiene que tener cuidado cuando hay niños en la casa. ¿No es verdad"?

Estuve de completo acuerdo con ella. "Por supuesto —le dije— debemos ser muy cuidadadosos con la salud, y me alegro que usted lo vea así, porque yo estaba muy preocupada pensando en eso mismo y en la manera de pedirle a usted, sin ofenderla, el certificado de salud de usted, de su esposo y de los tres niños".

Al llegar aquí su cara estaba del mismo color de su vestido, verde. "Debe usted comprender, señora, que yo tengo que manejar la ropa interior de ustedes, las sábanas... Usted comprende". Me detuvo con un gesto, y excusándose salió para hablar con el esposito

En quince minutos estaba de regreso. "Mildred, no creo que tenga necesidad de traerme su certificado de salud. Creo que todo estará bien".

La miré con agrado contestándole: "Pensándolo [illegible] no he de pedirle el de ustedes, me parecen gente limpia, así que..." Entonces [illegible] sonrió, yo sonreí, y ella volvió a sonreir otra vez, y... Oh, Margot, no te rías tan alto, todo el mundo en el bus nos está mirando.



ALICE CHILDRES

Alice Childress subtitula su bellísimo libro "Como uno de la Familia", conversaciones de una doméstica, pocas veces el lector se acerca a una lectura tan pródiga en virtudes: poesía, aventura, sentimiento, gracia, valor, compromiso, ideología, sencillez, pureza, fuerza, emoción, en fin, talento para la narración, para la conversación.

Alice Childress es una de esas extrañas criaturas que todo lo que tocan —y como un reto al temible Midas norteamericano— la vuelven poesía.

EL HOMBRE QUE AMABA LA NATURALEZA

POR RICHARD GIBSON

"En su sabiduría, la Naturaleza provee todas las medicinas que los hombres pueden necesitar", repitió el viejo, entrecerrando los ojos por encima de sus espejuelos para ver al niño que limpiaba el astroso piso de linoleo de su consulta. Alzó un poco los pies para que el niño pudiera limpiar alrededor de la silla giratoria donde se sentaba dando la espalda al anticuado escritorio de tapa corrediza. El pie izquierdo del viejo estaba metido en un molde de grueso yeso.

El niño no dijo nada. Barría rápidamente y con descuido. Le asustaba el doctor Edwards. Todos los muchachos del barrio temían al viejo e incluso los padres miraban al anciano con un poco de sospecha. Y sin embargo el doctor Edwards era el tipo de hombre de los que se dice que no matan a una hormiga.

El doctor Edwards no era médico. El gran diploma que colgaba en un marco de la pared encima de su escritorio simplemente certificaba su ciencia y habilidad para fabricar "medicinas naturales". Hace muchos años se hubiera llamado un herbolista, pero esa profesión había quedado casi exterminada por la Ley de Alimentos Puros y Drogas y las Juntas Médicas Estatales. El viejo se las había arreglado, no se sabía cómo, para vivir, y a través de la vidriera del local comercial donde tenía su consulta, en la calle Vine, junto a la Cía. de Mudanzas y Almacenes Apple, anunciaba al mundo en caracteres amarillos y negros toscamente pintados: MEDICINAS NATURALES

"El cáncer, las enfermedades de la sangre y otras enfermedades poco naturales son causadas por los torpes manejos de médicos ignorantes y por las pruebas atómicas que envenenan al mundo", gruñó el viejo. "Hace 25 ó 35 años nadie hablaba de esas cosas. Fíjate ahora cuántos niños nacen con cabezas enormes y sin ojos y con los brazos y las piernas torcidos". Aunque no era la primera vez que el niño oía la conferencia, se estremeció y barrió más aprisa, levantando una nube de fino polvo. "Las bombas atómicas y los productos químicos", maldijo el doctor Edwards, "eso es lo que tiene a todo el mundo enfermo".

La consulta, una tienda de víveres reformada, estaba aislada de la vista del público por una cortina negra que colgaba detrás de la estrecha vidriera que daba a la calle. La vidriera estaba repleta de objetos de interés al parecer infinito para los niños y algunos adultos del barrio. Siempre había alguien parado frente a la sucia vidriera, manchada por la lluvia, mirando a la colección de maravillas naturales del doctor Edwards, entre las que había varios tipos de escarabajos disecados, una polilla [illegible] pulgadas de ala a ala y que había criado moho, una salamandra en salmuera, un gato disecado de franjas grises con un solo ojo, amarillo, y montones de misteriosas raíces medicinales y hojas secas. El viejo no había cambiado la decoración de la vidriera durante los diez años que había ocupado la mezquina tienda en la esquina de Vine y calle 57.

Se puso de pie para respirar un poco de aire fresco cuando el niño abrió la puerta para echar la basura en la calle. La calle Vine, adoquinada, estaba desierta, con excepción de un tranvía verde y amarillo de la línea 30, cuyos goznes chillaban, que venía a distancia acercándose penosamente a la calle 40 y Market, como caminaba el doctor Edwards con su pierna partida. Fuera del ruido de los tranvías, que debían pasar cada quince minutos, pero que en realidad lo hacían con mucha menos frecuencia, el único ruido en aquella sombría cuadra de Vine lo hacía la orquesta de los Elks que practicaba dos veces a la semana al otro lado de la calle, y los ruidosos rezos de los fieles todos los domingos en el Primer Tabernáculo Nacional de Dios en Cristo. Las roncas voces de los borrachos que se paraban frente al Club de los Elks no podían competir con el férvido palmear y golpear del suelo con los pies que llegaba de la iglesia.

El viejo vivía sol en la parte de atrás de la consulta. Rara vez salía y cuando cerraba la consulta, una pálida luz eléctrica que brillaba por sobre los bordes de la cortina negra de la vidriera revelaba su presencia. A veces subían una esquina de la cortina y la cara del viejo miraba a la calle, con sus espejuelos. Si había niños en la vidriera, la vista inesperada del anciano los sumía en el silencio y se alejaban rápidamente, a pesar de la sonrisa que comenzaba a dibujarse pálidamente en la cara del doctor.

Pocos en West Philadelphia consideraban al viejo un sustituto satisfactorio de un verdadero médico. Y sin embargo, siempre tenía pacientes. Un grupo abigarrado de blancos pobres, y de negros más pobres aún, lo visitaba regularmente. Que pusieran mucha fe en sus extraños remedios no era muy seguro, pero era evidente que sus medicinas les costaban mucho menos que las que recetaban los médicos de verdad.

El muchacho empujó el montón de basuras por sobre el pavimento de cemento rajado hasta la alcantarilla, mientras el doctor Edwards se inclinaba sobre el quicio de la puerta, mirando. Se le había partido la pierna hacía dos semanas, al resbalar sobre un adoquín mojado cuando cruzaba la calle Vine. El pesado molde de yeso le hacía difícil moverse, y pagaba tres dólares a la semana al muchachito para que viniera a barrer y a hacerle mandados todos los días, cuando saliera del colegio. Sobre todo, le humillaba la pierna fracturada, porque a pesar de todos los remedios de la naturaleza, tuvo que llamar muy a pesar suyo a un médico para que le redujera la fractura.

"Entra, Ronnie", le gritó al niño, que terminaba de barrer. El niño obedeció, aunque hubiera preferido irse a su casa. No se sentía tranquilo con el viejo, si bien éste siempre era bondadoso con él. Había algo en la consulta que lo deprimía. Era oscura y había un poco de mal olor, y eran tantas las cosas que el médico había marcado con una calavera y dos tibias cruzadas, para advertir el veneno, que tenía miedo tocarlo todo. Pero al viejo le gustaba la compañía del niño y no se cansaba de enseñarlo. Rara vez le contestaba nada más que "Sí, señor".

Se decía que el viejo tenía dinero. Si era cierto, la forma en que vivía no lo revelaba. "A lo mejor se lo gasta con jovencitas", oyó Ronnie una vez que una vieja le decía a su tía. "Tú sabes que los viejos se vuelven locos por las muchachitas", decía la vieja con aire misterioso y sapiente. El niño comprendía poco. A veces venían mujeres jóvenes a la consulta, pero parecían venir buscando las medicinas del médico, como todo el mundo. Una vez habían visto llegar a una muchacha bonita a tocar a la puerta del anciano, al anochecer. Este le había abierto, como si la conociera, pero nadie la ha visto volver. Se decía incluso que el viejo tenía una hija que venía a verlo cuando quería dinero. Fuese lo que fuese, el niño sabía que nadie había venido después que se rompió la pierna.

Al viejo le preocupaba la merma de su existencia de hierbas con las que hacía medicinas. "Tengo que conseguir más, de algún modo" le dijo a Ronnie. "Tengo que salir y moverme". Se sentó al escritorio de tapa corrediza, pensando. De pronto se le iluminó la cara. Buscó algo entre el desordenado montón de papeles sobre la mesa. De pie al lado de él, el niño veía las manos buscando frenéticas entre los papeles arrugados. Como encontrara lo que buscaba sobre el escritorio, el anciano sacó una llave del bolsillo del pantalón y abrió una de las gavetas grandes del fondo del escritorio.

En medio [illegible] montón de papeles había una jarra grande de barro. El viejo [illegible] los echó sobre el escritorio, dejando la gaveta abierta. Respiró aliviado cuando encontró lo que buscaba, un pedazo roto de papel con una dirección garrapateada. La curiosidad hizo al muchacho abrir la gaveta un poco más para ver lo que tenía dentro la jarra. El viejo, que escribía una nota con su pluma en un pedazo de papel malo, no se dio cuenta.

Ronnie alzó la jarra para que le entrara la luz y miró con detenimiento. Algo parecido a una lagartija, blancuzco con ojos muy cerrados y protuberantes, flotaba en alcohol. El viejo se volvió de pronto en la silla giratoria. "¡Deja eso!"

El niño dejó caer la jarra, que golpeó duramente el suelo, pero no se rompió. El líquido se enturbió, y la cola que envolvía la criatura tembló ligeramente. Edwards recogió la jarra del suelo y volvió a ponerla rápidamente en la gaveta. "Quería ver lo que tenía", protestó débilmente Ronnie.

Los ojos del viejo brillaron a través de los gruesos cristales de los espejuelos, pero la ira había desaparecido. "Es para mis estudios científicos", explicó. "Ya te dije que no debes andar con mis muestras".

"Nunca había visto eso", dijo Ronnie. "Debe ser un monstruo".

El viejo se rió entre dientes. "Para que lo sepas, es un embrión".

"¿Qué cosa?"

"Un niño antes de nacer", explicó el doctor Edwards.

"¿Un niño?", preguntó Ronnie asombrado. Pero no siguió, porque el viejo había vuelto al escritorio y continuó escribiendo la nota.

Cuando terminó, dobló el papel y lo puso en un sobre, lo dirigió a Mr. McCrae en la calle 60 y se lo entregó a Ronnie. El niño nunca había oído hablar de Mr. McCrae, pero le fue fácil encontrar la casa. Era un edificio pequeño de apartamientos, construido de ladrillos. Tocó el timbre marcado McCrae y subió las estrechas escaleras hasta el segundo piso cuando le abrieron la puerta por electricidad.

"Aquí te buscan, Harold", gritó la mujer que le abrió la puerta del angosto apartamento. La siguió por un pasillo a la sala en forma de cajón que dominaba un enorme aparato de televisión y un gran sofá. Hacía calor allí. La mujer, que no llevaba puesto más que un refajo, estaba descalza. Tenía las uñas de los pies pintadas del mismo rojo brillante que las de las manos. Un hombre alto y flaco salió del otro cuarto. Bostezando, recogió el sobre, lo rompió y leyó la nota.

"¿Con qué viene ahora?", preguntó ansiosamente la mujer, leyendo la nota por sobre el hombro del otro. "No te metas en líos por causa de él".

El hombre la empujó con rudeza. "Está bien", le dijo al niño, mañana temprano pasaré a recogerlo". Le interrumpió el timbre del teléfono. Anduvo la corta distancia hasta el teléfono y descolgó el receptor. Escuchó con atención y luego anotó una dirección. "Te salió un cliente", le dijo a la mujer, dándole un papel donde había anotado la dirección.

"¡Tengo que venderme en un taxi mientras tú te pones a andar por ahí con el doctor Edwards!" gritó ella indignada recogiendo las medias del respaldo de una silla. "Pues mira, te digo que me estoy cansando".

"Un poco más nada más, mi vida", le dijo Mr. Mc Crae, trayéndola hacia él, "y tendremos negocio propio y no habrá que salir a vender". Le cogió la cintura y le pasó la mano por las gruesas caderas.

"Está bien, lo que tú digas tú lo sabes", murmuró ella, sonriendo.

"Bueno anda, apúrate", dijo el hombre, empujándola. Le dio a Ronnie una propina de 25 centavos al despedirlo con la respuesta para el doctor Edwards.

Al viejo le encantó la respuesta. "Tenía miedo que me dijera que no", le confió al niño. "Hace meses quiso que le prestara un servicio, que ya yo no quería hacer". El viejo sonrió. "Tú vienes también, Ronnie. Tú me ayudas porque yo no puedo andar rápido. Verás, verás", parecía deleitarse con la idea, "te enseñaré lo que es el campo. El paraíso de la naturaleza".

El niño volvió a la oficina a las ocho y media de la mañana siguiente. Era sábado y su tía le había dado permiso, diciéndole que quizás el viejo le diera algún dinero de más. Cuando llegó el viejo estaba dando vueltas por la oscura consulta, preparando atareado el viaje. Junto a la puerta había un montón de botellas vacías y vasijas de barro, y una pila de canastas viejas.

Mr. Mc Crae no llegó hasta pasadas las diez. Ya el doctor Edwards estaba muy nervioso, murmuraba con impaciencia y se decía lúgubremente que el hombre no vendría. "¡Harold, me tenías asustado!", dijo con alivio cuando subió al Cadillac de Mr. McCrae. "Creí que todavía me la tenías guardada".

"No, doctor", protestó el hombre, "sabía que me necesitaba y siempre estoy dispuesto a ayudar a cualquiera que lo merezca, como Ud."

"[illegible] bueno, Harold", dijo el doctor. El viejo tuvo que montar [illegible] parte de atrás para poder estirar la pierna rota. El niño se sentó delante, muy impresionado por el automóvil, grande y negro. Nunca había montado en un Cadillac, ni siquiera en uno viejo.

Bajaron por la calle Vine hasta el puente sobre el Delawre, dirigiéndose hacia el estado de New Jersey. En cada luz roja que se les interponía, McCrae hacía girar el poderoso motor, esperando por la luz verde, entonces apretaba el acelerador con el pie yéndose bruscamente delante de los otros autos. Cada vez que lo hacía sonreía complacido.

Cuando rodaban rápidamente a través del alto puente de suspensión, un pesado hedor de petróleo se alzó de las aguas negras del río, a mucha distancia por debajo. Viraron hacia el sur cuando llegaron al extremo del puente donde comienza el estado de New Jersey. Atravesaron Candem rápidamente, bordearon Fort Dix y la Base Aérea de McGuire y luego la Estación Aeronaval de Lakehurst. El viejo cambiaba a cada momento de parecer sobre la dirección que debían seguir. "Vamos, doctor", dijo exasperado Mr. McCrae, "no puedo perder todo el día. Ida me está esperando para que la lleve a las tiendas".

"¿Qué voy a hacer", gritó el viejo desde la parte trasera del auto, "con todos esos montones de bombas atómicas? La guerra, la guerra, eso es todo en lo que piensa el país hoy en día".

Salieron de la zona militar y anduvieron varias millas junto a llanuras de arena y pinos enanos. "¡Mira la naturaleza, hijo mío!", le gritaba el doctor Edwards a Ronnie.

"¡Eso es lo verdadero, como lo hizo el Señor. Toda en paz y armonía!"

Se detuvieron en un café del camino para que Mr. McCrae pudiera tomar una botella de cerveza. El doctor Edwards no bebía nunca. Solía beber root-beer, pero la había dejado también, porque según él ahora la hacían de productos químicos venenosos, y no de verdaderas hierbas naturales. Después tuvieron que detenerse otra vez para que Mr. McCrae pudiera orinar detrás de un arbusto.

"¡ Es aquí, es aquí!", gritó el doctor, tocando a Mc Crae en el hombro y señalándole el borde del camino. Mr. McCrae sacó el Cadillac de la carretera y anduvo una corta distancia, dirigiéndose al pequeño lago. El viejo quería que Mr. McCrae siguiera un poco más por el áspero camino, alrededor del lago, pero éste se negó. "En este carro no", dijo enfático.

El viejo y el niño sacaron las botellas y los cestos de la maleta del automóvil y los colocaron debajo de un árbol. Entonces entraron lentamente en el bosque de pinos que bordeaba el lago mientras el doctor Edwards se recostaba pesadamente en el hombro del niño para apoyarse.

"¿No es verdad que hay paz aquí?", preguntó el viejo cuando se detuvieron un momento.

"Sí, señor", contestó el niño. A lo lejos podía oirse chillar el radio en el auto, donde Mr. McCrae los esperaba.

"Aquí no hay suciedad, ni muerte, sólo paz y armonía", dijo el anciano. "Si puedo ahorrar un poco de dinero, vendré a vivir en un lugar así donde se puede ser feliz y estar en paz consigo mismo y con el mundo".

En media hora llenaron dos canastas con tipos diferentes de raíces y hierbas. "¡Cógeme aquélla!", gritaba el viejo impaciente, y el niño corría y le arrancaba la planta deseada. Los sapitos verdigrises que el viejo quería eran mucho más difíciles de agarrar. Saltaban del fango a lo más espeso de las hierbas de la marisma que bordeaban el lago ante que Ronnie pudiera escurrirse por detrás y agarrarlos. Agarró una rana por equivocación. La gran rana, verde y amarillenta, estaba sentada sobre una hoja de lirio cerca de la orilla. Sacó la lengua en vano para agarrar un insecto cuando el muchacho fue a agarrarla. La lengua cayó pegajosa y fofa sobre la mano de Ronnie, para volver a esconderse en la ancha boca del animal. "¡Eso no es lo que te pedí!", gritó airado el viejo cuando el niño la enseñó la rana. Encogiendo los hombros Ronnie volvió a tirar la rana en el lago con toda su fuerza y a comenzar su búsqueda.

Había nubes de mosquitos en las aguas estancadas del lago. El doctor Edwards parecía no darse cuenta de su presencia, pero los brazos desnudos del niño estaban cubiertos de ronchas. Siguió, empero, obedeciendo las órdenes del viejo y las cestas y vasijas casi se llenaron.

"¡Ahí, ahí!", gritó el viejo, señalando un sapo que brincaba. El niño se deslizó por el fango tras el animalito, sintiendo cómo el cieno maloliente se le metía en los zapatos. Tropezó con una gran piedra chata y casi cayó a tierra. Inmediatamente se enderezó aterrorizado.

Detrás de la roca reposaba una serpiente negra, enroscada, con las mandíbulas muy abiertas, tratando de tragarse un ratón. Sólo había podido agarrar la cabeza y la pequeña cola parda del ratón temblaba todavía mientras la serpiente luchaba convulsivamente para tragárselo.

"¡Doctor, doctor!", gritó el niño. La serpiente no trató de huir. Estaba muy ocupada con su presa. El niño señaló la serpiente negra enroscada detrás de la roca cuando el hombre llegó, apoyándose en un palo.

"¡Criatura horrible!", exlamó y le lanzó el palo. El reptil se encogió un poco, pero continuó sus esfuerzos convulsivos para tragarse al ratón. "Odiosa bestia", maldijo el viejo y se bajo a agarrar la serpiente. Se dejó caer de rodillas en el fango, con la pierna mala estirada detrás de él grotescamente, mientras forcejeaba con el animal. La cogió por el cuello y la serpiente muy a pesar suyo vomitó al ratón, que cayó sin vida a tierra, con la cabeza aplastada y húmeda. El viejo golpeó con furia la cabeza de la serpiente una y otra vez contra la roca. Cuando por último la arrojó con asco en el fango, la cabeza era una masa pulposa e informe de carne magullada.

El niño ayudó al viejo, que temblaba, a levantarse. "Siempre quieren destruir algo", sollozó, mientras el niño le guiaba hacia el automóvil. Tenía el yeso del pie cubierto de fango. "Déjame sentar", dijo, cuando llegaron al automóvil, donde Mr. McCrae se había quedado dormido con el radio a todo dar. El viejo montó en la parte de atrás. respirando con dificult[illegible] manos y las piernas le temblaban. "Ha[illegible], llévame a casa", dijo.

"¡Vamos, vamos!", dijo Mr. McCrae, despertándose sobresaltado, Mr. McCrae y Ronnie cargaron apresuradamente las canastas y vasijas en el baúl del auto. Mc Crae volvió a la carretera y dio la vuelta en busca de Philadelphia.

Tuvieron que detenerse de nuevo en el café a la orilla de la carretera para que Mr. McCrae pudiera tomar otro trago. Esta vez se tomó dos whiskies, que el doctor Edwards pagó. El viejo habló poco en el auto. Encima de ellos, el cielo se estaba oscureciendo, como si se preparara una tormenta de truenos.

"Eres muy bueno por haberme venido a buscar y traerme al campo", dijo el viejo por encima del estrépito crujiente del radio.

"Que va, doctor, dijo Mr. McCrae, volviendo la cabeza ligeramente por encima del hombro para mirar al doctor Edwards, "acuérdese de todo lo que Ud. hizo por Ida".

"De eso ya hace mucho", gruñó el viejo.

"Sí, a Dios gracias", dijo Mr. McCrae. "Pero no se me olvidará", añadió.

"Ya no me dedico a eso, Harold", dijo el viejo, con una voz de extremo cansancio.

"No tiene que ocultarme nada, doctor", dijo Mr. McCrae. "Haría cualquier cosa por ayudarle". ¿No se acuerda que le dije que le traería todos los negocios que quisiera?"

"Ya lo sé" replicó el viejo, "pero ya no quiero seguir haciendo esas cosas".

"Usted es un hombre necesario, doctor", dijo Mr. McCrae. "Piénselo bien".

"¡No me hable más de eso!" gritó el viejo desde el asiento de atrás del auto, mientras atravesaban el centro de Candem. El viejo no dijo más nada hasta que llegaron a la calle 57 y Vine. "¿Cuánto le debo?", le preguntó a Mr. McCrae cuando se detuvieron de nuevo ante la consulta.

"Yo no le acepto dinero a usted, doctor", protestó el hombre. El doctor se dejó deslizar fuera del auto y rengueó hasta la parte de atrás para ayudar al niño a sacar las cestas y las vasijas. Mr. McCrae se apresuró a brindar su ayuda.

"Doctor, yo quiero ayudarlo, como usted quiere ayudar a otra gente".

El viejo refunfuñó y sacudió los hombros.

"Se lo digo de veras", dijo Mr. McCrae, tirando la puerta de la maleta cuando terminaron de descargarlo todo. "Le hablo en serio, doctor", suplicó. Comenzaban a caer las primeras gotas. "Estoy en un gran apuro. Le pagaré lo que quiera, usted lo sabe".

El viejo lo miró sin expresión en el rostro, a través de los gruesos lentes. "Tengo un problema serio, doctor", suplicó Mr. McCrae. Llovía fuerte. Cogiendo al viejo por el brazo le ayudó a llegar a la puerta. "Usted sabe lo que son esas cosas". El viejo masculló algo incoherente.

El niño entró las cosas poco a poco desde la calle. Cada vez que entraba a la oficina oía a Mr. McCrae discutiendo con el viejo. "He estado loco todos estos meses desde que usted me dijo que no, pensando qué es lo que voy a hacer. La muchacha era muy jovencita para ponerme a andar con ella, pero ¿qué iba yo a saber? Por Dios, doctor, ayúdeme".

El viejo siguió moviendo la cabeza, pero al fin dijo: "Está bien".

"¡Ud. me salva la vida!" gritó Mr. McCrae.

"¿Y mi vida?", preguntó el viejo, cansadamente.

Mr. McCrae salió de prisa. En menos de una hora regresó, arrastrando una muchachita delgada y tímida que parecía tener miedo de entrar en la consulta. "No te va a doler", aseguró Mr. McCrae a la muchacha cuando la hizo entrar en la oscura consulta. Paró a la muchacha frente al médico, que estaba sentado en su silla giratoria. "Imagínese, doctor", "no tiene más que diecisiete años. ¿Yo qué sabía?", tocándole uno de los grandes pechos a la muchacha a través del vestido de algodón estampado. "Si Ida lo sabe me mata". Q

"¿Acaso yo te dije que se lo iba a decir?", preguntó la muchacha. "¿Por qué no me dejas tranquila? No te voy a molestar. Te lo juro".

"Sí, babby, pero es mejor así para todos", le dijo Mr. McCrae, empujándola para que se acercara al doctor. Se sobresaltó, sin apartarse, cuando el viejo le puso la mano en el vientre y la reconoció delicadamente. No del todo satisfecho, se puso de pie y llevó a la muchacha a la habitación que destinaba a cocina.

"Esto está muy mal", dijo con ira a Mr. McCrae cuando salió de la habitación. "Está muy adelantada".

"Vamos, hombre, no diga eso", protestó Mr. Mc Crae, "no diga eso. Si cualquiera puede hacerlo, Ud. también puede".

"Si me dejaran en paz", suspiró el viejo sentándose [illegible]damente en su silla gira[illegible] "¿Puede hacerlo esta misma noche?", preguntó Mr. McCrae con ansiedad. El doctor Edwards asintió pesadamente con la cabeza. "Se la traeré después de comida", dijo Mr. McCrae, llevándose tras sí a la muchacha con sus largas piernas.

El niño ayudó al viejo a arreglar la cocina y hervir algunos instrumentos oxidados en una cazuela de esmalte blanco. El viejo colocó una almohada sobre la mesa de la cocina y trajo del traspatio una batea de estaño galvanizado. "No me siento bien", le dijo al niño. Abrió un frasco de una de sus medicinas y bebió largamente el líquido espeso y carmelitoso. No pareció hacerle ningún bien. "Si pudiera pensar claro, todo andaría bien", dijo el viejo, tomando otro trago del frasco medicinal.

Dio a Ronnie cuatro dólares por la semana en lugar de los tres habituales. "Te has portado bien", dijo el viejo, "no creas que no me doy cuenta".

"Si quiere me quedo, doctor", se ofreció el niño.

"No, no, Ronnie" dijo con firmeza el viejo. "Vete en seguida. Tu tía debe estar esperándote". En el momento en que el niño salía, el viejo le dijo: "Pero date una vuelta mañana, a ver si necesito algo".

"Sí, señor", repuso el niño cerrando la puerta al salir, y dejando al viejo en la oscura consulta.

El niño no regresó hasta pasada la una de la tarde, el día siguiente. Era domingo y tuvo que ir primero a la Iglesia Metodista del Monte Pisgah, en la calle 57, con su tía. Tan pronto terminó el largo servicio y salió todo el mundo, se le desapareció a la tía, que estaba hablando con otras señoras en la acera frente a la iglesia, y llegó corriendo a la calle Vine. Todavía duraba el servicio, que parecía no terminar nunca, en el Primer Tabernáculo Nacional de Dios en Cristo cuando dobló la esquina.

La puerta del doctor Edwards tenía la cerradura sin pasar. Ronnie la abrió y llegó dando un traspiés donde estaba el viejo, sentado en la oscuridad en su silla giratoria. El saco blanco que se había puesto estaba todo salpicado de sangre.

El viejo miró al niño en silencio y cuando éste le dio las buenas tardes no le contestó. Anchos regueros de sangre oscura salpicaban el piso de linóleo que conducía a la cocina. El doctor Edwards tenía la pierna buena cruzada sobre la otra, metida en el molde de yeso, pero los ojos del niño pudieron ver que el yeso estaba cubierto de grandes manchas color pardo. El viejo le seguía la mirada. "Quería limpiarla", terminó débilmente.

El niño siguió la huella de la sangre hasta la cocina. También en el piso de la cocina había un gran charco de sangre negruzca. Sobre la mesa de la cocina estaba el cuerpo inerte de una mujer, con las largas piernas desnudas muy abiertas y colgando en el vacío. Las sucias paredes amarillo crema de la cocinilla estaban cubiertas de manchas y salpicaduras de sangre. La batea de estaño estaba en el lavadero. En el fondo reposaban algunos pedazos oscuros de carne desgarrada en las que una vez hubo vida, y una cosa grande, blanca e hinchada de manotas entrecruzadas.

"¡Doctor!", gritó el niño, corriendo a la otra habitación, "hay que hacer algo!".

"Yo no he hecho nadá", gimió el viejo. "Fue una cosa natural. Eso se ve". El doctor Edwards estaba sentado impasiblemente en su silla giratoria, mirando a la nada. El niño le tiró los brazos, pero no obtuvo respuesta. El viejo no se movía. "El Señor es terrible y justo", murmuró el doctor Edwards cuando el niño salió corriendo de la consulta.

Llegó a la casa y se lo dijo a la tía. "No quiero que te metas en líos"; dijo la mujer asustada. A pesar del miedo, lo acompañó a la estación de policía.

"Nunca oí nada semejante", dijo el sargento irlandés de la carpeta, con los ojos muy abiertos.

"¡Pues vaya Ud. mismo y convénzase!", replicó la tía iracunda.

Todo estaba como el niño había dicho. El doctor Edwards no se había movido. Caminando con pasos fuertes entre la oscura consulta y la cocina, los policías no parecían darse cuenta del viejo.

Cuando varias horas después trajeron a Mr. Mc Crae pensaron de veras en que el viejo existía. "¡Fue él, fue él!" chilló Mr. McCrae. "¡Fue él quien la mató, yo no fui!" Luchaba en balde con los dos gruesos policías que lo tenían agarrado por los brazos. "¡Soy inocente!", gritaba indignado. "¡Fue él!".

"¡Cállate, chulo!", dijo uno de los policías, dándole una bofetada con fuerza.

El viejo no se movía. "¡Doctor, doctor!", le suplicaba el niño, tirándole del brazo. "¡diga que no fue Ud.!".

"¡El asesino!", gritaba Mr. McCrae histérico. Uno de los policías lo golpeó en la cabeza con el palo. Sollozó con fuerza, pero no volvió a hablar.

Después que los detectives y el ayudante del fiscal, con la mitad del vecindario, hubieron examinado el cadáver, vinieron unos hombres y se lo llevaron para el necrocomio. Los dos policías arrastraron a Mr. McCrae, a pesar [illegible] protestaba de su inocencia. El ayudante del fiscal fue adonde estaba el viejo y le dijo: "Venga, doctor, vamos a llevarlo a un lugar donde nadie le molestará".

"Sí", replicó el doctor Edwards, poniéndose de pie, "necesito la paz del Señor. Si sólo pudiera estar en paz con la naturaleza, yo sería feliz, como quiere el Señor" El viejo musitaba al salir rengueando de la consulta, apoyado en el brazo del ayudante del fiscal, para dirigirse al carro color rojo brillante de la policía que esperaba a la puerta.

Ronnie fue varias veces a visitar al doctor en la cárcel. Los primeros días no querían dejar que lo viera, pero luego se lo permitieron cuando supieron quién era. La tía le hizo paquetes de comida para que los llevara al viejo. "El no es malo", decía la tía, "digan lo que digan". Entonces enviaron al doctor Edwards a Glen Echo, al Hospital de Delincuentes Perturbados, donde le dieron a cuidar un jardín pequeño y pulcro cerca de la alta tapia, y era un recluso modelo, menos aquellas noches de agonía en que él y Dios luchaban con un problema que ninguno de los dos parecía poder resolver.

EN EXPLICACION DE NUESTROS TIEMPOS

POEMA DE LANGSTON HUGHES

Las gentes sin rótulos delante de sus nombres ....
en todo el mundo
se están alzando y respondiendo
a las gentes llamadas *Mister*

¿Dices que tú pensabas que todo el mundo se llamaba *Mister*?
No, hijo, no todo el mundo
En el Sur a menudo no llaman a los negros Mister.
En China antes de lo que pasó
no tenían la intención de llamar a los coolies *Mister*
Del Sur a Singapur, desde el Cabo a Hong Kong
los *Misters* no llaman a mucha gente *Mister* .. ....
Los llaman, ¡Oiga George!
¡Oye, Sallie!
¡Atiende, Coolie!!
¡Apresúrate, chico!
y cosas como estas.
George Sallie Coolie Chico se cansan a veces
y en todo el mundo hoy
gentes sin siquiera el *Mister* delante de sus nombres
se agitan y responden
a aquellos que se llaman *Mister*
Desde Harlem pasando por Hong Kong hasta el Cabo responden.
Cállate, dice el Senador Eastland.
Cállate, dice el Gobernador de Carolina del Sur.
Cállate, dice el Gobernador de Singapur.
Cállate, dice Verwoerd.

¡Al diablo, no te calles! dice el pueblo
sin rótulos delante de sus nombres.
¡Qué diablos, no! Ahora es la hora de responder.
La Historia dice que llegó la hora,
y el radio, también, humeante de propaganda
se llena la boca y habla mucho
sin sentir la mitad de lo que dice
pero es de cualquier modo cierto:

¡LIBERTAD!
¡INDEPENDENCIA!
¡DEMOCRACIA!

Cierto de todos modos, no importa cuantos
falsarios usen estas palabras.

Las gentes sin rótulos delante de sus nombres ....
oyen estas palabras, las repiten gritando
a los Misters, a los Lores, a los Generales, a los Virreyes,
a los Gobernadores de Carolina del Sur, a Eastland, a Verwoerd.
¡Cállate, pueblo!
¡Cállate, cállate!!
¡Cállate, George!
¡Cállate, Sallie!
¡Cállate, Coolie!
¡Cállate, Indio!
¡Cállate, Chico!

George Sallie Coolie Indio Chico
negro mulato amarillo inclinados bregando
ganando riquezas para el mundo entero
sin título delante del nombre
sólo hombre y mujer cansados diciendo:

¡No nos callemos!
¡Qué diablos, no nos callemos!

Es claro que haya conflictos
en estos nuestros tiempos
a causa de esa gente sin rótulos
delante de sus nombres.

A LOS QUE SOBREVIVIERON A JOSEPH E. MANDERS

POR SARAH E. WRIGHT

A la gente de Shuykill le gusta pasear los domingos
por la orilla del río. Y así, seguramente ,
ahora cuantos lo vieron recuerdan claramente;
pero quizá de ellos algunos olviden pronto,
y serán otros los que, con autoridad de segunda mano,
(pues no tuvieron la suerte de estar allí ese día),
se llenarán la boca, señalando en la fría
líquida sombra, el exacto punto sub-urbano
donde la muerte parió un héroe.
¿Y nada más? así es como se vuelve
demasiado a menudo, el grande hombre
en un tópico de conversación, y nada,
nada. más. Tan solamente, un nombre:
Joseph E. Mander, Senior
y la gloria comprada
al precio de su vida, de lograr que lo digan,
lograr que lo bendigan
mientras toman el té, gente bien educada.
Y eso no está bien. No debe permitirse.
Algo debe decirse
A propósito de Joseph E. Mander, Senior,
y la razón de su muerte,
pues tan alta razón no ha de correr su suerte:
no ha de permitírsele, a ella también,
perderse en la muerte.
Ayer, ¿quién lo conocía?
¿Quién quería conocerlo?
Para algunos de ustedes, los de Shuykill
(y es a ustedes que les hablo)
era un negro cualquiera,
caminando por las calles de un barrio de negros,
manteniéndose cuidadosamente dentro de los límites
trazados a los negros
por vuestra sociedad de blancos.
No se le hubiera ocurrido buscar casa en un barrio
de blancos;
hay muros más altos que los de piedra,
cercas con más púas que las alambradas,
muros de miedo,
cercas de odio
—¡Vuestro odio! ¡Vuestro miedo!
¡Vuestra voluntad, [illegible], ahogándolo,
obligándolo
con toda la fuerza de vuestro poderío económico,
con todo el aplastante poderío de vuestras leyes,
a quedarse en aquel pedazo de tierra
—Aquel precisamente y no otro—
y procurar que le alcanzara
para criar sus tres muchachos y el que estaba en camino
a prudencial distancia de vuestros niños blancos.
Y luego, después del tiempo
cuando no lo conocíais, en esa hora tan breve—
antes de convertirse en vuestro héroe favorito,
Joseph E. Mander, murió—
pero no murió sin razón y sin causa,
no murió comoquiera,
que murió demostrando la verdad que tantos han tratado
de borrar a fuerza de sangre.
¿Remember Varsovia?
¿Remember Gettysburg?
¡Recuerdan la sangre!
¡Ríos, años de sangre!
Roja sustancia de la vida humana
anegando vuestras conciencias,
tratando de ahogar la fraternidad,—
la gran fraternidad humana que a pesar de vosotros
vive y no muere!
Vive, — y Mander lo sabía.
Lo sabía, — y murió por demostrarlo.
Murió por vosotros -
y vuestro recuerdo de sangre.
Pues sucedió que a uno de vuestros niños blancos
cuando el miedo al inmenso silencio solitario de la muerte
le arrancó un grito de angustia,
se le importó muy poco que fuera el negro Mander
—Mander, el negro—,
quien se tirara de cabeza al río
con toda la ropa puesta,
y con sus manos negras

—con su vida negra—,
apresara la manita blanca
para llevarla de vuelta a la vida,
aunque el precio de ese retorno fuera
su propia vida negra.
Y es necesario que se diga
que este negro que al precio de su propia vida dio la vida
a un niño blanco,
es todavía más padre suyo que su padre por la sangre;
que entre los hombres que han engendrado
por la carne y la sangre es más padre este otro, este negro
que pudo dejar solos a los hijos de su carne,
a los herederos de su sangre,
por rescatar a uno que no era hijo suyo
y cuya supuesta "superioridad"
bien puede un día negarles
—a sus hijos por la carne, a su propia carne—
el derecho pleno a la vida en igualdad absoluta.
Ahora bien, yo he visto monumentos:
grandes moles geométricas de piedra,
torres sin vida levantadas en un esfuerzo por mantener
vivos a los muertos;
y os he visto a vosotros, la buena gente blanca,
ansiosos de despachar vuestra deuda hacia Mander
y sus sobrevivientes (unos 16 millones de sobrevivientes),
con un cheque llenado aprisa,
y unos cuantos discursos altisonantes.
Si nada espectacular se aparece a última hora
reclamando los momentos que separasteis para
el gesto magnánimo,
sé que recordaréis a ese negro Mander el tiempo suficiente
para alzar en su honor un monumento de piedra—
un símbolo sin vida
en pago definitivo por su vida.
Pero quiero preguntar:
¿No puede acaso alzarse un monumento vivo?
¿Un monumento que respire y aliente?
Un pueblo que agradece es más grande
que todas las pirámides de piedra
amontonadas geométricamente en nuestro ancho mundo
siempre en espera;
una gente que agradece
crece,
y sabe que hace bien cuando deja que sus monumentos
crezcan naciendo de su propia vida.
Y yo preguntó,
¿es que no alentará por Mander un monumento semejante?
¿Un monumento surgido de los corazones
que han aprendido la gran verdad de la fraternidad humana
que Mander les demostró muriendo?
Y yo preguntó:
cuando salgáis de paseo los domingos
a ver la primavera que este año no llegará
para Joseph E. Mander, Senior,
y señaléis en la fría
líquida sombra, el exacto punto sub-urbano
diciendo. Allí fue —donde murió un héroe—
¿no volveréis la mano para golpear vuestro propio pecho
y decir con argullo,
—¡Y aquí, en este corazón, es donde vive!



SARAH E. WRIGHT

Sarah E. Wright nació en la parte este de Maryland, en una pequeña aldea llamada Wetipquin. Se mudó a Filadelfia, en Pennsylvania, en 1950, después de completar sus estudios en la Universidad de Howard, en Washington, D. C. Amplió estudios posteriormente en la Universidad de Pennsylvania y en el Cheyney State Teachers' College.

Sus trabajos han aparecido en varias antologías y publicaciones periódicas. Entre ellas, la revista "Tomorrow" y la "National College Anthology". También en periódicos en Washington y Filadelfia. Mientras estudiaba en Howard, desempeñó distintas posiciones editoriales en dos periódicos estudiantiles, y colaboró en otras publicaciones del mismo tipo.

Desde que trasladó su residencia a New York City, en 1958, ha estado muy activa en el Círculo de Escritores de Harlem, un taller dedicado a la crítica constructiva del trabajo que están desarrollando sus miembros. Es también un miembro activo de la American Society of African Culture.

MUERTE DE UNA DAMA

POEMAS DE LUCY SMITH

La señora Fitzhugh-Sykes
(Mrs. Fitzhugh-Sykes)
murió ayer de repente
en su aristocrática mansión;
causa: un ataque al corazón
cuando su criada,
tan bien educada,
tan bien mandada,
(un diamante negro, su criada),
al preguntarle si quería limpiar lo que había he-
(cho el perro,
inesperadamente,
inexplicablemente,
repuso: —¡Carijo, no!

EL ROSTRO DE LA MISERIA

Nadie podrá explicarte
de qué está hecha la miseria
nadie podrá decirte ni la forma
ni la profundidad
ni la latitud
de la miseria
nadie podrá hacértela entender
tendrás que vivir con ella si quieres entenderla.

Nadie podrá llevar tus dedos
sobre el borde de las cuencas de sus ojos
sobre sus mejillas hundidas
hasta que un día quizás
en la cara de tu mujer
que fué tan bonita
ves las facciones de la miseria
hasta que palpas en su cuerpo
los huesos salientes
las costillas
los pechos colgantes y encogidos de la miseria.

La miseria puede ser un desconocido
en un país lejano
una cara extranjera
vista a medias fugazmente
en el noticiero de un cine de barrio
el tazón de arroz vacío
en una huesuda mano amarilla
hasta que un día
te asomas a la ventana

y ves a la miseria sentada ahí en el traspatio de
(tu casa.

La miseria llora por la noche
la miseria no sabe cuánto cuesta un litro de leche.

Es la desesperación en el rostro de tu hija de quin-
(ce años
que después de hacer el curso con vestidos here-
(dados
regalados
vestidos viejos arreglados
quiere uno todo suyo para ir a la fiesta de gra-
(duación
y que sea nuevo.

Es la copa de olvido que venden en la barra.

Y la voz de la miseria es el sarcasmo de tus no-
(ches
"puedes hacer otro hijo
puedes gastar todavía menos en comer
y así tendrás con qué comprar contraceptivos
puedes dejar que tu mujer vaya sola por las calles
(de un barrio dudoso
a cumplir su cita renuente con un instrumental
(sucio
o puedes dormir solo".

Y una mañana afeitándote miras en el espejo
y más nunca te será extranjera la miseria
pues su rostro no asoma ya por encima de tu hom-
(bro
sino que está allí en el espejo
y es tu propio rostro
con tus propios ojos te están mirando los ojos de
(la miseria.

Y oyendo cómo se quiebra la voz de tu mujer
cuando ya todo está dicho entre ustedes
de noche entre las sábanas (si es que hay sábanas),
comprendes de golpe que en algún momento
en algún lugar
en algún punto de vuestra historia
se traspapeló el final acostumbrado
y ya no pides
que tú y ella vivan felices
sino solamente
que tú
y ella
y los hijos tuyos y de ella
esto solamente y nada más
sigan viviendo.



LUCY SMITH

Lucy Smith nació en Wilmington, Carolina del Norte, pero vivió en Filadelfia desde la infancia. Recibió su educación formal en las escuelas públicas de Wilmington y Filadelfia.

Hablando de las experiencias que han tenido un efecto más profundo en su personalidad literaria, Lucy Smith frecuentemente cita las marchas aterrorizadoras del Ku Klux Klan a lo largo de la calle en que ella vivía en Wilmington, y el episodio —que en Cuba no provocaría asombro ni comentario alguno, pues entre nosotros es normal—, de que fue testigo en un viaje a New York, a la edad de cuatro años: ¡en el ómnibus, un hombre blanco se levantó para ceder su asiento a una mujer "de color"! El primer recuerdo es una amarga lección sobre la actitud social de una grande e influyente sección de la población blanca de los Estados Unidos.

NICK CHARLES HABLA DESDE LA MUERTE

POR LEROI JONES

...Y qué es lo que sabes
de esto? Oculto
mi rostro, mi voz ceñida
a la pesada niebla del invierno. Si
me allegué a ti, abandoné esta isla lluviosa
y me allegué a ti; ahora que soy joven
y tengo la vehemencia en los dedos para decir
te amo y ni siquiera puedo reconocerte.
¿Qué es lo que sabes de mí? (Sólo
que amo el color, el movimiento, el aire fino
y alto de la noche? ¿las partes reconocibles
de ti misma?

Tan solamente amamos a los héroes, a la muerte gloriosa
en la batalla. Muros escalados,
puentes que arden detrás de nosotros destruyendo
todos los caminos del regreso. Todo, retirada. Como si
algunas cosas fueran permanentes. Como si la luna
se nos acercara todas las noches
(y pudiéramos verla
desde los bastiones). Como si
hubiera algo cierto
o amoroso
en nuestras vidas.

El triste,
prolongado
movimiento del aire
abatiéndome el rostro. Mentiras,
fragilidad, rencor
a mí mismo. A ti
por no comprender
esto. O por no
despreciarme
por las razones justas. Estoy
tan cansado, ¡ay!,
como lo está la noche. Como
lo están los días esquivos,
cuando tenemos que verlos
envejecer
y oscurecerse.

2
Pienso
en un baile. Uno que yo pudiera
inventar, si hubiera
música. Si
tocaras para mí, alguna
música ligera. Couperin
con laderas amarillas. Ravel
mientras beso tu pelo. Lociones
de Debussy.

¿Qué me impulsa? Colérico por su lamento;
la quietud delicada de mi tristeza. La intemperie.
Mi rostro azotado por el viento, rostros, deseos,
encantadoras damas chinas
barriendo las aceras. (Y esto no es
lo que quiero decir. No es lo que deseo para ti. No,
definitivamente).
MUSICA, el único terror a este día ligeramente borroso.
Emoción, Palabras.
Desperdicio. Ningún placer definitivo.
Sin luz bajo mis dedos. La estancia. Las
paredes, silenciosas y muertas. Sin
Música.
Si hubiera
un baile. Para nosotros
realizarlo; tus dedos
en mi rostro, tu rostro húmedo
de lágrimas (o silencio. Para nosotros
formarlo en este aire denso. Rasgando
el silencio, lastimando la oscuridad
con el pretexto de nuestros movimientos. ¿Desnudez?
¿Grande saltos

en el aire? Piruetas enormes; empañada la luna
en los lagos antiguos. Finas trompas
y la risa.

3

¿Puedes oirme? ¿Sabes
quién te habla? ¿Me
conoces? (Ni siquiera
tu amante. Temeroso de ti, tu súbita
locura. Tus manos
sin anillos. Tu pelo
oculto. Ni siquiera
tu voz es verdadera. O
bella.
(No podría decir
lo que teníamos.) Cierto
desprecio envuelve
tus palabras.

4

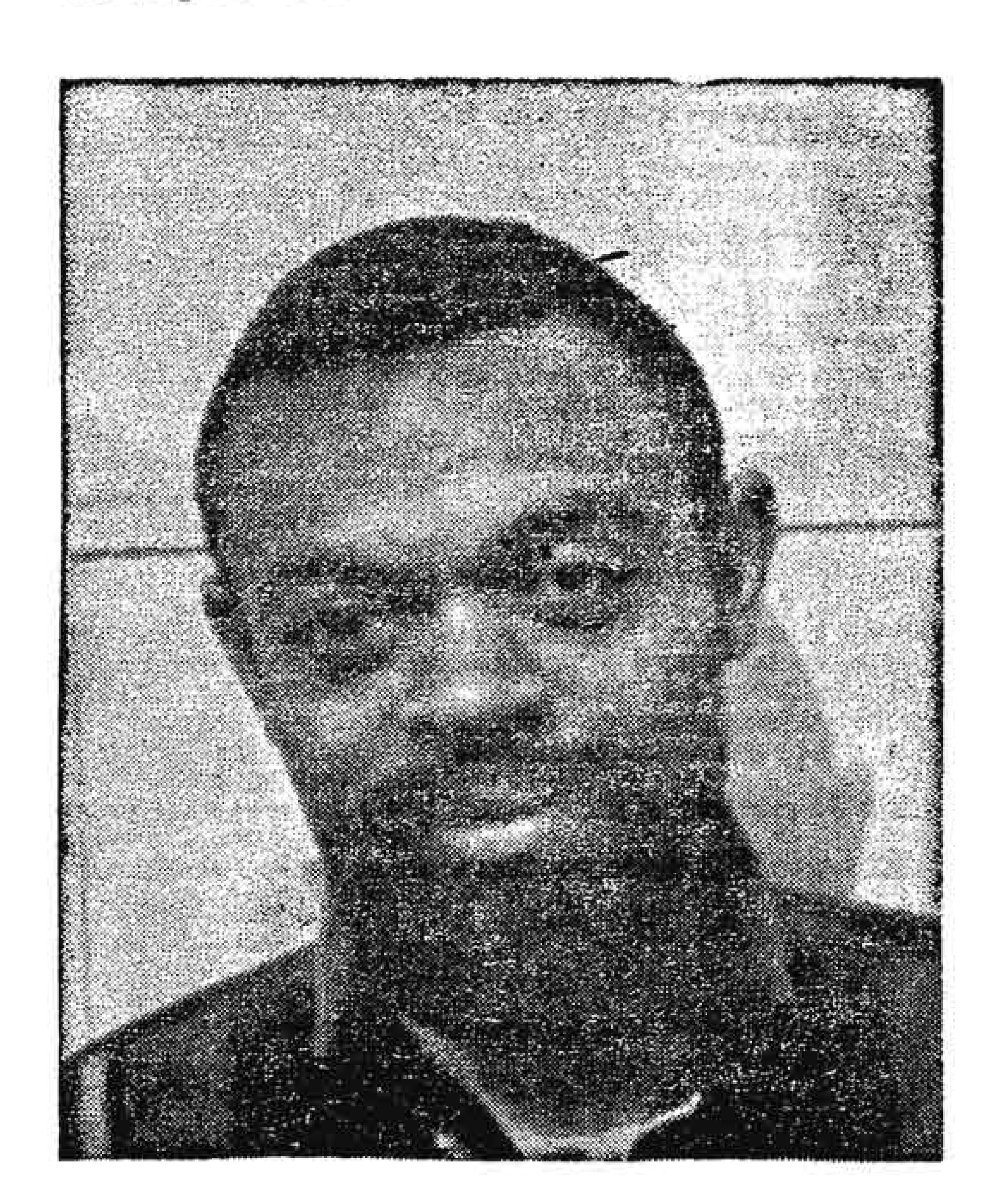
Oscurece
a tu alrededor. Y estas palabras
no son la música. No incitan
a bailar. (Parado, torpemente
ante la ventana, miro
la luna. El harapiento humo
alzándose contra
el sudario
de la noche.
Rielas como aquellas palabras
que escasamente escucho. Tu rostro
desdibujado en palabras. "Amame, ay,
ámame." La ventana da frente a la noche y no siempre
hablamos.
¿Qué formas se deslizan por el cristal?
En la pared
sólo sombras. Bajo
mis dedos, siguiéndome
con el mismo sonido de vidrios
que se quiebran sobre rocas. Clamas
en la noche,
y sólo te responde
la luna.

5

La casa está situada
entre edificios rojos. Y una campana
se mece en el aire nocturno. La luna
se coloca sobre el río Norte, por debajo
de un puente azul. Botes y ancianos
cruzan la oscuridad. No necesitan
ojos. Avanzan lentamente
hacia la larga línea negra
del horizonte. Pisadas; la
marejada sucia retrocede. Los pájaros marinos
incendian la negrura.

Solo, me siento en casa, sin
recuerdos. No podría mentir
y decir lo que pienso de ti. Simplemente me siento
y me hastío, sin reparar siquiera
en el cielo que la mañana alumbra.

Y ahora
duermo
y no serás capaz
de despertarme.



LEROI JONES

Contribuye este joven poeta norteamericano al número especial de LUNES dedicado a la literatura negra en los Estados Unidos con un poema que a pesar de estar segmentado mantiene su unidad en el lirismo hondo que transitan los versos. Jones tiene 25 años, publica la revista de poesía "Yugen" y vive en Nueva York con su mujer y una hija. Jones es un negro del Norte; nació en Newark, N. J., y su lucha contra la sociedad en que vive es la misma que sostiene la "generación vapuleada". Jones, conjuntamente con un grupo de artistas de esta generación, incluyendo a Kerouac, publicaron el año pasado a raíz del triunfo de la Revolución cubana un folleto de poemas titulado "Fidel Castro, Enero 1 de 1959", en el que señalaban el enorme peligro que era para Cuba nuestra proximidad a las costas imperiales.

SANTA CLAUS ES UN BLANCO

POR JOHN HENRIK CLARKE

Cuando salió de la casa grande en que su madre era criada, iba contento. Ella lo había abrazado amorosamente y le había dado —¡por primera vez en su vida! una moneda de veinticinco centavos. "Haz tus compras de Pascuas" le había dicho ella. "Cómprale algo a Papá, algo para bebita y algo para tía Lil. Y algo para Mamá también si te queda dinero".

Ya había decidido cómo dividir su fortuna. Un níquel para el regalo de Papá, otro níquel para la Bebita y otro para tía Lil. Y diez centavos completos para el regalo de Mamá. Algo bello y lujoso, como un collar de perlas del Ten Cent.

Sus piernas gorditas se movieron rápidamente mientras se dirigía a la calle comercial. Aunque estaban a mediados de diciembre, el cálido sol del Sur hizo que el sudor inundara su negra carita. Estaba tan feliz... tan excesivamente feliz! Se movió sin esfuerzo sintiéndose ligero y libre, como si el viento se lo fuera a llevar al cielo, para que todo el mundo pudiera verlo allá arriba: Randolph Johnson, el negrito más feliz de toda Louisiana.

Cuando llegó a los alrededores de la calle comercial, en el barrio de los blancos pobres, disminuyó la velocidad. Sintió instintivamente que si corría uno de ellos lo iba a acusar de haberse robado algo y si iba muy despacio pensarían que andaba buscando algo que robar. Caminó con paso rápido, cuidadoso, mirando temerosamente a su alrededor de vez en cuando. Temporalmente la emoción de su viaje de compras se atenuó.

Pasó junto a un ajado Santa Claus, que agitaba una campana chillona junto a una chimenea de cartón. Aun cuando el hombre gordo le sonrió, no tuvo dudas de que su barba era de algodón. El había visto al verdadero Santa Claus unas semanas atrás, en una gran tienda y le había pedido todo lo que quería. Esta figura solitaria no era más que uno de los ayudantes de Santa y no tenía tiempo que perder con él.

A lo lejos vio una pandilla de muchachos blancos, arrapiezos de la calle, reunidos alrededor de un carro de frutas. Seguro que estaban robando manzanas. Vio salir corriendo al propietario, con delantal blanco; los vio dispersarse en todas direcciones como una bandada de pájaros asustados y luego reunirse de nuevo a unos cien pies más allá.

Sintió surgir la aprensión en su cuerpo mientras los ojos del jefe de la pandilla se clavaron en él. El miedo apretó su corazón y su paso vivo se convirtió en andar cauteloso. Decidió cruzar la calle para evitar la posibilidad de un encuentro con estos blanquitos harapientos.

Al bajar del contén, la voz del [illegible] le ladró una orden: "Oye tú, ven acá".

Creció dentro de él aquel miedo extraño e incómodo. Sus ojos se abrieron más y cada músculo de su cuerpo tembló con súbita inquietud. Empezó a correr, pero antes de que pudiera, una pared humana se cerró ante él. Tuvo que volver a la acera y cada vez que quiso escurrirse entre la multitud de risueños muchachos blancos, lo empujó hacia atrás abruptamente el pelirrojo que capitaneaba a los otros.

Miró atontado sobre la muchedumbre que lo rodeaba y se sorprendió al ver personas mayores, transeuntes que se habían unido a disfrutar del espectáculo. Miró hacia arriba por la calle, buscando al Santa Claus y se sorprendió al verlo mirándolo todo desde una prudente distancia, aparentemente gozando con la excitación.

Vio que no había chance de escapar a la pandilla hasta que lo dejaran ir y se quedó de pie, luchando desesperadamente por calmar sus temblores. Sus labios se contraían nerviosamente y el sudor de su negra carita reflejaba un oscuro destello. No podía pensar: su mente estaba pesada y confusa.

El pelirrojo era evidentemente el líder. Poseía un aire robusto que lo destacaba entre los otros. Lo miraron con impaciencia, esperando su próximo movimiento. El cambió de posición torpemente y habló con todo el rencor posible:

—¿Adónde vas, negrito? ¿No sabes que no permitimos negros en este barrio?

Su tono no era tan duro como él pretendía: sonaba como una mala interpretación teatral.

—Sólo voy al Ten Cent— dijo el negrito— A hacer mis compras de Pascuas.

Vigiló el grupo con rapidez: podía haber una oportunidad de escapar. Pero estaba completamente rodeado. La pared humana a su alrededor se iba espesando cada vez más: gente inquieta, curiosa, que se reía de su miedo. Se reía y se burlaba de un negrito que no había hecho nada malo ni había perjudicado a nadie. Empezó a llorar.

—Por favor, déjenme ir. No hice nada.

Uno de los muchachos dijo: "Ah, déjalo ir." Pero su sugerencia se ahogó en risas. El pelirrojo alzó la mano. "Un momento, muchachos" dijo "Si este negro va a comprar debe tener dinero ¿eh? Vamos a ver cuánto tiene".

El negrito se escondió la mano en el bolsillo y apretó la moneda frenéticamente. Buscó en la multitud un compasivo rostro adulto. Sólo vio al gordo ajado en el traje de Santa Claus. Esta extraña aparición de barba algodonada se abría camino entre la gente, balanceando su cuerpo en pasos torpes y desacompasados, como un retrasado mental.

Cuando llegó al centro del círculo donde estaba atrapado el niño, apartó al pelirrojo y, quitándose la barba frondosa, tomó en sus manos la situación.

¿Cómo te llamas, negro? — preguntó.

El negrito tragó en seco. Estaba más atónito que temeroso: nunca en su vida pudo imaginarse a Santa —o a uno de sus ayudantes— en este rol.

—Me llamo Randolph— dijo al fin.

Una sonrisa arrugó la cara cuarteada del hombre del ripiado traje rojo.

—¡Randolph! —exclamó con una nota de burla. ¿Quién ha visto un negro que se llame Randolph? Eso no es nombre de negro— y entonces, colocó la mano sobre el hombro del niño y añadió: "De aquí en adelante te llamas Jim".

Sus palabras resonaron sobre la multitud en un tono alto y rudo, desafiando a todo otro sonido. Una serie de risas sumergidas surgió de los muchachos, que se acercaron a ver mejor al Santa Claus desenmascarado y al negrito.

El último parecía haber disminuído de tamaño bajo la pesada intensidad de sus miradas. Las lágrimas se mezclaban con el sudor de su redonda carita negra. Su cuerpo estaba como insensible.

—¿Puedo irme ya? — suplicó, con un tono plañidero casi inaudible— Mi mamá me dijo que fuera directo para el Ten Cent. No estoy molestando a nadie.

—Si no dejas de lloriquear te mandaremos a ver a San Pedro.

El gordo Santa Claus habló con ira y molestia. Las cuerdas de su cuello vibraron y un nuevo color invadió su rostro rudo, disminuyendo su palidez. Hizo una pausa, [illegible] lo que había dicho y añadió:

—Mejor no te mandamos. No creo que San Pedro quiera tener nada que ver con un negro.

Los niños se rieron largo y tendido. Cuando disminuyó la risa, el hombre vestido de rojo se acercó más al negrito y escudriñó la multitud, impaciente e indeciso.

—Vamos a lincharlo— dijo un muchacho.

—Sí, vamos a lincharlo— gritó otro, más alto y con más entusiasmo.

Como si esas palabras fueran mágicas, la multitud se apoderó de ellas. Risas, gruñidos y extraños, indistintos murmullos se mezclaron. La angustia estaba escrita en el rostro del niño. Buscó desesperadamente un rostro amigo. Las palabras "Vamos a lincharlo" eran ahora una canción que flotaba en el aire de diciembre, mezclándose con el ruido del tráfico enredado.

—Buscaré una soga— gritó el pelirrojo y salió de la multitud exclamando alegremente— — Esperen a que vuelva.

Gradualmente un silencio ominoso cayó sobre la multitud. Miraron inquisitivamente primero al niño asustado y luego al gordo Santa Claus que se alzaba junto a él.

—¿Qué tienes en el bolsillo? — preguntó el gordo súbitamente.

Atemorizado, el niño sacó la mano del bolsillo y se la puso a la espalda. El hombre la agarró y la abrió. Al ver su contenido, sus ojos brillaron con deleite.

—Ah, una moneda de veinticinco centavos— exclamó.— Ahora dime, negrito, dónde demonios te robaste eso.

—No me la robé— trató de explicar el niño. — Mi mamá me la dio.

—¿Te la dio mamá, eh? —gruñó el ex-Santa Claus, tomando la moneda y metiéndosela en el rojo bolsillo.

—Los negros no tienen derecho a tener dinero mientras hay blancos muriéndose de hambre. Me quedaré con esta moneda.

La preocupación le frunció el ceño al niño. Se abrieron sus labios y dejaron escapar un corto, mudo sollozo. La multitud a su alrededor pareció borrarse. Hasta donde sus ojos podían ver, sólo blancos lo rodeaban. Y todos estaban de parte del curiosamente desplazado Santa Claus. Niños malnutridos, con rostros sucios y pecosos iluminados por la risa. Hombres de mugrientos overoles, mostrando dientes manchados de tabaco. Mujeres cuyos rostros marchitos no habían conocido cosméticos moviendo con desasosiego sus cuerpos enfundados en desteñidos vestidos de casa...

Súbitamente, la figura vestida de rojo alzó la mano para pedir silencio. Miró hacia el negrito y una nueva expresión ocupó su rostro. No era piedad; estaba más cerca de una profunda molestia. Cuando la multitud se calmó un poco, habló:

—Amigos— dijo titubeante— Creo que este negro es muy chiquito para lincharlo. Además, estamos en Pascuas...

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo una voz.

—Bueno —contestó el gordo lentamente—. No hace suficiente frío todavía. Si con este tiempo linchamos a un negro vamos a llenar de peste todo el barrio".

La multitud eructó gruñidos de desencanto. Algunos se rieron y otros protestaron con la mirada ante el gordo rojo. No estaban contentos con su decisión. Sin embargo, cuando el pelirrojo regresó con la soga, el canto de "vamos a lincharlo" se había agotado. Le dio la soga al gordo, que la tomó y le dio vueltas en sus manos sarmentosas.

—Lo siento, hijito— dijo. Su tono era seco, con un leve temblor. No estaba convencido de haber llegado a una buena decisión. — Decidimos no lincharlo porque es muy chiquito y todavía hay mucho calor. Y además, ¿qué importa un negrito que no está maduro para linchar? Déjalo crecer y lo agarraremos.

El muchacho frunció el seño y protestó:

—Y con el trabajo que me dio conseguir la soga...

Su mano se alzó en una crispadura frenética para golpear al negrito, que se replegó, más aterrado que nunca. Pero el ripiado Santa lo detuvo:

—Espera un momento, hijito— dijo. — Mira aquí.

Sacó la moneda del bolsillo y se la dio al pelirrojo. Una sonrisa entró en el rostro del joven y se abrió en risa. Dio vueltas a la moneda en la palma de su mano, maravillándose con ella. Alzó la mano para que el grupo la viera y gritó alegremente:

—¡De veras que Santa Claus existe!

La gente se rió con ganas. [illegible]eado, aún indescriptiblemente confuso, el negrito alicaído lloriqueaba. La habían quitado su fortuna y no podía hacer nada. No sabía qué pensar de Santa Claus ahora. No sabía qué pensar de nada. Vio dispersarse a la multitud y supo que pronto se abriría una brecha para huir. Cuando la descubrió, corrió a través de ella con toda la rapidez permitida por sus piernas gorditas. Con cada paso, un sentimiento de acción de gracias se dilató en su interior.

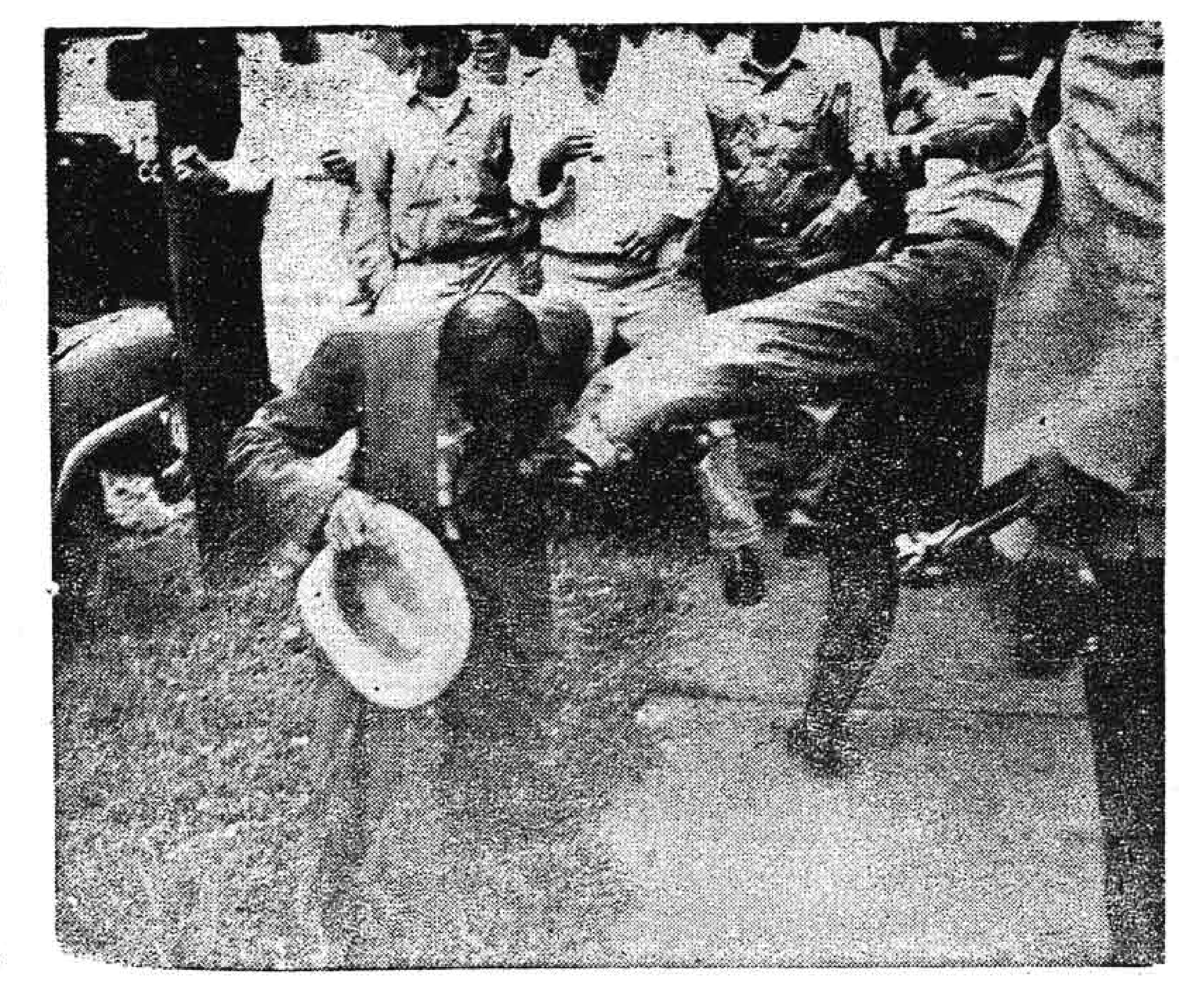
El pelirrojo que comenzó el espectáculo le tiró una piedra que no alcanzó. Los otros chicos gritaron jovialmente: "Corre, negro, corre". El ex Santa Claus volvió a ajustarse la máscara. El coro mixto de chillidos y risas quedaba detrás del negrito, impulsándolo como una gran fuerza invisible. La mayoría de la multitud se quedó a verlo desaparecer corriendo más allá de la esquina...

Después de un rato, sintió que sus piernas desfallecían. Acortó el paso hasta un andar ligero y pronto se encontró en la calle que se dirigía a su casa. Alicaído, miró sus manos vacías y pensó en la brillante monedita que su mamá le había dado. Cerró la mano con fuerza, tratando de imaginarse que aún la tenía. Pero eso le dolió más.

Gradualmente el miedo y la preocupación desaparecieron de su rostro. Ya estaba entre sus vecinos, gente conocida. Se sintió valiente y aliviado. La gente le sonreía y lo saludaba. El sol secó sus lágrimas.

Decidió no decirle nada a nadie, excepto a mamá. Ella, quizás, comprendería y le daría otra moneda e iría a hacer las compras por él. Pero ¿qué diría sobre el horrible Santa Claus? Decidió no preguntarle. Había cosas que nadie, ni siquiera las madres, podían explicar.

...nadie lo sabe



Yo sí lo sé a mí me patearon en el pecho



Yo también: yo vivo en Little Rock



El Ku Klux Klan todavía es un enemigo tenebroso





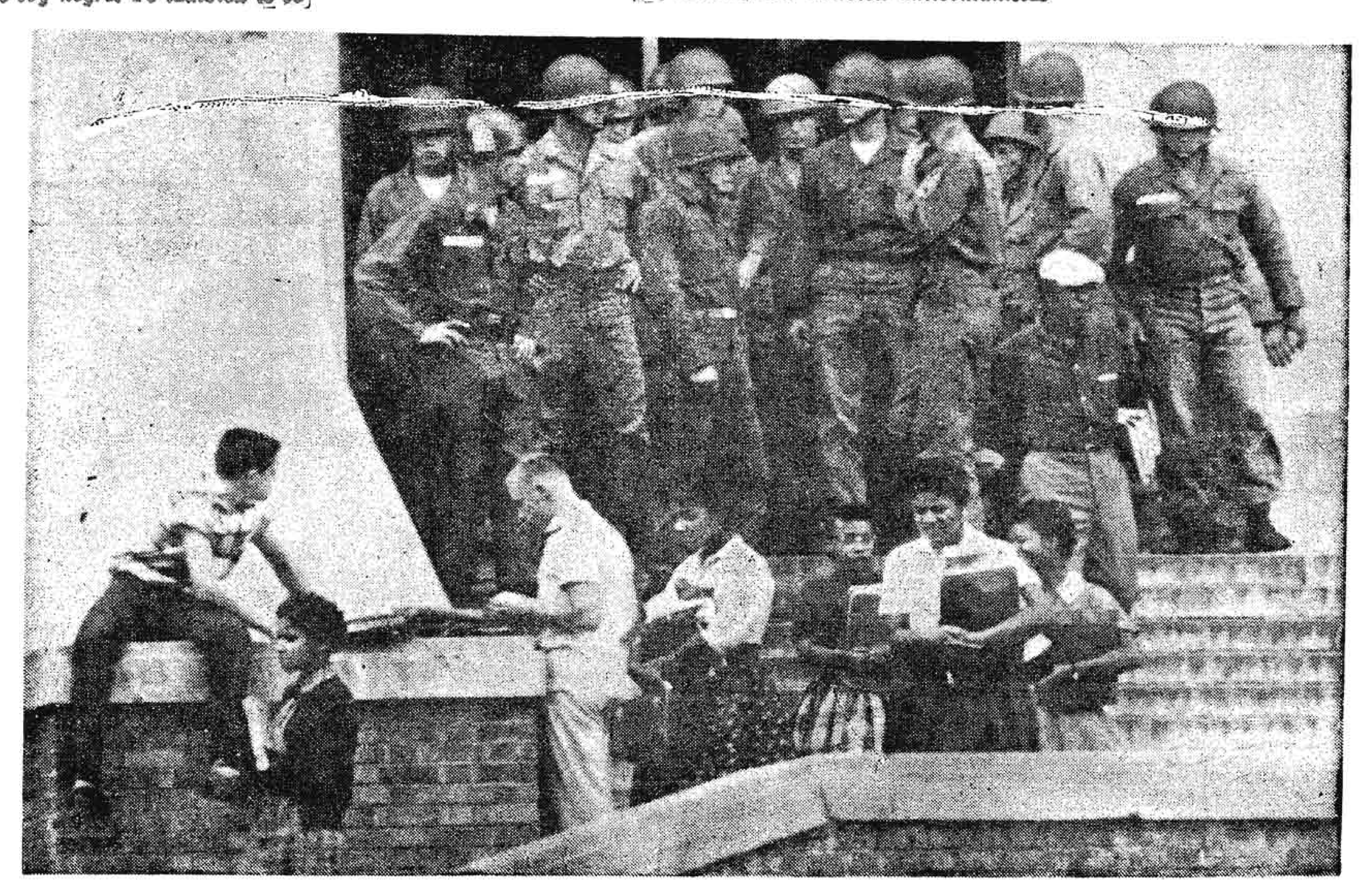
Hazel le grita con furia a Elizabeth ¿quién luce peor?



Estoy solo porque soy negra. Yo también lo sé



Los racistas son también anticomunistas



Una democracia escolar protegida por soldados